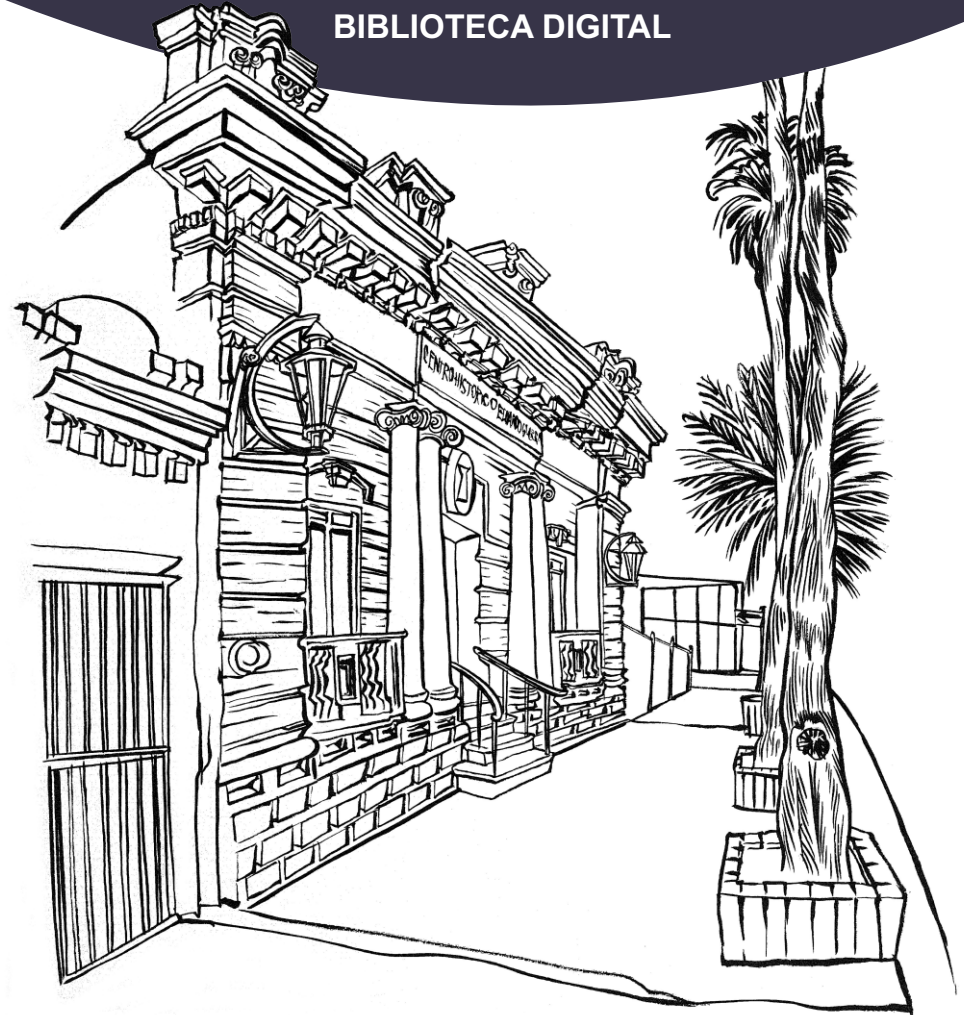




ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN




BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.
TEL.: (52) (871) 716-09-13

www.torreon.gob.mx/archivo

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC



NOV ECA

MEXICO, D.F. ORO BLANCO

Jesus R. Guerrero
(Autor de "El Diputado Taffoya")

ORO BLANCO

tragedia y romance en los
campos algodonereros

BIBLIOTECA
"LOS NUEVOS DE AMERICA"
Ediciones Fuente Cultural
APARTADO 8913 MEXICO, D.F.

Jesús R. Guerrero
Autor de "El Diputado Taffoyat"

Oro Blanco

TRAGEDIA Y ROMANCE EN LOS
CAMPOS ALGODONEROS

Ediciones Fuente Cultural

APARTADO 8913.

MEXICO, D. F.



PRIMERA EDICION

Propiedad asegurada del
Autor.

Ediciones Fuente Cultural
APARTADO 8913.- MEXICO, D. F.

Distribuidores Generales

Librería Navarro
SEMINARIO 12. TEL 13-24-85 MEXICO, D. F.

Oro Bohemio

(A manera de preámbulo)

Por Mónico Neck.

Las tragedias de México están en el oro. En el oro de sus minas. En el oro blanco: el algodón. En el oro verde: el henequén. En el oro negro: el petróleo. Y en el cobre: el de Cananea inició la Revolución con centavos de paupérrimos jornales. Y el cobre reluciente de la larga dictadura porfirista hizo lo demás: cobre en la justicia, cobre en el agro y cobre en la industria, en la educación, en la cultura, en la política: en todas partes, como se dice en llana locución popular, se mostraba el cobre...

Y cobre y moneda falsa se mostraban en la literatura. Don Francisco Bulnes —pese a su genio y a su fama— proscribió la historia y mostró el cobre en "El Verdadero Juárez". Federico Gomboá, en la novela, hizo diplomacia y política: y después de "Santa", volvió a la iglesia, saturado aún de los olores bruscos del burdel. Salvador Díaz Mirón, en la poesía, izó la más alta bandera de nuestra lírica —"Lascas"— y fué el águila; pero en la vida era el zopilote de su poema:

"Y en la excelsa y magnífica fiesta
"y cual mácula errante y funesta,
un vil zopilote resbala, tendida e inmóvil el ala".

¡Y qué fiesta magnífica fué la fiesta de sus versos!

Díaz Mirón, altísimo poeta, fué político detestable. Creía y alguna vez he escrito que a mí me lo dijo —que la política era un simple cambio de servicios. Y, con ese criterio —con el ala inmóvil— fué director de "El Imparcial", y sirvió a Victoriano Huerta. Y en el periodismo de combate, recias juventudes como las de Querido Moheno y José María Lozano —cuya memoria, a pesar de todo, guardo en fraternal recuerdo— desvirtuaron su inicial impulso de rebeldía para caer en la trampa de curules que les puso la dictadura.

Se mostraba el cobre, en fin, en casi todas las actividades humanas. Y el servilismo era la suprema virtud de los intelectuales: "El Debate" —periódico que dirigió el licenciado Miguel Lanz Duret, fué el último bastión que perdió aquella intelectualidad servil, la que por un fenómeno muy conocido en los hombres y en los grupos, era procaz para con el adversario.

La historia de tales años —1900 a 1910— es muy conocida. No son indispensables relatos prolijos: la prensa servía los intereses de la Dictadura; la historia endiosaba al caudillo oaxaqueño; los álbumes de adulación se multiplicaban; había constantes efemérides porfirianas, y los libros, buenos o malos, eran "hijos del progreso creado por el inmarcesible héroe de la paz"...

Pero llegó un día en que el héroe de la paz se marchitó. Y bruscamente al arte puro, al arte por el arte de "La Revista Moderna" —oro de bohemia que se salva en el desastre—; al cobre del periodismo, batido y combatido casi inútilmente por el "Diario del hogar, "El Hijo del Ahuizote" y "México Nuevo", los sustituyen el hierro y el fuego de la Revolución. Una nueva literatura nace y, paralelamente, un nuevo periodismo. Chorrean los lugares comunes de la Revolución y sepultan en el olvido, por algunos años, los lugares

comunes de la reacción. (Por algunos años he dicho y he dicho bien, porque han resucitado "cual mácula errante y funesta").

Y, poco a poco, ha ido naciendo la novela revolucionaria. Y no hablemos de libros contemporáneos que son trasunto, ya un poco lejano, de la literatura conservadora, amanerada y tramposa. Hablemos de las novelas que han sido silenciadas o saboteadas, digamos en lenguaje social, por la prensa atrozmente reaccionaria y encendida aún en sus viejos lugares comunes de moral bastarda que aplaude en Gamboa, sociedades que rechaza en los escritores revolucionarios; que exulta a Díaz Mirón a pesar del ateísmo diazmironiano y que encuentra comunista todo lo que no huelga a sacristía y todo libro en el que haya gritos de rebeldía o relaciones crudas de la vida campesina de antaño o de hogañío.

Tras la hipocresía política del porfirismo, hubo de venir, al fin, la violencia revolucionaria. Y, como corolario, tras la literatura amanerada y retórica, cadenciosa y halagüeña de los libros y de los periódicos conservadores, llegó el grito literario de la Revolución.

II

Y vinieron después años tranquilos. Ya estaban en el ocaso de la vida Díaz Mirón, Moheno, Federico Gamboa, Lozano; algunos de ellos "relativamente jóvenes", como en la frase célebre de Porfirio Díaz. El viejecito Urbina y Nervo seguían cantando desde España... Y aparecían voces nuevas que purificaban la poesía en López Velarde y que la vigorizaban, como en Maples Arce y en Cruz... Una nueva literatura nacía; pero como los gobiernos revolucionarios no conocían a su hombres —y tal vez aún no los conozcan!—

y como, por otra parte, por arte de birlibirloque, adulación y acomodamiento, la prensa seguía siendo, en su mayoría, conservadora. Los poetas y los novelistas nuevos, tenían poca acogida en los periódicos e imposibilidad económica de editar libros.

Sin embargo, mucho se hizo. Pero no es lugar éste para analizar la extensa obra. Menudearon los cuentos y las novelas cortas. La imaginación mexicana, de suyo fecunda, produjo libros, folletos, revistas y diarios. La provincia se agitó con los dolores y la violencia de la Revolución.

Y otros años pasaron sobre el agro de la patria. La política absorbía casi todas las actividades juveniles. Gritaba mucho el discurso y hablaba poco el libro. Y la reacción, escurridiza y rica, se siguió apoderando de todos los recursos editoriales... ¡Y no podían aparecer los novelistas jóvenes y revolucionarios! Ellos cargaban bajo el brazo sus originales, atormentados por la miseria.

III

Y un día, un buen día, topé con un novelista. Era alto, desmañado y hablaba atropelladamente. Vestía de azul claro y sus zapatones amarillos denunciaban al hombre que anduvo descalzo en su niñez proletaria.

Lo conocí en singular grupo de bohemios, periodistas jóvenes, muchachos post revolucionarios que creían en la Revolución y en que la Revolución era almacigo fecundo para la literatura nueva. Allí estaba Luis Octavio Madero, autor de "Claustro", libro juvenil, rebelde y literario, surgido de una pluma, educada en los latines, en las liturgias y en las humanidades de los seminarios y reactivo viril contra la prostitución antinatural de los claustros, contra todas las viejas hipocresías, contra los dogmas y las mentiras convenciona-

les de la devoción... Madero había llegado muy joven a la metrópoli, huído de los catecismos y de las sotanas... Y nuestro novelista —Jesús R. Guerrero—, nativo de Michoacán, como Maderito, había llegado de la provincia, con los pies embutidos en zapatos urbanos y con la cabeza henchida de ideal de novelas y de rebeldía... Era un grupo de escritos incipientes en que el único "enmetropolitano" y consagrado a medias, era Luis Octavio. Los demás eran hombres oscuros, como el Chilpa Avilés que contra su voluntad lleva el nombre cacofónico de Epigmenio y que, muy a gusto, escribiera versos hasta en los puños de la camisa, si aún se usaran puños de celuloide. Rafael Cárdenas, otro de los michoacanos del grupo, la dragoneaba de periodista haciendo cabezas en "El Nacional", reportando y, claro está, hablando de sus triunfos provincianos en revistas de versos locos y de cuentos fantásticos...

IV

Y he aquí que en cierta tarde de primavera, me dice Rafael Cárdenas:

—Maestro: vamos al panteón...

—¿Eh? —pregunté asombrado— ¿al panteón?

—A San Fernando, sí señor. Allí escribe Guerrero sus novelas.

Y era verdad: cerca de la tumba de Juárez encontramos a Guerrero.

Escribía con lápiz sobre cuaderno escolar...

—¿Me lee un capítulo, Jesús? —le dije.

Me lo leyó. Era de "El Diputado Taffoy", novela ya publicada y edición agotada... Chorro inverecundo de palabras. Novela dura, materialista. Casi asquerosa. Pensé en "Teresa Raquin", en "Germinal", en "Zaza". El lenguaje era

crudo y creí que no habría editor para tal libro. El ambiente editorial no era propicio... Pero, a pesar de cierta repugnancia que siempre he sentido hacia los libros que no ocultan con las mañas bellas de la literatura las desnudeces de los hombres, creía que en Guerrero había un novelista. ¿Bueno? ¿Malo? No lo sé, no podría decirlo ahora... Pero era un novelista, con vistas hacia el realismo más fuerte de la época: un hombre que había surgido de nuestras miserias campesinas y que decía sus verdades con dolor, con amargura, con honda franqueza que destila los productos literarios de la más ruda de las realidades... Allí estaba nuestro pueblo con su lenguaje, con sus vicios, con sus aspiraciones, con sus supersticiones, con su secular esclavitud, empujándose a sí mismo, con la libertad ganada en fuerza de puños y de fusiles, de asesinatos, de miserias, del dolor, en fin, sentido en el agro, vomitado en la tierra, encendido y grande, trivial en la expresión, en veces, pero siempre vigoroso como un anatema universal.

El oro bohemio de nuestros viejos literatos, oro de anillos y de fustoles, de elegancia y de salones, era reemplazado ahora por el oro bohemio y nuevo de las minas, arrancado por puños viriles, por hombres recios del campo que entran a los "áros" con vigor de juventud y que años después salen comidos por la silicosis... Era nuestro pueblo, con todas sus grandezas y con todas sus pequeñeces; bravo y generoso, unas veces, e implacable y feroz, otras....

Y más cruda que "El Diputado Taffoyat" es la nueva novela de Guerrero: "Oro Blanco", visión del agro lagunero en días de esclavitud, de egoísmo y de luchas... Y si el lector tiene el corazón bien puesto y es capaz de enfrentarse con las crudas realidades del medio mexicano, que siga adelante.....

Es lectura prohibida para la hipocresía.

CAPITULO I.

CLAN.

—¡Epa tú, jondiao! ¡A ver si le pelas pa la vereda! ¿O perditas algo en l' ecuaro? ¡Jodones! Pos ni siquiera dejan llegar los jilotes...!

El mozo levantó bruscamente la cara quijaruda y mugrosa, y mientras que con el machete talaba unas yerbas, contestó:

—Ande, ande, don Chente; no se haga güey. ¿Créiba que le quería robar los jilotes? ¡Adió! Pos ya nomás lo miran a uno junto a las labores, y aluego luego piensan que anda uno sobaquiando; aluego luego, porque es uno probe, lo quieren golver perro el mal.

—Antonce— adujo don Chente acercándose al mozo,— si no es por los jilotes, ¿qué diablos buscas en l' ecuaro? ¿qué perditas?

—No, no es que hayga perdido; nomás que andaba juntando zacate pa mi burra.

—Ah, bueno. Pos... cuidao, amigo....

—¿Cuidao? Cuidao de usted, que yo a naide robo nada.... ¡Que no le vaya a hacer escupir las muelas por hablador.....!

El viejo propietario, haciéndose de la vista gorda, siguió su camino, oteando siempre el perímetro de su maizal.

Allá a lo lejos, sujeta a un chaparral, se destacaba la figura casi inmóvil de la burra de Pancho; burra cuyas orejas se hallaban orientadas hacia el lugar en donde andaba su dueño. Su dueño y ella eran dos seres de una ironía terrible. El mundo era inmenso, e inmenso era lo que había que comerle al mundo. Ellos no tenían qué comer; sin embargo, aquellos maizales de mazorcas jugosas, cubrían toda la llanura interminable. Parecían un mar ondulante. Y eso eran: un ondulante mar de alimentación prohibida.

Y Pancho, con admirable habilidad, seguía segando su zacate a machetazos. Por fin, después de unos instantes de actividad febril, hizo un gran haz, y cargándolo sobre la espalda, se encaminó a donde su burra lo esperaba. Y dijo:

—Qué dijites, jolina: "Ya se cazanguieron a Pancho...." Pero no; todavía le falta mucho al viejo ese pa que me doble. Oye—agregó, jalándole una oreja y trepándole—, qué jartadota te vas a dar ora. Tú sí que tienes quen te mantenga. ¿Pero yo, jolina? A mí ni quen m'èche un lazo. ¡Ah! Pero tú has de decir: "Pancho tiene manos y patas pa conseguir qué tragar". Pos sí, sí tengo patas y manos; pero, ¿qué me gano? Ay nomás las traigo pa reliquia. Ya ves, ni quen las quiera ocupar.

Burro y hombre, pequeños en el dilatado maizal, caminaban lentamente siguiendo los vericuetos del callejón.

De cuando en vez, se les cruzaban hombres, ateros al hombro, que decían únicamente:

—Adiós, Pancho.

Y luego se hacían sombras difusas en la distancia visible, para perderse poco después en la distancia invisible.

Pero Pancho, camina que camina, proseguía su semi-diálogo:

—Carachos, jolina, qué ancha te has de sentir con tu carga de tragazón. Quén lo bía de crer: yo, jodiéndome en cortarte el zacate, mientras que los canijos burros, tus maridos, tan orondos que te enamoran, sin que por ello tengan la friega de darte la mecatona. Si uno juera ansina, jolina, no estaría tan fea esta perra vida. Pero nada; si quieres tener mujer, tienes que darle la de adentro; si no, tienes que andarte solo, como coyote del mal. No, no; esto no anda bien. ¿Vedá?.... Güeno, güeno; pero, ¿qué jijos le vamos a hacer?....

A ese punto habían llegado las palabras, cuando Pancho divisó las luces del rancho, y se dijo, mientras que con los talones golpeaba los ijares de la jolina:

—¡Bonito vo'a llegale a los viejos: ay nomás con las narices por delante! ¿Qué diablos les diré?..... Nada; pos qué les he de decir; lo cierto: que no hay chanza de nada.

Fué entonces cuando intuyó una verdad desnuda y cruel, una verdad que se le encajó en la frente como

un clavo candente: que el mundo de los hombres no estaba bien.

Al llegar a su jacal, el padre le salió al encuentro, preguntando:

—¿Qué conseguites, Pancho?

—Nada—contestó el interpelado bajando la cabeza—; esos amigos no quieren ocupar a uno. ¿Qué hacemos, pápa? Yo nomás lo siento por la probecita e mi máma, que's mujer. Pos uno al fin es hombre y tiene onde resestir hambres.

—Güeno, güeno, hijo; no te apures. Ay Dios dirá. Anle, vamos ontá tu máma. La probe hizo unos uchepitos con unos moloncos que le dió mi comadre Aguedita. Anda, vamos, ¿O qué judas se te metió ora en l'alma que te miro tan espichao?

—Nada, pápa; nomás que yo andaba pensando....

—¿Qué, a ver? ¿Qué andabas pensando?

—No, sino que, ora que venía por el camino, me fijé en las yerbas grandes y chicas y de todos tamaños, y dije: "Las yerbas con ser yerbas, no les falta qué comer; todas, a cual más, tienen su cachito de tierra que les da su alimento. Y ese cacho, chico si la yerba es chica y grande, si la yerba es grande, no hay quien se los quite. O ¿has visto tú, pápa, alguna yerba que se muera de hambre, mientras las otras vivan tan anchas de gordas? No, ¿vedá? Güeno, antonce por qué nosotros, que tamién salimos de la tierra, andamos tan torcidos?"

—No pienses ansina, hijo: nosotros semos pecadores; las yerbitas no; ellas no saben de pecaos. . .

—¿No?

—No.

—Güeno; sólo que sea por eso.....

La cocina se hallaba ampliamente iluminada por las llamaradas chisporroteantes del hogar misérrimo. Junto al hogar, espionando los hervores de la olla, la viejecita Marciana se rascaba con ambas manos la cabeza y miraba fijamente los leños que se consumían.

Cuando los hombres entraron, ella los miró y dijo:

—¿Qué trujites, Pancho?

—No truje nada, máma; no hay chanza—contestó éste—: naide quiere ocupar. A muchos les sucedió lo mesmo. Uno de ellos fue el Cuinique. Tanto que el Cuinique me dijo: "Güeno, Pancho, ¿quien nos tiene a juerza en este rancho? ¿Por qué no nos vamos yendo ay pa otra parte? A mí don Praxedis Silva me dijo que él sabía de un güen punto".

—Yo le dije: ¿ónde es, Cuinique?

—Y él me dijo: "No sé tovía; pero a la noche le voy a preguntar. Si tú te animas, anda a la tienda a la nohecita. ¿Te quieres ir?"

Y yo le dije: "con sus asegunes". Y en eso quedamos.

—¿Será muy lejos eso?—Preguntó la madre con azoro— Porque si es muy lejos, ¿de ónde agarramos el trasporte?

—Ah que tú. Marcia—terció el viejo—¿cómo cres que nos bíamos d'ir en el tren? Si ese negocio tá güeno, como dice el Cuinique, pos t'echamos a tí en la burra, y ay nos vamos por tierra.

—Pos sí, cristiano.... pero ¿y los triques?

—Mira, mira. Pa lo que tenemos, hasta debajo el sobaco me los puedo llevar.

—Oye, ¿y ónde mero será eso?—Inquirió la viejecita.

—Pos no sé. ¿Tú no sabes más o menos ónde, Pancho?

—No; pero orita voy ontá el Cuinique.

Y sin más comentarios cogió su machete y un uchepo, perdiéndose entre los callejones del rancho.

Qué rancho tan feo y sucio. Cuánto perro. Por todas partes le salían al encuentro amenazándolo furiosamente. Pero él se defendía, diciendo unas veces:

—¡Ira, ira, Palomo; no te enciegues!

Y otras veces:

—¡Asosiégate, tejón; ¿qué ya me desconocites?

Los perros lo identificaban, y moviendo la cola volían a su puesto, y él seguía su camino.

De pronto, y ya casi para llegar a la tienda de don Praxedis Silva, oyó un grito estridente:

—¡Este es el Juan que yo digo, jijos de María Santísima!

Pancho, por prudencia, se replegó a la cerca y desembarazó el machete. Pero el hombre del grito, a pesar de su tremenda borrachera, lo alcanzó a distinguir, debido al corto espacio que los separaba, agregando:

—¡Ay cuántas ganas traigo; y que me las quiten quero! ¿Quién es usted, amigo? Diga pronto, o lo rasgo.

Pancho usó la misma táctica que con los perros, contestando:

—Ora tomates del valiente, Juanillo. ¿Qué te pasa?

—Ah, ¿tú eres, Pancho?—Aclaró amistoso el borracho.—Yo créiba que'ras otro.

—No; soy el mismo.

—Oye, ¿t'echas un quemón?

—No; gracias. Orita voy a un negocio con don Praxedis. Ta güeno que mejor te vayas pa tu casa. Ha d'estar tu probe vieja con pendiente.

—Ta güeno, Pancho; lo que tú digas. Ay nos vemos.

Y a poco andar, hendió el espacio con otro grito felónico:

—¡Qué dicen, calandrias, cantan o les apachurro el nido!

El grito se escuchó en la tienda, precisamente en el momento en que Pancho decía:

—Güenas noches, don Praxedis.

Motivo por el cual, don Praxedis se limitó a comentar:

—Oye nomás que papalina se lleva Juanillo. ¿No lo topates por ay, muchacho?

—Sí; ay luego, luego; quería pleito conmigo. Yo no l'hice caso. Pero al conocerme se aplacó.

—Contigo bía topao en puro güeso el probe. ¿Qué andas haciendo, Pancho?

—Nada. Vine a ver si es cierto lo que me dijo el Cuinique.

—A ver.....

—Pos me dijo que usted conoce un güen punto p'al trabajo. ¿Es cierto?

Don Praxedis fumó su cigarro tres veces consecutivas, y al fin contestó:

—Sí, cómo no; ese punto es la Laguna, que's onde se da l'algodón. Dicen que pagan buena pica en tiempos de pizca, y que po'allá no se sufre.

—¿Y estará muy lejos?

—No tanto: unos veinte o treinta días de camino.... ¡Ah, home! Y ora que me dices del Cuinique, aquí estuvo hace un ratito; y dice que dentro de unos dityas se larga pa la Laguna. ¿Qué tú tamién te quieres ir?

—Sí; aquí ya'stá el canasto muy alto.

—Bueno, bueno; pos que les vaya bien. Yo les aconsejaría lo mesmo.

—Ta güeno, don Praxedis. Oiga, ¿y dice que el Cuinique tamién está resuelto?

—Eso dijo. A la mejor se raja.

—Por las dudas, yo voy a su casa a preguntárse-lo. Adiós, don Praxedis.

—Anle, muchacho; que te vaya bien.

Y a los pocos minutos, Pancho vociferaba frente a la enramada que circundaba la casa del Cuinique.

—¡Cuiniquеее! ¡Cuiniquеее!...

—¡Qué hay!—contestó desde el fondo una voz de hombre.

—¡Soy yo; sal: soy Pancho!

—¡Ay voy! ¡Aguárdame tantito!

—¡Anle pues!

Los dos hombres se reunieron cuando salió el Cuinique, aclarando Pancho:

—Vine a que háblenos del negocio e la Laguna. Me dijo don Praxedis que tú estabas decedido. Y si tú

estás decedido, yo por lo consiguiente. Nomás quero que me digas si nos hemos d'ir juntos, y pa cuándo ha de ser eso. Pa mí, lo más pronto, mejor.

—Po's, sabes, yo bía pensao dejar pasar unos ocho días, siquiera mientras consigo pa llevar ay aunque sea unas gordas. ¿No cres?

—No es malo. Pero....asegún. ¿Pa cuando comienza la pizca?

—Pos don Praxedis dice que poco más o menos pa dentro de un mes.

—¿Sí?

—Eso me aseguró él. Quén sabe....

—Pa que lo veas; antonce lo mejor es pelar gallo cuanto antes, porque si no, vamos a ir llegando como la calma: después de la tempestá. Porque a mí don Praxedis me dijo que de camino se hace como un mes.

—Antonce, Pancho, ¿cuál es tu pilateña?

—Pos, amigo; yo creo que debemos salir mañana mesmo, aunque no llévenos gordas. Ay a ver cómo le hacemos por el camino....

—Pue' que digas bien.

—¿Quieres decir que negocio hecho?

—Sí; hecho.

Por sobre el lomo de la montaña se asomó la luna, manchando el tiempo con su turbia claridad.

A lo lejos, tal vez en otro rancho, aulló largamente un perro.

CAPITULO II

CARAVANA

Desde muy obscura la mañana anduvieron haciendo líos y bultos. No hablaba nuna sola palabra, y cada quien se entendía con los enseres que creía de su obligación arreglar. Doña Marciana, hizo un gran tambacho con los santos de su devoción y algunas piltrafas que le servían de abrigo. El viejecito, medio carpintero, empacó como mejor pudo sus escasos instrumentos de trabajo. Y Pancho, enemigo de cargamentos estorbosos, se vistió de una buena vez con sus dos camisas y sus dos calzones y luego se fajó el machete. Terminada esta labor, se encaró a los viejos, preguntando:

—¿Ya mero, pápa?

—Aguarda un rato, hijo—contestó el interpelado—que tovía tu máma demora algo.

—Yo decía porque me dan ganas d'ir mientras con tío Praxedis a ver si ya'steso.

—Ah, güeno, pos como quieras. Y, mira: te pasas pa encá el Cuinique y le preguntas si ya'stá listo. Es mejor que nos váyanos con la fresca. ¿No cres?

—Sí; es mejor..... Orita vengo pues, pápa. A ver si pa cuando güelva ya'sta lista mi máma.

—Sí, anda: cuela con Dios.

Cuando llegó a la casa de don Praxedis, ya éste lo estaba esperando con un papel en la mano izquierda y doce pesos en la mano derecha.

—Si yo he sabido que te tardas ansí, muchacho, no madrugo tanto. Dale gracias a una endina muela que m'está doliendo. Si no.....

—¿Qué hace muncho que aguarda?

—Hace como dos horas. Como me dijites que iban a salir al filo de las tres...

—Pos sí, pero nos demoramos en componer los triques. Qué dice, ¿ya me tiene el dinero?

—Sí, míralo. Nomás que ora me tienes que firmar el documento.

—¿Cuál documento?

—Pos éste, mira. Aquí dice que tú me das tu casa a cambio de doce pesos que yo te entriego. ¿Lo firmas di una vez?

—Güeno; lo firmaré.

Al oír dicho consentimiento, don Praxedis se metió a su casa en busca de pluma y tintero, volviendo muy en breve con ambas cosas.

—Anle, fírmale —instó—, pa que después no hayga enredos. ¿No te parece?

Pancho tomó la pluma ya empapada que ofreció el viejo, y firmó con dificultad por hacerlo sobre el pulso. Luego agregó:

—Güeno, tío Praxedis, muchísimas gracias. Nos vemos. Yo voy orita pa encá el Cuinique a ver si ya'stá listo.

—Ni vayas —atajó el viejo—; porque el Cuinique pasó hace rato pa tu casa tamién a lo mesmo.

—¿Sí?

—Sí; dende antes de que tú llegaras.

—Güeno, pos antonces nos vemos. Pídale a Dios que nos vaya bien.

—Sí, muchacho; anda...

x x x

Eran las seis de la mañana cuando la pequeña caravana, en silencio abandonaba el rancho, camino de una tierra mejor. Y quién sabe por qué causas caminaban tan silenciosamente. ¿Iban a enterrar algún muerto querido? No; iban a desenterrar su vida de aquel rancho sucio y miserable, para enterrarla tal vez más tarde, en otro rancho quizá más harapiento y más hambriento.

Y bajo la caravana, y frente a la caravana, y tras de la caravana, se extendía el mundo, isla redonda en el océano inmenso del espacio.

Pero ellos eran la realidad viviente, ellos, los de aquel grupo que formaban tres hombres, tres mujeres y dos burros.

Sobre los dos burros, cabalgaban las dos viejecitas; pero de tal suerte, que las pobres apenas lograban destacar la cabeza de entre aquel hacinamiento de menesteres hogareños. En verdad, parecían dos lechuzas prisioneras en dos nidos de urraca.

Inmediatamente atrás caminaban los tres hombres siguiendo las curvas de sendas veredas. Estos, aun

cuando no conversaban, parecían animosos; pues sus ojos brillaban esperanzados, y de trecho en trecho tendían la mirada hacia adelante, pero hacia un adelante muy lejano, como si pretendieran descubrir alguna leve huella del móvil de aquella aventura.

Junto al triunvirato, ya adelantándose, ya atrasándose, marchaba Micaela la hermana del Cuinique. Esta chica fogosa y medio disforme, esgrimía un palo en la mano derecha con el cual a cada paso golpeaba las hierbas del camino, y terciados al hombro, sus zapatos despuntados golpeaban rítmicamente, uno, los repelentes e inmensos pechos y otro la ancha espalda. La chica tenía dieciocho años y semejaba un gigante. Qué manos tan enormes llevaba; qué pies. Realmente al verla, se antojaba exclamar: ¡Qué patotas! Esto, naturalmente, completaba lo tosco del resto de su cuerpo, de aquel cuerpo vigoroso y agresivo que, afortunadamente, nada sabía de la tísica ridiculidad de las curvas. Así era Micaela.

Ella, como se ve, se llamaba Micaela; pero la gente le decía Miquéila. Por eso don Justo, en una de las veces que se rezagó, le dijo:

—Anle, Miquéila, emparéjate con las burras; que no es güeno que las mujeres se queden atrás. Ira: agárrate e la garra esa que va colgando e la burra e tu madre, y no te dejes largar de nosotros.

Micaela, dando rienda suelta a una gran carcajada que calentó el ambiente, repuso:

—¡Ire, ire, tío Justo; pos hasta se me afigura que me van a tragar! ¿Onde se ha visto que se ocupen e la probe e Miquéila, trazas de vaca?

—¡Ira, muchacha —terció la madre de Micaela—: mejor no hables, que la lengua castiga! ¡No te acuerdas e lo que le sucedió a la probe e Trina con aquel diablo e viejo que la estrujó en l'arroyo, por andarse yendo a bañar íngrime sola! Y ya vías, la probe e Trina estaba tan fea co'mún tizón. Y tú, no digo que'estés como santa e retablo; pero si quera'stás algo despercudidita.

—Anda tú, máma—defendióse Micaela—, ¿y no te acuerdas e lo que le sucedió a Cuco el cuate cuando me quería jalar las chiches, junto al potrero e los Mena? . . . Se jué con un ojo como e tecolote. Y ni más golvió a chistarme cuando me vido sola.

—Sí, pero no le aunque. Haz lo que te dice Justo. Que quen no oye consejo, no llega a viejo. ¡Anle, agárrate e la garra y camina junto a la burra, pa que los hombres te lleven a una vista!

La muchacha ya no contestó. Pero acelerando el trote, se adelantó a los hombres para prenderse después, de una piltrafa que colgaba de la burra sobre la que viajaba su madre.

Así en esa forma, pero sumidos en un completo mutismo, interrumpido sólo por el ruido de los pasos, siguieron caminando por espacio de poco más de media hora. Y sólo cuando llegaron a la cima de aquella loma, desde donde era posible echar la última mirada al rancho, Pancho habló, a la vez que se detenía ejecutando media vuelta:

—Mira, Cuinique, allá'stá La Quesera. ¿No la de visas por l'última?

Los dos hombres, atendiendo a la invitación de Pancho, se pararon de pronto, tendiendo la mirada hacia lo lejos, hacia el rancho que dejaban, como si qui-

sieran grabárselo para siempre en la memoria, a pesar de que había sido tan malo con ellos.

El Cuinique dijo:

—Oye, Pancho, al llegar aquí ontamos, me acuerdo e cuando yo venía el pueblo. Y decía: "Taloneale, Cuinique, que ay tá ya La Quesera". Y orita toy sintiendo lo mesmo: cabal como si viniera el pueblo. . .

—Sí —intervino el viejo—, ansina se siente cuando uno se muda del rancho onde uno ha vivido muncho. Siente uno feo, y a l'ora e l'ora no quisiera. . . quén sabe por qué será; pero ansina se siente. Si te va bien, porque te va bien; si te va mal, porque te va mal. Al fin del cuento siempre se siente ansina: como si uno juera golviendo del pueblo, o juera ay nomás. . .

Y reemprendieron la marcha loma abajo, dando alcance en pocos minutos a las mujeres.

Al terminar el declive de la colina, daba principio un extenso y desolado valle, sobre el cual no se veía más que pequeños y aislados huizaches, que daban un tono todavía más isócrono y triste al panorama campestre.

El valle era casi circular. Y el camino, perfectamente visible, se adentraba en la planicie con pretensiones de diámetro. Ellos, los de la caravana, iban sobre el diámetro, siguiendo una vez más, las huellas de los hombres.

En aquel rancho donde habían vivido, rincón casi olvidado por la civilización, aquellos cinco seres por demás bondadosos y humanos, sólo habían conseguido vegetar con ritmos de antigüedad, y al margen de las convulsiones del mundo moderno. Nada sabían de carreteras pavimentadas, salvo algunas referencias con-

fusas; de maquinización de la industria; de fabulosos acumulamientos de capital; en fin, ignoraban todo lo que el progreso humano ha hecho en bien de unos y en perjuicio de otros. Tenían, naturalmente, una vaga idea de estas cosas, puesto que el cielo de su rancho muchas veces había sido cruzado por aeroplanos que iban de una civilización a otra, amén de algunos automóviles que había en el pueblo más próximo; pero estos datos extraordinarios, únicamente servíanles para hacerles más imprecisa la idea del mundo moderno. De tal manera que, para ellos, aquel viaje no era simplemente el cambio convencional de un lugar a otro del planeta, sino que constituía nada menos que el descubrimiento de un mundo desconocido y totalmente distinto. Y a medida que pisaban nuevas tierras, tierras de civilización y progreso, sus espíritus se volvían más escuetos, más pequeños, más sórdidos: porque se alejaban de la naturaleza libre, amplia, abierta, para entrar a una naturaleza frenada y con cierto menoscabo.

Así, en esas condiciones, dejaron atrás dos o tres ciudades pequeñas que les parecieron grandes urbes incendiadas con la luz eléctrica y los anuncios de gas neón.

Y un día, cuando apenas iniciaban la jornada, tuvieron que tropezar con un campesino que, manejando un tractor, cultivaba la tierra. El hombre del tractor fué divisado desde una distancia bastante considerable, lo cual no les permitía hacer una observación clara y definitiva. Sin embargo, mujeres y hombres se detuvieron súbitamente, al tiempo en que alguien exclamó:

—¡Miren! ¿Ven? Es un tractor. . .

—Sí, un tractor —confirmó Pancho—. Vamos a

verlo, Cuinique. Vamos, pápa. Ay que nos aguarden un rato las mujeres.

Y avanzaron decididos por sobre el campo barbechado, y rumbo al lugar donde funcionaba el aparato.

Cuando estuvieron a unos cuantos pasos de distancia del objeto admirado, hicieron alto en línea, pudiendo entonces ver, cómo aquella mole de hierro, de fuerza extraña y diabólica, abría el vientre de la tierra con asombrosa facilidad.

—¡Epa, amigo. . .!— gritó Pancho con toda su fuerza.

El tractorista paró el motor, y viendo a los recién llegados, contestó riendo:

—¿Qué hay por ay? ¿Le jerraron al camino?

—No; nomás que queremos ver el jierro ese. ¿Se puede?

—Sí, home; cómo no. Arrímense. ¿Di'ónde vienen?

Y mientras, en redonde se dedicaban al registro del tractor, Pancho alimentaba la conversación:

—Pos venemos de po'allá del sur. Allá no hay de'sto; sólo güeyes. ¿Aquí ya no trabajan con güeyes?

—No, amigos —repuso orgulloso el campesino mecanizado—; aquí los güeyes es la vida cansada. ¿En cuanto cren que m'echo este terreno con l'animal este?

—Pos será en unos quince días— opinó el viejo.

—¿Quince? No; me lu'echo en tres. Por eso ya el patrón no ocupa más que a cuatro. Tiene cuatro tractores de'stos. ¡Uf! Antes ocupaba como a cuarenta o a cincuenta hombres. Estamos pogresando muncho. Yo

calculo que ora el jefe no gasta ni la mitá de lo que gastaba antes pa beneficiar sus tierras. Nosotros estamos aquí muy a gusto, y el jefe dice que él tamién.

—Oiga— preguntó Pancho reflexivo—, ¿y los que quedaron sin trabajo, qué se hicieron?

—Ah, pos esos se jueron a echar pulgas a otra parte. Pos aquí ya no hacían falta, porque con los cuatro estamos completos; pos el patrón les dijo que se mudaran. Unos, es que se jueron pa la Laguna; otros, hay p'al Zacatecas; y otros, andan por ay de rancho en rancho, viendo a ver qué consiguen.

—¿De modo es que los corrieron?— insistió Pancho con aire de protesta.

—Sí; ni modo que'l patrón los juera a seguir manteniendo, stando de güevones. Pero, juera de chanzas, ¿vedá que estamos pogresando muncho en México?

Pancho no contestó directamente; mas murmuró:

—Sí, stamos pogresando muncho...

Agregando en alta voz:

—Vámonos ontán las mujeres, pápa; no sea que nos váyanos a embijar de pogreso.

—¡Ira, ira!— regañó el padre— ¿Pos qué tráis ora?

—Nada; nomás qui uno piensa cosas...

CAPITULO III

EL PROGRESO

Vivac. En la noche honda todo tiene complicidades musicales. No hay nada sin vibración, sin sonoridad. El mundo, en la noche, tiene sensibilidad de tambor tenso. Vivac. Sobre la noche honda, emerge cambiante y rojo el vivac. Y la figura de los seis viandantes, se perfila pintoresca en torno a la hoguera, como se perfilaron hace muchos años, las figuras guerreras de los hombres que quisieron hacer la revolución.

Don Justo se frota las manos sobre las lenguas ondulantes de la lumbre, mientras Micaela mueve y remueve los frugales alimentos que en esa noche constituirán su cena.

Y luego de un rato transcurrido, la cocinera empieza el reparto. Pone en manos de cada uno de los circunstantes una tortilla, y luego, cogiendo frijoles con una cuchara ennegrecida, dice:

—Apárale, tú. Ora tú. y tú...

Y las tortillas, en las manos ávidas, parecen chalupas cargadas de mercancía.

Pero nadie chista. Todos comen vorazmente, dilatando a veces la mirada, como si trataran de contemplarse su propia retina.

Después don Justo, entre eruptos de perro, exclama satisfecho:

—Gracias, Señor, porque todavía ora nos dices qué comer.

Los demás mascullan algunas oraciones también de agradecimiento, al tiempo en que seleccionan el lugar que mejor les parece para dormir.

La hoguera se fué extinguiendo paulatinamente. Y todavía, después de una hora, alguna débil brasa brillaba impulsada por el viento que lamía la tierra.

Más tarde, aquel parche luminoso fué borrado por la brocha de la noche pintora. Y fueron borradas las gentes y las cosas; porque la noche todo lo pintó de oscuro; porque la noche es decoradora de cuadros imprecisos y sospechables.

A la mañana siguiente, la tos sistemática de los viejos despierta a la compañía, e inmediatamente todo se vuelve movimiento. Parece que el descanso y el frío, hánles recobrado el entusiasmo.

Son las cinco del día. Parecé de noche. Pancho, silba canciones de su tierra. Micaela se despereza y se aplaca un poco la enmarañada cabellera. Los otros, hablan a gritos, mientras mueven cosas.

Pero don Justo, capitán del grupo, de pronto lanza su ordenamiento de partida:

—¡Arre, animales! ¡Anle, Pancho; Cuinique! ¡Jálenle recio, que ya se nos hizo tarde.

Nuevamente la caravana de hambrientos vuelve a enfilarse por aquellos caminos interminables. Sólo que

ahora sus corazones saltan alegres y esperanzados, porque los corazones oprimidos de los pobres suelen esperanzarse cuando ya casi han perdido la esperanza.

Pancho se aproxima al Cuinique, diciendo:

—Oye, ¿nos echamos una pa'l frío?

—Anle, amigo; ya que dende que salimos del rancho, no l'hemos rascao las costillas a la panzona.

Agregando en voz alta:

—Mámaaa...! ¡Desamárreme la vigüela; que Pancho quere que nos échenos una ay pa no ir tan mustios!

—Güeno—contestó la madre—; pero desátala tú; que a mí manos me faltan pá'garrarme de'sta demontre e burra.

El Cuinique obedeció el mandato. Y a poco se reunió con Pancho, ya con la guitarra embrazada. Preguntando:

—¿Le jalas tú?

—Ay como quieras— contestó Pancho; pero si gustas que yo le jale... échala.

—Anle, home; cómo no. Pa eso es. Tómala.

Pancho cogió el instrumento, y a pesar del frío, se remangó hasta los codos, lanzando luego el primer acorde.

Fue entonces cuando el viejo intervino:

—Güeno, amigos, ¿cuál se van a soltar?

—Pos ésta, pápa. A ver qué jáiz.

Hacia los cuatro puntos cardinales; hacia lo alto, y hacia el centro de la tierra, corrió el lirismo pedestre de esta canción viril:

"Dicen que me han de quitar las veredas por donde ando; las veredas quitarán, pero las querencias, cuándo... Ay, ya, ya, ya, y ay..."

Fue tan trascendente el efecto, y el dúo se hallaba tan bien acoplado, que cuando los cancioneros terminaron, el viejo comentó:

—Ira, ira; pos crioque se las espantan pa la cantoreada. A ver, pues, échenle ay otra a las mujeres, pa que no digan.

—¿Cuál quieres, Miquéila?—invitó Pancho, satisfecho.

—Pos yo cualquiera; pero, si se saben "La Lagartija"...

—Cómo que nó.

Indicando decisivo:

—Entrale, Cuinique.

Así, cantando, cantando, fueron sorprendidos por el sol del mundo, ya cuando casi habían llegado a las goteras de un gran rancho.

Este hecho, desde luego, motivó la suspensión de la audición musical; y muy callados y mirándolo todo, dieron principio a atravesar el poblado.

Pero a la hora de pasar por frente a una casuca de donde salía un agradable tufillo de fritanga, don Justo se detuvo y dijo a la gente:

—Épa. Aguárdenme nomás mientras m'hecho un trago di agua.

—Yo tamen quero, tío Justo—aclará Micaela.

—Onde nó—bromea el viejo—. Si nomás miran burro y se les antoja viaje. Güeno. Déjenme pues pedir. A ver si los malvaos perros no me bajan los calzones.

Diciendo esto, se aproximó a la puerta de golpe que daba acceso a la barraca. Y gritó, luego de mirar hacia todos los rincones por temor a los perros:

—¡Mujeres...! ¡Mujeres...!

Ante el reclamo, asomó por ahí la cabeza, una muchacha como de catorce años, la cual al ver a don Justo, preguntó:

—¿Qué quere, oiga? ¿Busca al Bartolo?

—No, hija; queremos un trago di agua. ¿Tienen por ay algo?

La muchacha entonces anunció:

—Máma... Ay ti habla un hombre.

A poco se presentó a escena una mujer bajita que llevaba la cara medio cubierta con un delantal. Esta, viendo al extraño de hito en hito, expresó:

—Güenos días le dé Dios, señor.

—Güenos los tenga, mujer.

—¿Pa qué semos güenas? ¿Se le ofrecía algo?

—Pos sí, queríamos un traguito di agua pa poder seguir taloniándole. ¿Se puede?

—¿Cómo no, señor? Pase; que yo no puedo salir porque stoy tortiando y me hace daño a la vista; y esta criatura no sirve pa nada. Pase, cristiano.

Y ya adentro de la choza el hombre, la mujer prosiguió:

—¿Qué va de camino largo?

—Oiga. Si viera que sí. Vamos ay p'al Torrión; pa la Laguna. ¿Qué tantea? ¿tará güeno? Vamos en

busca e la comida. Dicen que ay po'allá no falta en qué ocuparse uno.

—Muy cierto—ratificó la mujer—; de aquí todos los años se va muncha gente pa esa Laguna, y di allá no güelven tan diatiro. Esti año ya'ndan po'allá algunos. Afigúrese, hasta mi Bartolo se encaprichó a irse.

—¿Sí?

—Sí; dígame nomás...

—¿Y no le ha escrebido?

—Sí; ya me mandó una carta que tráiba papel e dinero. Me lo ferió don Próspero el de la tienda grande. ¿Y usté va solo?

—No; esas mujeres que'stán allí van conmigo, y los muchachos...

Como no viera a éstos, gritó:

—¡Epa, tú, Agueda... ¿Ontan Pancho y el Cui-nique...?

La interrogada contestó en el mismo tono:

—¡Pos por ay se jueron con la guitarrá; dijieron que no demoraban...!

—Por ay han de ber ganao pa las tiendas —terció la mujer de la casa—; no han e dilatar. ¿No bebe l'agua? Con la plática ya'sta se nos bía olvidao. ¿Que-re un jarro grande?

—Si me hace el favor; porque tamién las mujeres queren.

—Güeno; pos dígaes que pasen, alcabo no muer-de el perro; y sirve e que aguardan a esos muchachos.

—Pueque diga bien. Antonce, con la venia; voy a ayudales apiarse.

—¡Mámaa... —imploró en ese momento un niño—, yo quero otra gordal!

—Ah qué bien friegas, muchacho indino. Toda la santa mañana has tao a tragui, tragui, tragui, y no te jartas. ¡Toma; tragón!

Y le arrojó una gruesa tortilla de maíz quebrado, que se fue rodando por el piso hasta chocar con la pared más inmediata.

El niño corrió goloso tras ella y luego que la tuvo en sus manos, comenzó a morderle los bordes con verdadero deleite.

El niño andaba casi desnudo. Toda su vestimenta, era una camisilla de manta, eunegrecida por la mugre, que apenas le cubría una ínfima parte del cuerpo, dejándole descubierto del ombligo para abajo.

¡Qué cosa tan fea era aquel pobre niño! Sus piernas parecían popotes, mientras que su enorme vientre tenía aspecto de timbal. Arriba, sobre los hombritos huesosos y sostenida por un cuello flaco, de una flacura increíble, se destacaba una descomunal cabeza que el niño siempre llevaba inclinada hacia el lado derecho.

La muchacha que recibió a don Justo y que siempre estaba rascándose el innumerable piojerío que contenía su revuelta cabeza, solicitó con timidez:

—Yo tamién quero otra gorda, máma.

—¡Qué gorda, ni qué gorda! Mejor cuela a ver pa ónde ganó la burria, que ya no l'oigo por ay. Anle, jálale; pero zumbando. ¿Qué no ve que ay vienen ya esas gentes y han de decir que'stamos muertos di hambre? ¡Anle, jálele!

En efecto, en ese momento llegó don Justo, acompañado de las tres mujeres, quienes fueron recibidas por la hospitalaria señora, de esta guisa:

—Pasen, asiéntense por ay. Han e dispensar la casa. Vieran que po'aquí ni en qué asentarse tiene uno. ¿Ustedes gustan una caliente antes de que se beban l'agüita? Anle, agarren ay del cajete. No les ofrezco otra cosa, porque los frijoles que había nos los comimos en l'almuerzo.

—Qué nos cuenta usted de'so mujer —intervino don Justo—; si nosotros también sabemos de probezas. Y la mera vedá es que si no trujiéranos tant'hambre, malajo pa si le agarrábanos las gordas. Pero ya sabe que algñ día hemos de corresponder.

—No se apure, señor; que por una gorda que se coman, no nos hemos de morir di hambre.

—Gracias— dijeron los invitados en tanto que sus quijadas trabajaban con suma actividad.

Pero he aquí que de pronto un fuerte olor a excremento humano acabado de defecar, invadió todo el ambiente. Por lo que los afectados se echaron de inmediato a hacer pesquisa visual a fin de dar con el motivo.

Este no se hizo esperar; pues lo tenían muy cerca. Se trataba, naturalmente, del chamaco de la barriga descumunal, que, sin preocuparse un comino por la presencia de las visitas, tranquila y simultáneamente, hacía su necesidad biológica y mordía su tortilla como si, maldita la cosa.

Sin embargo, la madre corrigió enfurecida:

—¡Muchacho cochino de los demonios! ¿Qué no t'he dicho que no ti andes zurrando adentro e la casa?

¿Que no t'he dicho que pa eso es el corral? Anle, cuela a acabar po'alla juera.

Pero el niño, con voz de sonsonete, contestó:

—Ya'cabé, máma...

—¿Ya? Güeno, pos antoce límpiese y ya deje de'star moliendo.

—Yo no sé limpiarme; que me limpie Agapa.

—Güeno—asintió por fin—; grítale pa que venga.

Y el niño comenzó la emisión de una serie ininterrumpida de:

¡Agapaaaa, Agapaaaa, Agapaaaa...!

Hasta que la tal Agapa, siempre rascándose la cabeza con ambas manos, se presentó, interrogando:

—¿Qué quieres, tú?

—Dice mi máma que me limpies.

Como era éste oficio de la chica, no se resistió a ejecutar la labor; antes, por el contrario, cogió pres-to un ladrillo enorme como de veinticinco centímetros de largo, y, atravesando la concurrencia espectante, reclamó:

—Aver, agáchate pues.

El niño empinó pacientemente su trasero, y la muchacha le dió tres o cuatro groseras pasadas sin miramiento alguno. Después tiró el ladrillo, se sacudió las manos y siguió rascándose la cabeza revuelta.

Don Justo intervino con voz conciliadora:

—No se apure, mujer; ansina son los muchachos.

—¿Vedá, Aguedita?

—Sí—satisfizo Aguedita—. Ansina son.

Luego añadió:

—Güeno, ¿y pa ónde judas ganarían los muchachos? Ya me'stá dando pendiente, Justo. Tá güeno que vayas por ay a precurarlos, no sea les hayga pasao algo.

—No hay pendiente—afirmó la anfitriona—; aquí la gente no es mala—. Yo creo que por ay se han ber entretenido. ¿Dijieron que train guitarra?

—Sí—facilitó Micaela—; y entre los dos cantan muy acomodaos.

—Pa que lo vean. Antonces tán por ay cantándole a alguien: como es domingo.....

En ese momento se cortó la conversación porque se oyeron pasos de personas que se aproximaban. Eran Pancho y el Cuinique, quienes, a juzgar por el semblante, volvían alegres y satisfechos de su excursión.

—¿Qué hay, máma?—preguntó el Cuinique al entrar a la casa.

—Pos nomás que ya'stabáanos con pendiente. Como se dilataron tanto.....

—No—terció Pancho—; nomás que jallamos a un vale que nos ocupó pa unas canciones.

—¿Y les pagó?—inquirió don Justo.

—Sí; nos recompensó con doce riales. Y dijo que'ra güeno que nos quedáranos aquí, porque vido el trabajo; que porque aquí no hay quen alegre las fiestas de guardar. Aluego yo le dije que no nos quedábanos porque íbanos ay p'al Torrión en busca e trabajo, y él nos dió santo y seña. Dice que ya nomás nos faltan unos cuatro o cinco días de camino; que si le taloniamos duro, hoy mesmo llegamos a la carretera empavimentada, por onde caminan los automóviles;

que es una preciosidá esa carretera; y que las pizcas están güenas esti año. Por eso tá güeno que lue luego nos váyanos.

—¿No s'echan una caliente, aunque sea con chile, muchachos?—invitó la mujer de la casa.

—No—rechazó el Cuinique—. Viera que'l hombre que nos ocupó, nos dió di almorzar chicharrones con gordas; y quedamos muy sastifechos. Yo lo digo por mí. Quén sabe Pancho.

—Yo por lo consiguiente—ratificó éste—; vengo e comida hasta'l pescuezo. Pero, ya sabe que se lo agradecemos como si li hubiéranos agarrao la palabra.

—Güeno, ay se los hayga.

Acto seguido se despidieron de aquella buena señora, y de nuevo se hicieron al camino.

CAPITULO IV.

LA CARRETERA.

Después de más de cinco horas de duro y terrible caminar, la caravana se detuvo frente a un gran espectáculo que de pronto se les ofreció a la vista; era una faja gris oscuro, larga y pulida, que zigzagueaba graciosa y atrevida por entre las serranías.

Ante tan maravilloso hallazgo, todos exclamaron casi al mismo tiempo:

—¡La carretera....!

Y sin más comentarios, descargaron sobre los burros una lluvia de azotes, y a marchas forzadas endilgaron hacia el camino moderno.

Pancho y el Cuinique fueron los primeros en llegar, y los primeros en patalear y revolcarse sobre el pavimento, lanzando jubilosos gritos destemplados.

Pero el viejo, no obstante su admiración, tuvo valor para reprimir, un tanto mohino:

—Ira, ira; parecen un par de burros cuando les quitan los aparejos. ¡A ver si te vas asosegando, Pan-

cho, y mejor ayuden a que se apién las mujeres; porque aquí me gusta pa descansar un rato.

—Tá bien, pápa; pero, ¿qué a usted no le'ntran ganas de revolcarse en esta lisura? Mire nomás; hasta parece que'stá planchao con manos de señorita decente. ¡Lo que's el pogreso! ¿No?

—¿Sí? ¿Y no ti acuerdas de lo que dijites al del tractor?

—No. ¿Le dije algo?

—¿No le dijites que se tragara su progreso cuando nos platicó lo de los piones corridos?

—¡Ah, sí... pero... déjeme bajar a mi máma.

—Anle, máma—invitó doblando la rodilla—; ponga el pié en la pierna. ¿Viene muy cansada?

—No tanto; pero como tú pápa quiere que aquí descánsenos, pos descansaremos.

Entre tanto, el Cuinique ayudó a las otras dos mujeres a descender de las bestias para obedecer la orden del viejo, que en tales condiciones, era orden superior. Y luego...

—A ver, máma—suplicó Pancho—, búsquele ay en el pescuezo. Quén sá qué demontres me pica.

—A ver, tú; ¿ónde ansí?

—Aquí atrás; mire, aquí—indicó con la mano.

La madre atendió a la indicación. Y en el lugar señalado se encontró, nada menos que con un panino de piojos blancos adherido a la mugrosa camisa. Por lo que exclamó en voz baja, y mirando hacia todas direcciones:

—Válgame Dios, señor. ¡Mira nomás! ¡Si son puros piojos!

—Piojos....—repitió Pancho.

En verdad que estas buenas gentes nunca habían sufrido esa calamidad. Habían padecido las chinches, las pulgas, etc., pero piojos..... Por esa razón todos se rodearon espantados a contemplar los piojos de Pancho, que explicó como para justificarse:

—Con razón yo sentía muchas comezones en todo el cuerpo. ¿Y ustedes no tienen comezones por ay? Todos se pusieron calculadores, y alguien dijo:

—Si vieras que sí.....

Fue entonces cuando se dieron a la matanza de aquellos asquerosos bichejos..

El Cuinique y Pancho se quitaron las camisas, y a petición del primero, comenzaron a agrupar los parásitos sobre el pavimento. Y ennumeraban:

—Dos, tres, cinco, ocho.....

Y cuando reunían unos veinte, en masa eran asesinados.

De súbito, el Cuinique tuvo una idea. Propuso festivo:

—Oye, Pancho, vamos a pelealos a ver cuáles son más valientes.

—Anle—aceptó éste—. Yo traigo unos que de tan grandes y gordos, parecen tortugas. Mira nomás éste. Ora me doy cuenta por qué nos hemos encanijao tanto. Si lo que comemos es poco pa que lo aprovechen estos ladrones. Güeno, ánle, echa los tuyos, que los míos tán listos.

Estaban tan entretenidos, unos en espulgarse y otros en el pleito de piojos, que apenas se dieron cuenta de la proximidad de un automóvil. Cuando se dieron

cabal cuenta de ello, ya el vehículo se había detenido junto al grupo de miserables. Así es que ni tiempo tuvieron para ocultar su actitud repugnante.

Un hombre alto y rubio descendió del coche; luego otro; y después una joven vestida de hombre. Estos señores, que eran turistas norteamericanos, hicieron a los mexicanos algunas preguntas en inglés; pero como vieran que éstos nada más se miraran unos a otros, desistieron del empeño de entenderse por medio del lenguaje; en cambio, desfundaron sendas cámaras fotográficas y se dedicaron al deporte de imprimir la miseria de aquellas paupérrimas gentes. Después, volvieron a su automóvil, y entre risotadas se alejaron, no sin antes haberles arrojado algunos pedazos de pan.

—Oye tú, Justo—comentó la madre del Cuinique ya un poco repuesta de la sorpresa norteamericana—, ¿te fijates cómo hablaban esos? Parecían perros. Yo crioque ni han de ser cristianos. ¿Y qué serían esos jierros que sacaron e las bolsas e cuero?

—Esas son cámaras e retratar—informó orgulloso Pancho.

—Ira, ira,—reprochó Micaela en tono zumbón—, ¿Pos tú cómo sabes?

—Anda, home. Pos yo vide muchas de'sas pintadas en l'almanaque de tío Getrudis.....

—Antonce, ¿nos retrataron?—preguntó el Cuinique.

—Pos seguro.....

—Qué diablos e gringos tan vivos.

—Sí, muy vivos. ¿Y pa qué traírán a la vieja esa verijona, vestida e hombre? Cómo no les da vergüenza.....

—Güeno, amigos—ordenó don Justo—, ya nos despiojamos y descansamos un poco; ora vamos a seguile. A ver si llegamos por ay un rancho onde pasar la noche.

Afortunadamente, a muy poco andar llegaron a un pequeño poblado cabe a la carretera. Era este un campo de turismo, y por lo mismo, reinaba en él cierta animación.

Nuestras gentes decidieron pasar ahí la noche. En cualquier lugar, siempre que no se tratara de pagar nada; porque el tesoro común, inclusive el peso cincuenta centavos ganados por los cantantes, ya casi andaba exhausto.

Sin embargo, después de que hallaron acomodo a espaldas de una casa un poco alejada del poblado, Pancho y el Cuinique creyeron oportuno ir por ahí a echar un vistazo; quizá encontrarán, como en el último rancho tocado por la caravana, algún cliente que quisiera ocuparlos en el ejercicio de su arte.

Comenzaba a obscurecer. Y los cuatro o cinco edificios que integraban el campo de turismo, presentaban un aspecto llamativo y por todos conceptos novedoso para aquellos dos hombres casi cerriles.

Había varios anuncios luminosos: uno largo y vertical que decía:

“RESTAURANT. BAR ROOM”.

Y más delante, frente a una serie de habitaciones de tipo colonial, prendía y apagaba su combinación de colores, este otro:

“FOURNISH ROOM. ENGLISH SPO'KEN”.

Había también un tendajón a medio construir, situado un poco independiente del negocio turístico, pero que no por eso le estaba vedado ostentar este anuncio:

“THE CHARRITO. STORE”.

Nuestros visitantes, como era de esperarse, se quedaron alelados ante tanta belleza, principalmente Pancho, quien por nada de este mundo acertaba a leer los anuncios.

El Cuinique, al notar los esfuerzos que éste hacía para interpretar las letras cinéticas, preguntó:

—Oye, Pancho, ¿qué dicen los letreros?

—Pos, no sé ¡Vieras que no le'ntiendo, amigo!

—Yo como dicen que sabes ler y escrebir...

—Pos sí; nomás que'sos letreros tán muy enredijosos. Quen sá qué dirán....

—Mira—dijo de pronto El Cuinique—, allí hay muchos automóviles enfrente de aquella casa del letrero grande. Parece cantina. ¿Vamos a ver si nos ocupan?

—Vamos, amigo. Quén quita...

Pronto estuvieron casi a las puertas del establecimiento, dentro del cual, una docena de norteamericanos hombres y mujeres y dos o tres potentados nacionales, se dedicaban alegremente a emborracharse.

—¿Entramos?—inquirió Pancho con suma corteidad.

—No—aconsejó el otro—; vamos a echarnos aquí una. Si les cuadra, nos llaman. ¿No cres?

—Güeno. ¿Cuál nos echamos?

—Cualquiera. ¿Tará güena "La Vaca"?

—Sí; éntrale.

Y sin más trámites dió principio esta ingenua canción:

"Con rial y medio compré una vaca;
la vaca tuvo un vaquito;

tengo la vaca, tengo el vaquito...
y todavía me queda mi rial y medio.

Con rial y medio compré una puerca;
la puerca tuvo un puerquito;

tengo la vaca, tengo el vaquito.

tengo la puerca, tengo el puerquito...
y todavía me queda mi rial y medio...."

Gran revuelo y júbilo causó la canción de aquellos inesperados artistas.

Los "gringos" gritaron, lanzaron a lo alto los sombreros y patalearon a más y mejor. Y hubo uno que, saliendo hasta la puerta, condujo a los cancioneros al interior del restaurant-taberna.

Y de inmediato llovieron solicitudes hechas por los extranjeros en idioma inglés. Pero como los filarmónicos se hallaban confundidos y boquiabiertos, el cantinero sirvió de intérprete, ordenando, luego de hablar con los clientes:

—Canten otra de esas mismas, muchachos. Pero antes, díganme, ¿de dónde son ustedes?

El Cuinique dijo a Pancho:

—Ti hablan, amigo.

Pancho se agachó el envejecido sombrero, escupió y dijo:

—Pos, semos del Jalisco, señor.

—¡De Jalisco!—repitió el cantinero—. ¡Bravo! Con razón cantan tan bien. ¿Y por qué vienen tan... tan.... bueno, tan mal vestidos?

—Pos, señor—intervino entonces el Cuinique—, po'allá'stá el tiempo muy feo; no hay ni qué repelear. Y vamos ay p'al Torrión a trabajar en l'algodón.

—Bueno, bueno, muchachos. Muy bien. Aquí a estos señores les han gustado sus canciones, y se van a ganar sus centavitos, que de algo les han de servir.

Luego en inglés explicó a los parroquianos la situación de los cancioneros. Lo cual motivó que uno de ellos les gratificara con un billete de a diez pesos.

Y una vez pasado todo esto, que se efectuó con gran solemnidad dado que el Cuinique y Pancho temblaban de emoción, el cantinero dijo:

—Ahora sí, muchachos, a cantar.

Ya con aquella dosis de diez pesos, los cancioneros continuaron cantando con más ardor que nunca. Y la borrachera y los aplausos siguieron con desbordante estrépito.

Como a la media noche, la fiesta llegó a su fin, y los músicos volvieron a su campamento. Habían logrado reunir veinte pesos, merced al cantinero; pues a no haber sido por éste bien les hubiera salido la jornada, cuando menos por unos cincuenta pesos.

Al día siguiente, a muy temprana hora, y después de haber comprado jabón y provisiones en "The Charrito. Store", se lanzaron nuevamente a vencer distancias sobre la flamante carretera. Pero no bien hubieron caminado unos cinco kilómetros, cuando un hombre motorizado les marcó el alto, con la siguiente expresión:

—¡Eh, piojosos! A ver si se bajan de la carretera. ¿Pos qué creen que el Gobierno de la revolución gastó tantos millones para que transiten por ella los burros? ¡Abajo! ¿No oyen?

Pancho, no acertando a comprender aquello, preguntó de buena fé:

—Pos antonce, ¿pa que's el camino, señor?

—Para los automóviles y vehículos de llantas de hule.

—Güeno, ¿y los que no tenemos d'eso?

—Se van por las veredas o por donde les dé la gana; menos por la carretera pavimentaba.

—¡Ujule....! —comentó irónico Pancho—. Antonce ya se jodió toa la gente; porque ay pa di'onde yo vengo, ni siquiera se conocen esos jierros; no díganos que los tenga la probe gente.

—No me importa a mí eso—agregó impaciente el guarda—. ¿Se bajan o los bajo?

—¡Ira, ira! refunfuñó Pancho aproximándose al policía—. Si se pone rejego, quién sabe cuál sea el que se abaje.

—¡Pancho! —Atajó entonces don Justo.— No te pongas con el Gobierno.

—Pos que'l Gobierno no se ponga conmigo. Yo no li hago nada.

Y puso la mano en su machete, mientras el policía hacía otro tanto en su pistola.

Pero el viejo corrió rápidamente y, abrazando a Pancho, evitó el siniestro.

Mas el Cuinique, ni tardo ni perezoso, aprovechando el momento de nerviosidad, por la retaguardia infligió al policía una pedrada en la cabeza que instantáneamente dió con él por tierra.

Después, con las bocas secas y el alma pendiente de un hilo, huyeron por entre la breña, azotando las bestias y repitiendo con triste monotonía:

—¡Burria.... Burria.....!

CAPITULO V

ALGODON

Por los caminos angostos y perdedizos; por esos caminos caprichosos que no se sabe en donde comienzan ni en donde acaban; por esos caminos, en fin, hechos por los pies semidescalzos de los pobres, iban las gentes de la caravana.

A lo lejos, valles remotos y encajonados en serpentinadas de montañas pintadas de azul por el oxígeno del aire.

Cerca, desfiladeros rocosos y encrespados, cuyos contornos semejaban a veces, figuras fantásticas de monstruos en posición amenazante.

Ni un árbol, ni uno solo; pues las capas geológicas, de un rojizo ferruginoso, no consentían en su entraña ni el más leve vestigio de materiales fecundos para la vegetación.

Por allí iba caminando la caravana, porque el asfalto de las carreteras no se había hecho para sus pies desnudos.

Como habían delinquido —delito de lesa autoridad— iban mustios y temerosos y silenciosos. Si acaso, de cuando en vez y muy por lo bajo, alguien decía:

—Arre, burria... animal...

Eso era todo lo que se oía decir. Y caminaban, caminaban, caminaban, con cien mil trabajos y vicisitudes.

Mas rompiendo aquel mutismo desolador, Pancho apuntó, al mismo tiempo que se cruzaba la boca con el índice de la mano derecha:

Oiga, pápa... ¿Oyó? Parece que vienen diá caballo.

—Sí —ratificó Micaela—; se oye un ruido.

Don Justo agregó:

—¿Y que fuera siendo el Gobierno?

—¿Qué hacemos —participó el Cuinique— ¿Huygo?

Pero Pancho le aconsejó:

—No, amigo; no huygas. ¿Por qué has de juír? El jué el que tuvo la culpa; él comenzó. Nosotros, ¿qué le hacíamos?

El Cuinique, mordiéndose el labio inferior y resuelto a atacar el problema con honradez y hombría, silenciosamente siguió midiendo el suelo con sus pasos de ilota.

Y el ruido, el ruido de los hombres de a caballo pronto se hizo más notable y preciso. Por fin, en lo más alto de una prominencia demasiado próxima, apareció la cabalgata. Eran quince hombres pertenecientes a la fuerza federal que a la sazón se hallaba de destacamento en el campo de turismo.

La impresión que ambos grupos experimentaron, fué absolutamente distinta.

Los de la caravana, tragaron toda la saliva que llevaban en la boca; palidieron, y las piernas como que quisieron doblarse. Los labios de las mujeres, invocaron a Dios. Los labios de los hombres, estrangulaban algunas maldiciones.

En cambio, los hombres de la cabalgata, hincaron la espuela en los ijares de sus cabalgaduras, lanzaron terribles y salvajes gritos, y la sangre de sus venas, medio se amotinó.

Aquello daba aspecto de circo romano: los esclavos arrebañados y siniestros que esperan la muerte que ha de llegar a garras de las fieras que en apretado y furioso tropel se aproximan.

Efectivamente, aquella soldadesca parecía un grupo de fieras; eran casi unas fieras gubernamentales; y los miserables parecían un grupo de esclavos: eran casi unos esclavos sociales.

—¡Manos arriba, jijos de la tiznada, o hago fuego! —Gritó el sargento que mandaba el pelotón, una vez que ya tenían rodeado al grupo.

—Pero, señor —suplicó don Justo—, si nosotros no somos gente mala. ¿Por qué nos apocan tan feo?

—No; bandidos; son unas blancas palomitas. A ver, antes que los fusile, díganme ¿quién le pegó al agente de Tránsito?... Pero pronto; que traigo orden de tronarlos como a unos perros. ¿Quién fué?

Simultáneamente Pancho y el Cuinique contestaron:

—Yo.

—¿Cómo? —volvió a preguntar el sargento— ¿Los dos lo golpearon?

—No— se adelantó Pancho; yo juí el único. Los demás no se metieron pa nada.

Pero el Cuinique, leal y decente, realmente decente y leal, desmintió con energía:

—No seas ansina tan mentiroso, amigo, ni te embijes tú en esto, porque yo mero juí el que le dió la pedrada; pero él tuvo la culpa. Nosotros no le hacíamos nada.

—Bueno —resolvió el soldado—, para quitarnos de enredos, me los llevo a los dos. Luego se harán las aclaraciones. ¡Jálenle por ay!

En ese momento, y sin dar tiempo a que Pancho protestara para desmentir al Cuinique —pues ya lo iba a hacer,— la madre de este último se interpuso gritando al tiempo que de sus ojos se desgajaban gruesos lagrimones:

—¡Señor, melitar, no se lleve a los dos. Yo soy la madre d'este. Y aunque's m'hijo y me duele, vo'a decir la verdá. ¡El jué, señor, el que le pegó el pedrazo al impliao del Gobierno...!

Y la buena mujer se cubrió la cara con el rebozo, tal vez para ocultar su llanto de mujer valiente, o para cubrir su infinito dolor de madre.

Y los soldados, obedeciendo mandato de su jefe, a empellones brutales se llevaron al Cuinique.

Cuando la patrulla se perdió a lo lejos, los de la caravana parecían cosa de encantamiento, dada su humilde inmovilidad. Sólo sus ojos vertían lágrimas de

sangre, lágrimas de sangre del alma herida, del alma herida de los pobres que jamás se restaña.

Después el viejo murmuró:

—¡Ave María Purísima, señor; qué cosas!

Y Pancho apretó los labios, y en un girar de ojos, sembró en su vida las primeras semillas de redentor de su clase.

Más tarde, ambos hombres movieron los pies, y se oyó apenas, como un lamento que se arrastró entre las patas de las bestias, aquel grave y entrecortado:

—¡Arre, burria, arre, bu...!

A partir de ese momento, ya todo fué silencio, hondo silencio de seres entristecidos por la amargura; porque la condición social —fragua interminable de miserables— además de forjar seres hambrientos, también forja seres azotados por la desolación psíquica.

Y subían lomas y bajaban pendientes, dejando sólo a su paso y sobre la tierra insensible, la marca transitoria de su peregrinar.

—A la mejor ajusilan a m'hijo, Justo. ¿Lo ajusilarán? —preguntó con voz sombría la pobrecita madre.

—Adió, mujer... —consolaba el viejo— ¿Por qué lo han de ajusilar? No ti apures; el Cuinique nos alcanza pronto: olo' verás.

Así caminando, y después de varios días de brega, dieron por fin alcance a la tierra prometida.

Un campesino les dijo:

Pos ya ndan en la Laguna. Cuélenle ay más pa dentro. Como stamos en la mera pizca, en cualquier rancho los ocuparán. Están agarrando muncha gente.

En efecto, a medida que adentraban en aquellos inmensos llanos, se iban presentando a su vista los verdes algodones cargados de blancos capullos.

Y aquí y acullá, distantes solamente unos cuantos kilómetros, se destacaban los cascos de las haciendas, en cuyos contornos, se agrupaban multitud de barracas hechas con lodo y varas de quiote. Eran las casas habitación de los trabajadores nativos de la región.

Había mucho movimiento y trabajo. Por la carretera regional, constantemente se veían ir y venir pesados camiones copeteados de pacas de algodón. Y sobre las plantaciones, verdaderos hormigueros humanos, realizaban la labor de pizca de la valiosa fibra.

Los buscadores de trabajo se hallaron de pronto ante una hacienda que, por sus dimensiones de población, parecía una de las más importantes de la comarca. Y ahí se detuvieron.

—Ya pa qué li andamos buscando. Si se puede, aquí mero nos quedamos— Resolvió don Justo.

Luego, dirigiéndose a Pancho, agregó:

—Anle, tú: vamos a ver con quién hablamos. Y que aquí nos aguarden las mujeres.

—Vamos, pápa— Contestó el aludido.

Y resueltos a vender, si era necesario, hasta su alma al Diablo por tal de conseguir qué comer, marcharon enérgicos los dos hombres.

A la entrada de las oficinas patronales, les preguntó un hombre con aspecto de siervo:

—¿Qué quieren, amigos?

—Venemos en busca de trabajo, señor — Satisfizo don Justo.

—Ah, ¿sí? Entonces, síganme.

Mientras que a los tapatíos les galopaba el corazón de alegría, el sirviente los condujo hasta donde un señor, rodeado de mecanógrafos y sirvientes, dictaba órdenes en voz alta y terminante.

Allí tuvieron que esperar largo rato; pues el sirviente les explicó en secreto, que al señor no le gustaba que lo interrumpieran cuando estaba trabajando.

¿Es el dueño? —Preguntó Pancho.

—No; pero es uno de los meros prencipales.

—¿Qué quieren? —preguntó intempestivamente el "prencipal", sin cambiar de actitud.

—Estos muchachos quieren trabajar, amo —contestó el lacayo—. Usted dira...

¿Saben pizar, amigos? ¿han trabajado ya en esto?

El viejo informó:

—No, patrón; pero esperamos en Dios que nuestro trabajito le ha de cuadrar.

—Bueno. Entonces, por lo pronto les vamos a pagar setenta y cinco centavos diarios. Cuando se "hallen" en el trabajo, les aumentaremos a un peso. ¿Conformes?

—Sí, patrón —volvió a hablar don Justo—; no más que ay tenemos a las mujeres y no sabemos ónde dejálas. ¿No nos puede proporcionar un jacalito?

—No. Todos están ocupados. Además aquí se acostumbra que los que vienen de fuera, hagan sus chozas en sus ratos desocupados. ¿Dicen que traen mujeres?

—Sí, señor.

—Bueno; pues también para ellas tenemos trabajo. Así es que si quieren, ya saben; el mismo sueldo.

Tá bien, patrón. Antonce vamos a ver cómo li hacemos.

—Mira, Matías —se dirigió entonces al lacayo—: llévalos por lo pronto al campamento de los fuereños, y díles en dónde pueden hacer su casa. Asígnales su pedazo. Después los llevas con el mayordomo a donde anda la cuadrilla, para que los apunte y comiencen a trabajar.

—Muy bien, amo.

La hacienda estaba ubicada al sur de la carretera; el campamento, al norte. La hacienda se llamaba "Barcelona"; el campamento, no tenía nombre; pero bien hubiera podido denominarse, "El Infierno".

Veamos cómo era este campamento:

Unos seiscientos metros cuadrados de terreno—tierra suelta y pesada—, circundados por una palizada con alambre de púas.

Adentro, más o menos unas ciento cincuenta familias hirviendo y viviendo entre la mugre, los piojos y la miseria.

No se levantaba ni un solo jacal. La gente se guarecía de la intemperie, bajo grises piltrafas sostenidas por cuatro palos.

Cinco metros cuadrados correspondían a cada familia; y en esos cinco metros, amontonados dormían, la madre, el padre, el hijo, la hija, los burros, los puercos, los perros...

Cuando hacía ventarrón, dormían a la descubierta; pues tenían miedo de que el aire les arrebatara la vivienda. Y otro día amanecían semicubiertos de tierra.

A cada rato se morían gentes de tifo. Y muchos, casi todos, estaban enfermos de las cien mil enfermedades que producen el hambre y la mugre.

Los niños y los puercos y los burros, todo el día se revolcaban en la tierra, en común camaradería, mientras que las mujeres que no iban al trabajo y estaban encargadas de las labores domésticas, parecían brujas descabelladas, a la hora de estar haciendo aquellas fritangas mitad tierra e inmundicia, y mitad comestible humano.

Por aquí y por allá, se veían botes, cántaros y demás recipientes, conteniendo agua negra, para el gasto potable.

Además, mierdas y porquería, abundaban por todos los ámbitos del campamento.

Aquella gente no sabía en realidad si era feliz o desgraciada. Se dedicaba sordamente a subsistir. Es decir, se movían increíblemente en un plano casi neutral: ni adentro ni afuera de la vida; ni adentro, ni afuera de la humanidad. Porque para ser animales, les sobraba el pensamiento racional; y para ser humanos, les faltaba el complejo de humanidad que roba el pauperismo.

En tal campamento y otros muchos del mismo estilo que estaban diseminados por toda la región, vivían los hombres que con su fuerza hacían producir los miles y miles de pacas del "oro blanco"; los millones y millones de pesos; y la famosa opulencia de La Laguna.

Pancho, don Justo y las tres mujeres, pronto se asquearon de contemplar el horrible panorama. Y como para consolar la opresión de sus espíritus, se pusieron a mirar, con tenaces y largas miradas, el verde azulado de los algodones, minas superficiales de oro blanco.

Por la carretera que dividía la fantástica opulencia de la sombría miseria, había desfile de automóviles flamantes y de rugientes camiones cargados de algodón.

Los camiones al pasar, rugían como puercos gordos.

CAPITULO VI

RELIEVE HUMANO

Sol de medio día sofocante y bravío. Caldera del Bolsón de Mapimí que casi ebulle el ambiente. Rachas de aire cálido produciendo tumbos sincópicos en el cerebro de los trabajadores.

A lo lejos y hacia el Norte, el cielo se junta con la tierra; mientras que hacia el Oriente, Poniente y Sur, lomeríos pelones y achatados encierran las plantaciones, semejando una gran bahía.

Sobre la plantación madura, cientos y cientos de hombres, con los ojos abiertos enormemente y las quijadas apretadas, arrancan febrilmente los copos abundantes de algodón. Al repetir el movimiento automático y ágil, aquellos hombres parecen un mudo ejército de monjes mecánicos.

Sin embargo, de rato en rato, y aprovechando cierta distracción de los capataces, alguien emite alguna frase, frase que a veces es contestada, y a veces se pierde en el vacío.

Los capataces andan a caballo; van de un lado para otro, incansablemente, gritando sin cesar:

—¡Ora, muchachos, éntrenle parejo! ¡Hoy hemos de dejar limpio este tramo! Es orden del patrón. ¡Éntrenle, muchachos!

Pero los trabajadores no cambian el ritmo de su actividad, porque es lo más intenso que pueden trabajar.

Los trabajadores se sienten heridos. Las inclementes puñaladas del sol les han convertido sus espaldas en ardiente picadillo.

Los gritos del capataz son la música obligada que escuchan diariamente aquellos seres de tan extraña condición humana.

Ellos escuchan ese sonsonete, como las prostitutas de burdel tal vez escuchen la música obligada de todos los días, de todas las noches, de todas las horas. ¡Qué música tan fatal escuchan estos seres! ¡Qué música tan brutal!

Pancho, Micaela y don Justo, desde hace varios días, son parte de aquel mundo de gentes vendidas. Pronto se han habituado al trabajo, y eso les ha merecido el pago de un peso diario.

—Oye, Gallino— dice Pancho de pronto al trabajador que va a su lado—, si fuera tuyo el cuete que trae el capataz, ¿qué harías?

—¿Yo?— repuso el interpelado sin levantar la cerviz—, pos lo vendería, y con la plata que le sacara, me agarraría un pedo de un mes y sus noches, con vieja y música, en la "zona" de Torrión. ¿Y tú, qué harías?

—Yo lo guardaría pa descargárselo en la mera maceta al capataz, el día que m'echara el caballo encima.

—¿Y si te llevaban preso?

—No li hacía; aquí anda uno pior que preso.

—¡A ver si dejan de guaguarar, güevones, y se dedican más duro al trabajo! —gritó furioso el mayordomo, aproximándose a los dialogantes.

Pero como los dialogantes no habían dejado de trabajar; sólo se limitaron a enmudecer.

El Gallino era un tipo alto, huesudo y flaco como un zopilote. De las mangas de su camisa desgarrada, salían unas manazas enormes y endurecidas, que armonizaban con lo descomunal de sus pies. Este tal Gallino era solo en el mundo; por eso, lo poco que ganaba, lo invertía dominicalmente en tremendas borracheras que pescaba en la populosa zona de tolerancia de Torreón. Tenía fama de alma atravesada y pependenciero. Sin embargo, todos decían que en el fondo era un buen muchacho. Cuando conoció a Pancho, simpatizó con él; descubrió que se trataba de un hombre de muy duro temple. Y ya eran varias las ocasiones en que le decía:

—Oye, Pancho, ¿cuándo vamos al Torrión a echarnos unos cuantos zotoles?

—No —contestaba Pancho—; eso cuesta dinero, y yo no lo tengo. Ya ves, amigo, que lo que ganamos no nos alcanza ni siquiera pa echarnos una garra encima. Si no juera por eso, pos l'entraríanos ¡qué caray!

Pero el Gallino insistía. Y ese día, como era sábado, volvió a la carga.

—¿Tampoco mañana mi acompañas, Pancho?

—Ya t'he dicho, Gallino, que no puedo. Pero, no embargarte, te acompañaré por ay. Pos mañana voy al Torrión a mercar unos trapos que quiere mi pápa. De allá p'acá sí quén sabe no nos vénganos juntos, porque yo pienso dar la güelta pronto.

—Tá bien, Pancho; nos iremos aunque sea juntos, ya que tú no quieres jalar pa onde yo digo...

—Pos ya ves, amigo; si no, con muncho gusto...

El fresco de la mañana dominguera, los sorprendió ya llegando a Torreón.

A Pancho le estremecía el ánimo, la idea de conocer una gran ciudad. Por eso, a cada momento interrogaba a su compañero, de esta guisa:

—Oye, amigo, ¿y es muy bonito el Torrión?

—Rechulo, amigo —satisfacía el Gallino—. Pos afígrate nomás unas calles largas, largas, con jardín por en medio, y aramoviles y un gentilismo pa un lao y pa otro. Ora otra cosa; hay casas que de tan altas, tienes que quitarte el gorro pa veles el copete. Olo verás cómo te va gustar. Me digan si te quedas hasta en la noche. En la noche es lo mero padre; porque todo aquello parece un nacimiento de nuestro Señor, de tanto diablo e foco que se priende, de todos los colores.

—¿Deveras?

—Vas a ver...

Así platicando, entraron por fin a Torreón. Y Pancho, naturalmente, pudo comprobar todo lo que su amigo le había contado. ¡Qué bella ciudad! ¡Cuántas riquezas y hermosura encerraba!

Eran como las once de la mañana, y en las plazas públicas y avenidas principales, había desfile de auto-

móviles con los capacetes plegados hacia atrás. Por tanto, las personas que tripulaban aquellos vehículos deslumbrantes, ostentaban a los cuatro vientos su fastuosa elegancia.

Aquello, en verdad, acusaba la desbordante riqueza de la Laguna.

A cada momento, el Gallino interrogaba a su amigo:

—Mira nomás, Pancho... ¿No te gustan las muchachas d'ese aramovil? Palabra que yo me dejaba dar quinientos sablazos por tentale a una d'ellas los cachetes... nomás que, lástima, amigo, que'sos cuerós no si haygan hecho pa mi tambor.

Pancho se había tornado torvo y reflexivo y nada contestaba a su compañero.

Mas éste no se daba por ofendido, y proseguía:

—Mira, amigo, ¿no vites? la güera aquella le dió un beso en el pescuezo al que va manijando el aramovil colorao ¡Qué jijo! Lo que's la mosca. Pos él sin permitir como yo, que le den quinientos sablazos, la güera esa le... ¡Jijo e la tiznada! Palabra que hasta me hormiguea el cuero!

Pancho, que hasta ese momento había permanecido callado, preguntó de pronto:

—Oye, Gallino, ¿y qué's esa casa tan alta?

—¿Esa?

—Sí; esa e las puertas e vidro.

—Ah. Pos ay le dicen el Casino e la Laguna. Y asegún yo he óido por ay, ay se reúne la mejor sociedad...

—Y esta otra: mira, la que tiene árboles enfrente, ¿qué's?

—Esa es onde bailan y se'mborrachan los alemanes. Afigúrate, una noche yo vide pa'dentro por una ventana. Ay, amigo, si nomás vieras cómo gozan esos jijos e la guayaba. A mí hasta se me cáiba la baba al óir cómo tronaban unas botellas panzonas cuando les quitaban el tapón. Pero lo que más has de ver, es cómo las viejas tráiban todo el lomo e juera... Y lo pedas que se ponen...

Y a medida que seguían caminando, el Gallino informaba entusiasmado:

—Mira; ese es el Banco e la Laguna; aquel el Banco e México... éste, el Banco Chino; este otro, el Banco e Londres... Ah, mira, aquí es el casino e los árabes. Y aquel ¿ves? es el de los españoles. ¿Qué bonito, vedá? Aquí hasta gusto da andar...

—Sí, amigo... —murmuró apenas Pancho—; hasta gusto da. ¡Lástima que nosotros nos estemos muriendo di hambre y que ténganos que dormir entre la tierra...!

—Güeno, ¿qué l'hemos di hacer?

—¿Cres que no tiene remedio esto?

—Pos yo creo que no. A no ser que nos échenos a robar... Di otro modo ¿qué dijites ay?

—Pos yo no digo lo mesmo. Yo creo que sin robar, esto tiene remedio. Ya verás...

—Ah, qué amigo éste —respondió riendo el Gallino—. Ya'stás tú como el probe e Carmelo.

—¿Cuál Carmelo?

—Pos uno que vino de po'allá del Sur. Comenzó a decir eso que tú dices. Un día llegó a oídos de los patrones. Y le han metido una paliza al probe, tan padre, que al no haber sido por mí, que se lo quité al mayordomo, lo mata.

—¿Deveras?

—Deveras. Eso que te digo, no creas que jué en "Barcelona"; jué en "Pozo e Calvo". A mí me corrieron luego, luego. Jué del modo que yo cayí a "Barcelona". Si nomás vieras cómo son de aprovechaos. Ah, y cuando uno se les pone al pedo, mandan llamar a la escolta y, pa qué te escribo. No, vale, no es güeno que te metas en eso. Pos aunque yo sé que tú eres de los meros hombres, no tá güeno nadar contra la corriente. ¿No cres?

—Es cierto, Gallino...

—Pos te lo digo...

Y cambiando de tema, el Gallino inquirió:

—Oye, ¿y que's lo que tú vas a mercar? Las tiendas están cerradas; pero podemos ir al mercao. ¿Vamos? Ya es tarde. Y como dices que te vas pronto...

Aquella tarde, Pancho regresó a su rancho con el ánimo hecho trizas. Rebullía en su imaginación febril el lento desfilar de los automóviles cargados de hombres elegantes y mujeres hermosas; los perfumes; las ricas mansiones y los sobrios edificios; los bancos rebosantes de dinero; y las fantásticas orgías aludidas por el Gallino.

—Dios mío —Se dijo— ¿Por qué han d'estar ansina las cosas?

Y penetró al campamento. Y como era de noche, todo mundo dormía, excepto los suyos. Ellos lo esperaban; pues deseaban ver inmediatamente las cosas nuevas que le habían encargado que comprara.

Por eso, cuando él llegó, don Justo instó con ansiedad:

—A ver, hijo; saca los géneros: que tu madre quiere velos. ¿Te alcanzó el dinero?

—No —informó Pancho con el ceño fruncido—; nomás merqué la manta pa sus calzones y el percal de mi máma. Aquí stán.

La madre se puso en jarras, protestando:

—¿Ansí es que nomás eso mercates con todos los diez pesos?

Nomás. ¿O queren que no cómanos en t'oa la semana?

Nadie agregó después ni una sola palabra. Calladamente se echaron en el suelo con el propósito de dormir. De trecho en trecho, y merced a la noche un tanto clara, bien podían verse los hacinamientos de seres sobre la tierra, dormidos en insana y horrible promiscuidad.

CAPITULO VII

GENTES

Bajo el amparo de un fresno corpulento, y en medio de la noche renegrada, conversaban dos hombres, cuyos rostros, eran a veces, débilmente iluminados por el brillo de los cigarros. Estos dos hombres, eran Pancho y el Gallino.

Pancho decía:

—¿Y tú cómo supites eso?

El Gallino repuso, dándole una larga fumada a su cigarro:

—Una noche, por ay como a las dos de la mañana, me despertó un dolorón que tenía yo clavao, po'aquí ansina en la rabadilla. Y como tú sabes que yo no tengo ni a quién echale un grito, pensé hablale a don Melquia pa'aquél le dijiera a su muchacha que me cociera ay un cordialito o m'echara cualquier unto. Y, ay no más, vale, que voy mirando aquello... Vedá e Dios que por más que pelaba los ojos no lo quería creer. Afigúrate: la muchacha, a gatas, juyía y juyía de don Melquia. Y don Melquia, tamen a gatas, la seguía, jalándola

de las patas. ¿Sabes cuándo di tiro lo creyí? Pos cuando ella dijo:

—¡Stese, pápa! ¿Qué no mira que hay gente todo eso?

—Pero el viejo, vale —continuó el relatante—, no más se arrañó un ratito y luego le siguió terquiando. Yo, amigo, staba ansinita de silencio: pos hasta ni quería resollar. Güeno, y en eso, yo iba a echar una garrapiada pa quitar al hombre de sus intinciones y ver si ansina el diablo se le salía. Pero aluego dije: güeno ¿y a mí qué? Nada, vale, pos que siguió la trifulca. Y en eso, que la pepena de las meras caderas, y que se le encarama, y que comienza lo mero güeno. Ella, te vo'a decir, no quería, y rejeguiaba como una lumbriz, y pelaba con coraje, anque quedito:

—Stese, pápa... Stese...

—¿Y tú cres que'l s'iba a'rrendar? Nada, vale, se hacía pendejo y le seguía, y no se detuvo ni cuando ella empezó a llorar... Pero antoce a mí sí me dió coraje. Y tosí y me levanté y le dije:

—¡Viejo jijo e la tiznada! ¿Pos qué'stá haciendo ay con su muchacha?

—Antonce él se arrojoló pa un lao y se quedó apuercao sin querer contestar.

—Ende esa noche, amigo, ni siquiera me da la cara pa nada.

—¿Y la muchacha? —Investigó Pancho, encendiendo otro cigarro.

—¿Pos qué no l'has visto? Hay'stá. Y ora hasta parece que ya l'está gustando; porque anda muy satisfecha.

—Palabra, amigo, que po'allá en mi tierra nõ se miran esas cosas.

—No creas —contradijo el otro—; onde quera pasa eso. Güeno, no onde quera; nomás onde las mujeres y los hombres duermen en un mesmo apilo. Y, dende ese día, he andao pensando, y he dicho: ¿Y qué jijos v'hacer un hombre que tiene una mujer abrazada, pa no...? Pos nada, que a l'ora e l'ora ya la trai a los tirones; y te aseguro que hasta se le olvida que's su hija, como le pasó a don Melquia...

—Güeno —dijo Pancho como hablando consigo mismo—: antonce, eso no pasa con los que tienen sus casas con cuartos y camas distintas y todo; eso nomás sucede con nosotros los probes que durmemos amontonaos...

—Eso mero —interrumpió el Gallino—; eso mero es lo que yo te digo.

—¿Sí? Pos yo tamen te digo, que algún día habremos de tener todo; casas, camas, comida, trapos... ¡Ya verás, vale; ya verás...!

¡Hum!... ¿Ya vas a salirme con lo mesmo, Pancho? ¿Dende quiaqui ti ando diciendo que no te metas en esos fandangos? ¿Qué no te conté lo de Carmelo?

—Sí; però...

—Pero... No li hagas, amigo. Que aquí, mal que mal, nos'tamos comiendo nuestra gordita con chile. ¿Y andando e juida qué? Andando e juida te lleva el carajo di hambre, sin contar conque en cualquier chico rato te venadean. ¿Y qué? ¿Qué jijos te sacas con eso? Mejor, mira; vámonos ya a dormir pa que se te quite

eso e la cabeza. Ay mañana con la fresca seguimos platicando. ¿Nos vamos?

—Vámonos — accedió Pancho iniciando la marcha.

A la entrada del campo se despidieron, y cada quien tomó el rumbo de su sitio de descanso.

Pero Pancho no pudo tirarse a dormir luego, porque se encontró conque Micaela estaba despierta.

Esta le dijo al verlo llegar:

—Vieras, Pancho, que no tengo ni una brizna e sueño.

—¿Por qué? —repuso él— ¿Qué no ti has acostao?

—Sí; ya'stuve un rato tirada; pero como nomás jué un puro dar güeltas, mejor me alevanté. Y tú, ¿di'ónde vienes?

—Ay del fresno; staba platicando con el Gallino. ¿Y por qué no te puedes dormir, Miquéila?

—Pos vieras que nomás he stao pensando en aquel probe e mi hermano. ¿No t'he dicho?

—No; ¿qui hubo?

—Pos que nos contestó la carta aquella que tú l'escrebites. Ay no la leyó un hombre de Thacienda. Y dice que lo encomiéndenos a Dios; que como se dió di alta, sale p'al sur con la tropa. Nomás afígurate. A la mejor lo matan. Y nosotros po'acá sin saber nada d'él.

Pancho se aproximó a Micaela, y con voz dulce la consoló:

—No ti apures, Miquéila; Dios lo ha de cuidar.

—Pos sí, però, nomás afígurate; era l'único hombre conque contábanos la probecita e mi máma y yo...

Y Micaela, que nunca había llorado, ni cuando se llevaron preso al Cuinique, ahora comenzó a llorar al mismo tiempo que se rebozaba.

Pero Pancho insistió:

—¿No te digo que no ti apures? Pos aquí'stoy yo, Miquéila, pá'yudarte. Tú vas a la pizca porque quieres. Si se te antoja, ya mañana no vayas. Yo, mira, yo te tengo voluntá; nomás que'sta probeza no me deja. No embargante, yo mero mi hago cargo de tí y de tu máma. ¿O no me tienes aprecio?

Desde aquella noche, Pancho durmió lo más retirado que pudo de Micaela, porque Pancho tenía miedo a su pobreza.

x x x

Es la hora más fatigante del día. Los trabajadores no obstante su temple de bestias, se sienten duramente acosados por el calcinante calor. Sus cuerpos sudan, pero de tal manera, que a cada momento se encuentran en la necesidad de quitarse las camisas para exprimir las del líquido salado.

Hay algunos, entre ellos Pancho, que se quitan permanentemente la camisa. Y por sus espaldas renegridas, escurre a sus anchas, el sudor lodoso.

Pancho y el Gallino, a pesar de la tan raquítica nutrición a que han estado sujetos toda su vida, son de los más fuertes, y soportan con estoicismo y valor, la intensidad casi llameante del sol, y lo sobrehumano del trabajo. Pero un peón que labora junto a ellos, conocido por el nombre de Chololo, no se siente muy bien; pues

en los últimos días, una tos tenaz, que antes era más o menos soportable, se ha vuelto asfixiante.

Hoy no lo ha dejado descansar ni un instante. Por eso, mientras con una mano trabaja, con la otra se oprime el pecho, dibujándose en su rostro de semimuerto, la angustia espantosa de su enfermedad.

—¿Qué tienes, Chololo? —Preguntó el Gallino al oír un quejido del tuberculoso.

—Pos qué'de tener, amigo... sta tos que no me deja. Y, no creas, me'stao curando con aspirina dende que la tengo; pero la tos, armada como una sandijuela. Ya no jallo ni qué hacer... Orita, la mera vedá, me consiento muy malo. Quisiera descansar un rato; pero ónde ves; el capataz que se da cuenta, y yo que caigo entre las patas del caballo. L'otro día ansina pasó. Por eso ora ya'stoy ciscao... Pero si nomás vieran lo que siento...

Pancho se quedó viendo al Gallino, luego sugirió:

—Entre los dos, bien podemos tapar al Chololo. Nomás nos arrejuntamos muncho, y él que se amonigote por delante e nosotros.

—¿Y si nos cai tierra?

—No lí aunque. Pa dí'aquí a qué' so pase, ya el probe ha descansao un rato.

—Güeno, pos a l'obra.

Ordenando luego a Chololo:

—Anle, amigo; amónate ay por delante e nosotros, y tápate lo mejor que puedas.

Así, por espacio de más de media hora, pudieron cohechar aquel delictuoso hurto al sagrado capital.

Pero como los capataces son fieles cumplidores de su deber pues para eso les pagan, pronto uno de ellos descubrió el truco. Realmente, para los capataces, este hecho constituía una de sus más morbosas aspiraciones. ¿Pues qué cosa más gloriosa para ellos que poder ejercer sus funciones de autoridad, imponiendo el orden y el deber, por medio de la fuerza lícita que ostentaban? La Psicología nos ha enseñado que estos gendarmes particulares, cojean precisamente de la misma pata que los gendarmes burocráticos. Unos y otros odian la paz y la armonía sociales, porque saben que éstas no les proporcionarán ningunos méritos relevantes ante los ojos de sus señores. Por eso aullan de alegría cuando se les presenta la ocasión de enderezar algún entuerto a garrotazos. Por eso mismo, el capataz, en cuanto se enteró de la treta de Chololo, clavó espuelas a su caballo y como un remolino se presentó en escena, ojos encendidos y cara terrible.

El Chololo, como era de esperarse, no se pudo levantar, y en pose lastimera, esperó los efectos del ciclón humano.

Este vomitó, al sentar casi el caballo en sus cuartos traseros:

—¡Epa, jijo e la tiznada! ¿Qué haces hay amonao? ¿Crees que te pagan pa que stés de güevón? ¡Arriba, pe-lao zángano; que me hormiguea la "cuarta"!

El Chololo apenas logró hincarse; y levantando un poco los brazos como un sentenciado a muerte, suplicó acompañando sus palabras con la música trágica de la tos:

—¡Señor, amo... señor... Stoy muy malo...!

Pero las patas salvajes de la cabalgadura lo derribaron, haciéndolo rodar por tierra como si se tratara de un débil muñeco de trapo.

Tras este acto, siguieron unos lamentos desgarradores... y después el atropellado quedó exánime sobre el robusto algodonal.

Los dos trabajadores más próximos, —Pancho y el Gallino— acudieron precipitadamente a donde yacía Chololo, con el fin de prestarle algún auxilio. Más tarde, otros y otros, hasta que se formó un tumulto en torno al cuerpo del moribundo.

—¡Parece que se está acabando el mundo, semillones! —Rugió el capataz, abriendo brecha entre la multitud con su corcel—. ¡A sus quehaceres pronto, o mañana no hay trabajo!

Ante la fatal amenaza, la gente se diseminó rápidamente para seguir en la labor, quedando únicamente dos hombres, el Gallino y Pancho, como centinelas, junto al ser que estaba muy cerca de las puertas de la muerte.

—Y ustedes, ¿no oyeron?

—Sí, patrón—, contestó Pancho—; pero ¿y si se muere aquí?

—Que se muera. ¿O eres tú su padre pa que te importe tanto?

En ese instante, la sangre de Pancho sufrió una furiosa electrización. Tuvo impetuosos deseos de aplastar al estúpido aquél y de triturarlo entre sus dedos. Pero afortunadamente logró contenerse, concretándose solamente a rechinar los dientes, y a apretarse la cabeza con ambas manos.

Cuando la tarde estaba pardeante, ya casi en transición con la noche, centenares de trabajadores volvían de su trabajo, aglomerados compactamente. Adelante, como capitaneando al ejército de sojuzgados, dos hombres llevaban, sobre una escalera, el cuerpo tieso y tirante del Chololo.

CAPITULO VIII

E S C U E L A

Por el horizonte oriental, el amanecer comenzaba a asomarse. El perfil de los lomeríos lejanos, ya era preciso, y una que otra estrella de buena posición, luchaba por mantener su característica brillante. Era la única hora soportable en aquella calurosa y hostil comarca; y era la hora también en que los trabajadores abandonaban sus duros y mal-olientes lechos para luego en grupitos, dirigirse a sus labores ordinarias.

De todas las casucas rancheras, se escapaba el murmullo mañanero, y haces de luz hogareña y humo y olor a comida, se distendían graciosamente por el ambiente. Y el campo de los "bonanceros", es decir, el gran hogar común de los trabajadores, en ese momento presentaba un aspecto como de feria campesina, dada la baraúnda que se notaba en él: burros que rebuznan; niños que chillan ensordecedoramente; mujeres que gritan al cambiar expresiones con la comadre; hombres que trajinan al apercibirse para el trabajo; y, pintando el instan-

te, decenas de hogares que doran y recalientan los alimentos del día.

—¡Anle, pápa —grita de súbito Pancho, ya dispuesto a marchar—, porque se nos hace tarde, y el sol nos agarra por el camino!

—Pos eso mesmo digo yo— asintió don Justo—; pero tu máma no le da guerra a la lumbre.

Y luego, dirigiéndose a su esposa, insinuó:

—Dale priesa, mujer; ¿pos qué no miras onde va ya todo el gentío?

—Ya voy, cristiano del Señor. Tenme pacencia, que Dios nuestro amo no me hizo con cien manos.

—Güeno, pero apróntale, porque ya Miquéila y Pancho stán listos.

Y tras de un breve momento de espera, todo quedó resuelto, partiendo los dos hombres y Micaela, hacia el punto de su labor.

Por el camino, pronto divisaron otro grupo, al que se incorporaron, trabando con ellos conversación:

—Güenos días les dé Dios, señores— saludó don Justo— ¿Cómo les maneció? ¿Cómo anda por ay la cosa?

—Pos bien —respondió uno—. L'único que hay de nuevo es lo que ya han de saber ustedes...

Pancho interrumpió:

—No sabemos nada. ¿Qui'hubo?

—Pos que anoche el mayordomo botó a la mujer del pobre e Chololo del jacal. Le dijo que se juera a echar pulgas a otra parte, que porque necesitaba la casa pa otro trabajador. ¡Probecita mujer! No le valieron ni los chillidos que pégaba. A mi mujer le dió pé-

same y le dijo que se allegara con nosotros; pero ni an eso quiso el diablo e mayordomo.

—¿Y qué hizo la mujer del Chololo?

—Pos nada; se echó el tambache al hombro y agarró el camino. Y los tres niños que tiene iban tras d'ella llorando como una coyotera. Dijo que iba p'al Torrión a pedir caridá...

Vino a cortar la charla el bramido persistente de un automóvil que pugnaba por salir de un fangal que lo tenía prisionero.

Más de cuatro voces dijeron:

—Es el carro del patrón don Felipe. No se le acerquen, porque no le cuadra.

—Y qué andaré haciendo esta hora po'acá tan jue-ra e la carretera?—Inquirió uno de los del grupo.

Otro informó:

—Pos cuando llega en la mañana, siempre se viene po'acá; más cuando trai vieja. Con toda seguridá, ora viene con él alguna. No le gusta que lo mire la gente.

El grupo ya se iba pasando de largo, cuando se escuchó la voz del patrón Felipe que decía:

—¡Eh, muchachos! ¡Vengan a empujar el carro! ¡Vengan a empujar el carro! ¡Corran, pronto!

Sólo unos cuantos minutos bastaron para que aquella veintena de hombres sacara el vehículo del atolladero en que estaba, y también para que aquella buena gente se enterara de que la mujer que en esta ocasión hacía compañía al patrón, era, nada menos, que la profesora de la escuela. Sin embargo, esto no hizo sensación, puesto que la dama no era la primera vez que departía sus amores con los hombres que le pagaban su sueldo.

Por eso, cuando el coche se apartó un poco del grupo, no faltó quien comentara:

—Anoche la escuelanta durmió con el patrón...

—¡Oye, tú!—Gritó el patrón asomando la cabeza por la ventanilla—. Ven acá.

—¿Quién, yo? —Contestó Pancho indicándose el pecho.

—Sí, tú.

Cuando Pancho estuvo cerca del coche, oyó este ordenamiento:

—Súbete.

—¿Pa ónde voy, patrón?

—A trabajar a las órdenes aquí de la señorita profesora; ella te dirá el trabajo que tienen que hacer en su casa.

Y emprendieron la marcha. Y Pancho tuvo la oportunidad de viajar por primera vez en su vida, a bordo de un automóvil particular.

Cuando la señorita profesora y Pancho descendieron del carruaje para dirigirse a la escuela, ésta anunció:

—Me vas a blanquear mi casa, muchacho—. ¿Podrás desempeñar ese trabajo?

—Yo creo que sí, señorita. ¿Tiene todo lo que se necesita?

—Sí; hay todo; sólo que quiero termine antes de que se haga tarde, con el fin de que se pueda secar algo y no me haga daño dormir allí mismo.

Y cambiando el rumbo de la charla, agregó:

—Antes no te había visto. ¿De dónde eres? ¿Vienes con los bonanceros del sur?

—Sí; nomás que no nos áido muy bien.

—¿No? Es lástima. ¿Y cómo te llamas?

—Me llamo Pancho Pico, pa servir a su güena persona.

Como ya se hallaban frente a la escuela, en cuya frontera sur se levantaba la casa de la maestra, Pancho preguntó:

—¿Esa es la casa que tengo que blanquiar?

—Sí; mira, ven... aquí tienes todo. Procura darte prisa. Y, ya sabes, yo te compensaré con algo.

—Muchas gracias, señorita.

Dicho lo anterior, la bella maestra (era hermosa la mujer) abrió la puerta y penetraron, al tiempo en que ella decía con un aire de gran despreocupación:

—Mira, Pancho, mientras yo me mudo de ropa, tú cámbiame a la otra pieza todas estas cosas. Anda, date prisa.

El gran Pancho se quedó alelado y empequeñecido ante lo que sus ojos veían. ¿Qué era aquello? ¿De qué se trataba?

Nada. Qué había de ser. La cosa más sencilla del mundo: que la señorita profesora se había casi desnudado ante el provisional albañil, y que su cuerpo dejaba ver la mitad de los senos, los hombros, la espalda y las axilas. Nada más eso sucedía.

Por esa sencilla razón, también el sencillo campesino se encontraba a punto de dar con sus huesos en el suelo.

Pero la oportuna intervención de la señorita lo salvó, al decirle:

—¿Qué esperas, hombre? Anda, comienza a cambiar las cosas.

—Sí— repuso Pancho, sacudiendo bruscamente la cabeza como para amortiguar las incontenibles ansias sexuales que se le habían despertado.

Luego febrilmente se puso a trabajar. Entre tanto, la maestra se aplicó un ligero maquillaje, hurgó por allí en algunos rincones, tarareó varias canciones de moda y se dispuso a ejercer; pues ya comenzaban a llegar algunos niños educandos.

La escuela era un cuarto sucio y oscuro que más bien parecía zahurda. Se hallaba orientado hacia el Sur. Viendo a ese punto cardinal, había dos boquetes, uno grande y otro pequeño que hacían los oficios de puerta y ventana.

Adentro de esa pocilga, piso de tierra suelta y ambiente de cerdos, pasaban la mitad de su vida, unos cuarenta o cincuenta niños. Niños canijos, desnutridos, sucios, tristes, que hacían ridículo contraste con el porte casi elegante de su maestra.

Ocho niños que hasta ese momento habían llegado, formaban un grupo mudo en torno a un montón de tierra. Se empeñaban, unos en escarbar el barro, y otros en escarbarse las narices. Pero nadie reía. No sentían deseos de hacerlo. No había motivos.

¿De qué habían de reírse?

La maestra gritó de pronto:

—¡A ver, niños; en lugar de estar haciendo travessuras, unos toquen el fierro y otros hagan el aseol!

Los niños abandonaron silenciosamente su ocupación y obedecieron a la educadora, provocando un in-

fernal polvaredón dentro del cuarto, que era subrayado por el tañer del fierro, campana de la escuela.

A la media hora, más o menos, el quorum hacía acto de presencia. Casi la totalidad de los niños había llegado. Y a una indicación de la maestra, cada quien se colocó en el lugar de suelo que le correspondía.

Entonces ella, cubriéndose nariz y boca con un pañuelo, para no respirar tierra, penetró al salón, diciendo:

—Saquen sus cuadernos y sus lápices y hagan cincuenta veces la tarea que les voy a poner en el pizarrón. Todos los que la hagan completa y bien, saldrán a recreo; los que no, se quedarán castigados en el salón.

Y con caracteres muy grandes escribió en el pizarrón:

“Pepito come manteguilla”. “Pepito es un niño muy educado”. “Pepito nunca empaña el lustre de su calzado”. “Sed como Pepito”.

Cuando terminó de grabar las irónicas frases, dijo:

—Ahora vuelvo dentro de un momento. Ya saben: cincuenta veces. El que no termine, no tendrá recreo.

La maestra abandonó el recinto, porque materialmente le era imposible respirar. Aquello resultaba una inmundicia; primero, por el polvo, y después, por el olor a mugre de los niños; y además, porque afuera ya la estaba esperando su amiguito el dueño de la hacienda.

Mientras todo esto sucedía, Pancho trabajaba con ganas, y no dejaba de tener algunos pensamientos en relación con la escuela, como éstos:

¿Por qué los niños pobres serán tan feos? ¿Por qué no saltarán, ni gritarán, ni correrán como los niños de los ricos? Los niños de los pobres andan siempre como asustados, tal si la tierra que pisan contuviera terribles espantos; como si alguna fuerza desconocida les impidiera estar alegres. ¿A qué se deberá esto?

Y es que Pancho ignoraba que a aquellos seres les faltaba la vida; la vida que entra por la boca y se manifiesta en las formas físicas bien desarrolladas, en el entusiasmo, en la alegría. ¿Cómo iban a estar contentos aquellos niños enclenques y enfermizos?

Después de dos horas de grata expansión, la maestra volvió a la escuela. Encontró a sus discípulos hechos una lástima. Unos, semienterrados y con los cuadernos entre las manecitas mugrosas, dormían; otros, luchaban tenazmente contra el sueño y contra el sube y baja de los mocos; y otros, los más fuertes, trataban de realizar la tarea, imprimiendo indecibles garabatos.

Esta circunstancia irritó grandemente a la maestra, haciéndola explotar:

—¡A ver, flojos, sinvergüenzas, váyanme trayendo la tarea! Y, ya lo saben: no hay recreo para el que no la tenga completa. Pasa tú primero, Modesto. Anda; quiero empezar la revisión.

Modesto se levantó lentamente del hoyo que con su cuerpo había hecho en la tierra, y luego de preparar su cuaderno y de rascarse la cabeza, que parecía un resplandor, se aproximó.

Antes de que llegara junto a ella, la maestra advirtió:

—No te me acerques mucho, porque puedo mancharme. Ustedes parecen puercos. Ya me tienen fastidiada. ¿Hiciste el trabajo?

El niño contestó:

—No, señorita...

—¿No? ¿Y por qué muchacho menso? A ver, dime, ¿por qué no lo hiciste?

—No sé, señorita...

—No; si nada saben; nada aprenden. Todos son una punta de burros. ¿A qué vienen a la escuela, si no les ha de servir de nada? Yo realmente no me explico por qué esta gente es tan imbécil.

Y continuó:

—Los que hayan hecho el trabajo, levanten la mano.

Pero todas las manecitas siguieron inmóviles porque nadie había sido capaz de ejecutar una labor que de antemano no había sido enseñada.

Entonces la educadora se desesperó y dijo, con tonalidad grave y profética:

—¡Imbéciles! Fueron bestias, son bestias y seguirán siendo bestias.

Más tarde, ordenó que todos salieran a recreo, en virtud de que ninguno tenía remedio.

La luz agobiante del sol, alumbró la miseria de aquellos seres maculados por la desigualdad social. Salieron y se agruparon en los rincones del patio. Salieron porque así lo ordenaron; pero para ellos eran indiferentes la zahurda o el corral. En una parte o en otra, permanecían quietos, expectantes y oprimidos por la piel reseca y tirante de sus cuerpos esqueléticos.

Pancho preguntó a la maestra:

—Diga, profesora, ¿por qué esos niños no juegan?

—Porque son unos idiotas—recalcó ésta—. Porque se parecen a sus padres. Bien dice el dicho: "De tal palo, tal astilla".

Así se educaba en las escuelas rurales de antes, y así se educa en algunas de la actualidad. Con maestras improvisadas que personas criminales introducen en el Magisterio; con mujeres canallas que, no teniendo valor para ser prostitutas de tarifa, lo son de favor, estigmatizando la vida de cientos y miles de niños a quienes jamás llegarán a comprender.

CAPITULO IX.

A U G E .

Año de fabulosas ganancias, de inflazón de capitales y de orgía de la tierra. Año pródigo y generoso cuya estación fecunda ha hecho producir sobre los campos laguneros, miles y miles de pacas de algodón, que pronto habrán de convertirse en muchos cientos de miles de pesos, de pesos blancos como el mismo algodón.

Por las carreteras, hileras ininterrumpidas de pesados camiones se encargan de concentrar en los depósitos de las ciudades, el oro blanco, después de haber sido cuidadosamente seleccionado por los expertos, y dividido en clases, igual que la humanidad.

Las casas comerciales de Torreón y demás pueblos comarcanos se ven atestadas de compradores de todas las categorías. Las cantinas y bacanales, tragan y vomitan constantemente escuadrones de borrachos. Los salones de espectáculos son insuficientes para contener a los espectadores, mientras que los mercados y

lugares públicos presentan pintoresco aspecto de gran feria.

¡Qué grandioso año! Cuánta riqueza ha disperso y cuánto regocijo. Y desde el más remoto rincón del Sur hasta el más escondido lugar del Norte, no hay quien no haya participado de las asombrosas bondades de este año. Y no ha faltado quien asegure por ahí, que hace más de veinte años que no se veía semejante bonanza.

Todo mundo pues está satisfecho, porque todo mundo tiene la dicha en la mano, una dicha que pronto habrá de escaparse, cuando el último peso sea gastado, de aquellos cuantos pesos ganados por los trabajadores de la sub revolución.

¿Que tendrán que desligarse aquellos pocos dineros de las manos endurecidas de los trabajadores? No hay duda. ¿Que tendrá que venir con ese hecho la miseria? Tampoco hay duda. ¿Que el hambre habrá de entristecer y asolar la comarca, así como la abundancia la regocijó? También es indudable. Pero las masas tratan de amortiguar esa verdad, y sólo les importa vivir ese momento, porque intuyen que de todas maneras, irremisiblemente, se aclarará su condición de hambrientos y desheredados y tristes. Por eso roban aunque sea esos momentos, a su eterno compromiso con la vida doliente.

Sin embargo, hay uno que no transige con la situación; uno que piensa que ello tiene remedio, que todo puede cambiar mediante... ¿Qué recursos?

Eso es lo que Pancho no acierta a comprender. Y por más que vuelve y revuelve sus pensamientos,

nada consigue aclarar, estrellándose amargamente su inteligencia ante la roca de granito del problema.

Es entonces cuando el hombre decide confiarle su interior conflicto a la maestra de escuela. Ella —piensa— debe saber muy bien estas cosas y seguramente que todo me lo sabrá explicar.

Con este propósito se encamina hacia la casa de la educadora, resuelto a hacer luz en aquel mundo de sombras que pueblan su cabeza.

Es ya casi de noche. Por las ventanas de la casa de la maestra, salen haces intensos de una luz muy blanca, que son producidos por lámpara de gasolina. Adentro, la maestra está sentada frente a una pequeña mesa, sobre la que gravitan varias revistas y magazines de actualidad. Se encuentra tan abstraída en la lectura, que ni siquiera nota la silueta de Pancho, quien mira hacia el interior de la casa, a través de los vidrios.

Y el buen campesino no se atreve a tocar; piensa por un momento que a la maestra pueda disgustarle aquella imprudencia. Por eso titubea. Pero al fin se resuelve y toca.

Con tal motivo, la maestra se incorpora con brusquedad, preguntando inmediatamente:

—¿Quién es?

—Yo, señorita. Soy Pancho el que le pintó la casa.

—¿Usted? —recalcó la profesora, levantándose a abrir—. ¿Y qué anda haciendo? ¿Qué se le ofrece?

—Pos sabe que yo quería ay preguntale unas cosas. Y como, la mera vedá, de día no tengo campo, pos decedí venir a molestar a su güena persona ora mesmo.

—¿Sí? ¿Qué es ello?

Pancho iba a hablar, cuando ella lo interrumpió, diciendo:

—Bueno, pero pase, que aquí en la ventana parecemos novios. ¿No le parece?

—Ah, que usted señorita— repuso Pancho ya en el interior—. ¿Cómo bía de crer la gente que 'ste probe gañán andaba e novio e su mercé?

Y los dos rieron y ella agregó:

—Siéntese pues y hablemos. Pero antes, debe usted saber que ahora viene muy distinto al Pancho que yo conocí.

—No; soy el mismo. Nomás que ora me puse estos otros trapitos y me dí ay una güena resurada.

—Pues está usted muy guapo.

—Ah cómo será usted, señorita... Güeno, y como l'iba diciendo...

—Espere un momento —volvió a interrumpirle—; para que de veras se vea guapo, le voy a hacer un regalo. Ya verá.

Al decir esto, abrió una petaca, extrayendo de ella un mascadón de seda color perla; lo distendió y luego, como hablando consigo misma, explicó:

—Este me lo regaló un novio que tuve hace dos años. Está muy bonito. A usted debe quedarle muy bien. Tenga, póngaselo.

Ante todas estas cosas, Pancho se hallaba realmente maravillado. Y por lo tanto, cuando tuvo el mascadón en sus manos, no sabía qué hacer con él, ni qué decir.

Entonces ella se le aproximó ofreciendo:

—Déjeme ponérselo.

La prenda despedía un perfume grato y provocador. La mujer también olía a perfume artificial y a perfume natural; a perfume de mujer joven y limpia. Así que cuando aquellos brazos cruzaron los hombros de Pancho, éste sintió que toda su alma se conmovía y vibraba. Y fue entonces cuando sus ojos se anublaron al sentir un deseo impetuoso de oprimir a aquella mujercita hermosa y sutil entre su pecho y sus manos; de sangrarla, de destrozarla, tal si hubiera sido un animal feroz.

Pero su fuerza de hombre sensato pudo más, y logró contenerse. En cambio, el asunto que lo había llevado a presencia de la maestra, ya no le parecía importante, y estaba resuelto a no tratarlo.

La maestra, aparentemente ajena a los pensamientos y sentimientos de Pancho, dijo:

—¿Ve usted? Le quedó muy bonito. Venga al espejo. Mírese. ¿Verdad que le está muy bien?

Al mirarse en el espejo, Pancho se notó realmente elegante. No obstante, protestó:

—¿Pero cómo mi ha de dar usted ésto?

—Hombre, muy bien. ¿Qué usted nunca ha hecho un regalo?

—No señorita, nunca he tenido qué regalar. Y palabra que ora sí quisiera; pero... güeno, señorita, ya me voy. Ay otro día le diré a lo que vine.

Y se dirigió a la puerta.

Ella lo alcanzó, advirtiéndole:

—Bueno. Cuando guste venir. Más bien dicho, venga mañana. ¿Viene?

—Sí, señorita...

Al despedirse, la mano de ella se perdió entre la manaza de Pancho; y no gritó al sentir el terrible apretón, porque pensó que el pobre se apenaría; pero en cuanto se quedó sola, vió cómo los dedos aún estaban unidos por efecto de la brutal opresión.

Pancho tomó el camino de su hogar. Iba muy impresionado y pensando sobre un verdadero universo de cosas. Verdaderamente aquel pasaje de su vida, nunca antes sentido, le revolvía las ideas, despertándolo de pronto, ante un paisaje novedoso y espléndido. Y sin quererlo casi, la imagen de María Isabel, la maestra de escuela, le bailoteaba en todo lo ancho de sus cinco sentidos, como un ritmo extraño prendido de su corazón. Pero él abría los ojos ante la realidad y seguía su camino, porque, le daba miedo pensar en tan absurdas cosas.

¿Sería aquello el amor? ¿Estaría él enamorado de María Isabel? ¿El, Pancho el miserable, él que ponía su cuerpo a dormir nomás que sobre la misma tierra? No, imposible; él no podía estar enamorado de la maestra.

Así rememorando y razonando, llegó a su casa, a la sazón iluminada por la chisporroteante lumbre del hogar.

Micaela fué la primera en saludarlo:

—¿Onde andabas, tú?

—Pos po'allá po entre las casas.

Y desprendiéndose del cuello el pañolón de seda, añadió vanidoso:

—Mira lo que me merqué por ay. ¿Te cuadra?

—Ay, tú —dijo la aludida acercándose el objeto a la nariz—, y ole a gedientina. ¿Dí ónde la trujites?

—Pos e por ay nomás. Deja que tamén la güelan mi máma y mi pápa y tu máma.

Por de pronto, sus deseos no fueron satisfechos porque el viejo interrumpió:

—Mira a ver si te dejas ya de catrinuras y oye la nueva que te tengo.

—¿Eh? —Atendió Pancho.

—Pos que al acabarse la pizca se acaba el trabajo pa los bonanceros. Y como la cosa no puede durar arriba de dos o tres semanas, ya poco nos falta pa quedarnos en la chilla como cuando llegamos del Sur. Ansina que ya stá güeno ir pensando en la inteligencia que vamos a hacer... A lo mejor hasta nos corren d'este corral...

Con gravedad contestó el hijo:

—Eso yo ya dende cuando que lo bía mirao, pápa. Nomás que yo dije: "Güeno ¿y qué? No hayga miedo que nomás por eso nos pónganos a llorar. Si nos quitan el trabajo, di algún modo l'hemos de hallar por ay. Si nos corren del campamento, no nos harán muncha mella; pos p'al fin e dormir en el suelo, lo mesmo es el campamento que cualquier barbecho. Aunque... viéndolo bien, a mí siempre me apura por lo tocante a las probecitas mujeres.

Una de las mujeres dijo:

—Dios nos ha de ayudar... El no puede olvidar a sus hijos...

Y un racimo de chispas de la lumbre ya casi extinta, subrayó el ruego, en tanto que todos los labios repetían apenas:

—Dios nos ha de ayudar...

Y con la esperanza en el corazón, se durmieron aquella noche presagiente de ruina.

¿Los ayudaría Dios? Quién sabe... Eso esperan los pobres, en tanto que los ricos construyen a su entero capricho los destinos del mundo.

Pero el alma de Pancho ahora se hallaba convertida en una sonaja de ilusiones dispuesta a cantar a los cuatro vientos de la vida.

Y así, ante la tortura de los días negros que ya casi se les encimaba en su existencia, tuvo que amanecer alegre y esperanzado e intensamente sensible a todas las bondades.

Por eso todo el día cantó durante el trabajo, como cantan los niños sanos durante el recreo.

Y cuando llegó la atardecida, corrió a ataviarse con su mejores ropas y su gazné de seda, y presto estuvo para acudir a la cita, a su primera cita de amor.

—¿A ónde vas, Pancho? —Le preguntó el Gallino al verlo tan presuroso.

—P'acá, amigo. ¿Y tú?

—Yo voy ay p'al fresno, a jugar un conquián con el Chueco y otros. ¿No vas?

—No; ando de priesa.

—¡Ah, carajo! Oye, ¿y ónde te hicites de'sa garrá que tráis ay enredada en el pescuezo? Parecés un deputao, amigo. ¿Qué vas a un comelitón a la casa e la hacienda?

—Ira, ira —defendióse Pancho—. No le pueden ver a uno e probe una prendita regular, porque aluego luego juzgan que's mal habida.

—Anda hom... ni quién lo diga por eso... Güeno, ya nos miramos. A ver si vas pues p'al fresno.

—A ver...

Uno se fue hacia el fresno y otro se fue hacia su amor. Pancho se fué hacia su amor, y encontró desamor. ¿Cómo? ¿Por qué...?

Las luces de la casa estaban apagadas, y cerradas puerta y ventana. Todo indicaba que dentro no había persona alguna. No obstante, Pancho se aproximó a la puerta y tuvo el valor de llamar por varias veces.

Y cuando se hizo el silencio, oyó que alguien dialogaba en secreto. Entonces volvió a llamar, y esperó el resultado.

Como tampoco esta vez obtuviera contestación, insistió nuevamente.

Fue entonces cuando la voz de María Isabel sonó en el fondo de la casa:

—¿Quién es?

—Yo, señorita: Pancho.

Y luego de unos pasos, se estreabrió la puerta, apareciendo María Isabel en bata de baño y diciendo con visible fastidio:

—Ayer le dije que viniera para darle su propina por el trabajo que me hizo el otro día. Tenga eso; cómprese una camisa.

Y cerró la puerta.

En la mano de Pancho, ancha y enorme, quedó un billete de a cinco pesos; y en su alma, se levantó un rencor más; pues el hombre que a esa hora estaba disfrutando de su primer amor, era el mismo que le había ordenado el blanqueo de la casa de la maestra.

Esto lo pudo comprobar, por el coche que esperaba afuera.

Pancho volvió a su casa; pero antes de llegar, rompió, con todo el coraje que es capaz de sentir un hombre, la sonaja de ilusiones que desde un día antes repicaba en su pensamiento.

CAPITULO X.

HAMBRE

...La gran alfombra verde moteada de blanco, que por espacio de varias semanas cubrió el suelo lagunero, desapareció de pronto. En su lugar, únicamente se veían aquí y allá, ralos mechones de hierba seca y destrozada, y la tierra parda y caliente sin rastro alguno de vida.

Qué pronto había terminado todo aquel pintoresco bullicio campirano. ¿Dónde estaban ahora aquellos centenares de cosechadores? Unos, los lugareños, se habían hundido en el fondo de sus chozas a rumiar en silencio su hambre. Los otros, los bonanceros, en caravanas sórdidas estaban regresando a sus terruños. ¿Y con su regreso, qué llevaban? Llevaban la dicha escapada de haber podido comer, siquiera durante un corto tiempo. Claro está que los bonanceros no se iban por huír del hambre, ya que el hambre la llevaban con ellos mismos, y lo mismo era para ellos hambre en la Laguna que en cualquier parte del mundo; los bonanceros se iban, porque esa era la ley: se acabó el trabajo; se acabó el sitio donde poderse revolver.

Esa tarde decisiva, don Justo, Micaela y Pancho, cargaron a sus viejecitas sobre las burras y se hicieron al camino rumbo a Torreón.

—Güeno, cristiano —decíale su esposa a don Justo— ¿y por qué demonios se han amachao en que nos hemos de mudar p'al Torrión? ¿Qué pitos vamos a tocar a una parte onde naide nos conoce?

—Usté no hable, máma —interceptó Pancho—; que el punto onde las vamos a llevar, stá mejor que nada. Olo' verá.

Pero la madre de Micaela terció de esta suerte:

—Lo que a mí se me afigura es qui uno ya'nda e sobre en este mundo. Porque a ver, ¿que's eso e no poder tener uno ni tantito asociego? De una parte, nos corre l'hambre; e otra, nos corre l'hambre y los dueños e l'hambre. No; lo que pasa es que nosotros tamos, ora si que como el pájaro cú: aborrecidos e todas las aves.

Y las patadas de las bestias marcaban el tiempo de las palabras, de las bestias que tenían tanta hambre o más, que sus propietarios.

Al Sur de la ciudad de Torreón, se levanta un cerro inhóspito y miserable que sirve de lecho a una gran parte de los milentamil mendigos de lo tal sociedad. Esas escorias sociales, allí duermen, allí se quitan los piojos y allí suelen revolcarse, a la hora fuerte de la noche, en amores feos y feroces. Ese vómito humano, también se halla dividido en clases. La clase superior, la componen los cavernarios; y la clase inferior, la forman los sub-nómadas, es decir, los que ni siquiera poseen caverna.

El que quiera tener caverna, que la haga a punta de azadón; el que no, que duerma en el suelo raso y en el sitio que mejor le parezca.

Pancho y su padre construyeron desde luego su caverna porque se inclinaron por ser de la clase privilegiada. Ellos de ninguna manera iban a llegar al grado de dormir entre las mierdas y sobre los piojos ajenos.

Así es que, hechos un haz y con medio cuerpo dentro de la cueva y medio cuerpo fuera, pasaban la noche los que un día salieron de La Quesera, con la esperanza de mejor vida, hacia la venturosa tierra de promisión.

Pero el problema no se reducía sólo a dormir; también había necesidad de comer. Y esto último era lo más difícil. ¿Qué hacer? Los dos hombres todo el día se lo pasaban rondando por plazas, mercados y fábricas, volviendo por la tarde siempre con la misma razón pintada en los labios enjutos y en los ojos hondos y semi-apagados. Pero las mujeres nada les reclamaban; en parte porque ya casi no podían hablar, y en parte porque entendían la inutilidad de su reclamo.

Y así trascurrieron tres días, en que el tiempo, como un monstruo, les comió tres años de su vida.

Las dos viejecitas, hechas oville, yacían en el fondo de la cueva, haciendo que miraban hacia afuera. Micaela les velaba la muerte, porque la presentía; y los dos hombres les velaban la vida, porque aún tenían esperanzas.

Una de las dos viejecitas gimió. Y Micaela, como si no supiera de lo que se trataba, con ironía indeseable preguntó:

—¿Qué tienes, máma?

La viejecita se oprimió la cabeza, se mordió los labios y siguió mirando hacia el exterior de su sepulcro, hacia el día.

Fue entonces cuando se les acercó aquel mendigo que solía dormir por ahí cerca, diciendo:

—¿Qué ora no van por ay a conseguir el manreo, amigos? Lo digo porque los cacho muy reposaos...

—Lo de menos juera —contestó don Justo—; pero, ¿quién va a sacar agua e las piedras? Todo eso l'hemos hecho la lucha, y nada...

El mendigo rió de buena gana. Agregando:

—Que se las crea otro, mis amigos; porque yo nomás recorro cuatro o cinco cuadras de cualquier calle del centro, y con eso tengo pa llenar bien la tripa. Hay veces que hasta tiro algo de tanto que me dan.

—Antonce —participó Pancho— ¿lo que usté dice es que nosotros váyanos a pedir limosna?

—Nato, amigo. ¿Qué más hemos de hacer? ¿O no son ustedes limosneros?

—¡Eh! Pos apoco ya nomás porque nos mira ansina e probecitos se afigura que nos cuadra la caridá... No, amigo; no se quivoque... Y mejor arrecúlese pa onde staba, si no quere hacerse e palabras conmigo mero.

El mendigo, un poco turbado, todavía se arriesgó a preguntar:

—¿Entonces ustedes nomás buscan trabajo?

—Sí; trabajo.

—¿Y si no hay?

—Pos que no hayga...

Sonó una burlona carcajada, y el limosnero se alejó ladera abajo, en dirección al centro de la ciudad.

En la estación del ferrocarril, muy próxima al lugar de estos hechos, silbaban las locomotoras estrepitosamente. Y tras ellas, como gusanos de mil artejos, los carros cargados de algodón crujían y entrechocaban, produciendo un ensordecedor barullo. Sobre el techo de los férreos gusanos, los garroteros, paliacate rojo al cuello y sombrero arriscado, paseaban de un extremo a otro, igual que si anduvieran en cómoda banqueta.

Los hombres de la caverna, al ver semejante trá-fago, bordaban en su imaginación, la madeja dorada de venturosos viajes.

Pancho, en un momento dado, tuvo envidia al algodón, porque pensó que éste siquiera tenía la dicha de poder ir a conocer tierras extrañas, donde tal vez no habría tanta miseria.

Pero el padre, más viejo y menos propenso a las ficciones, atajó de pronto:

—Anle, Pancho; vamos a ver si ora...

—Vamos, pápa. Quén quita...

Y se hundieron por las calles y peregrinaron exactamente igual que los días anteriores. Y ya muy tarde volvieron al hogar. Traían las manos vacías y el alma vacía. Además, don Justo ya no podía más: las piernas se le doblaban al menor esfuerzo; la luz le faltaba; el aire era poco para sus pulmones, con ser tanto en el mundo. Don Justo estaba dispuesto a ya no volver a la lucha. ¿Para qué tanto esfuerzo, tanta fatiga? No; era mejor pasar algunas horas más junto a su atribulada esposa. Habíanse prometido morir juntos, y era me-

¡or quedarse, por si acaso de un momento a otro se llegaba a ofrecer.

—Pancho —profirió por fin dificultosamente—, mira, acércate pa que oigas lo que te quero decir.

—Sí pápa; lo' stoy óindo:

—Güeno; mira, mañana te vas tú solo a correle la lucha. Yo ya no te hago compañía porque quero quedarme a cuidar a tu máma, porque calculo que la probe no anda muy bien de males. ¿Me oyes, Pancho?

—Mira —continuó don Justo—, la limosna sólo la piden los sirvergüenzas y los vagos. Los hombres como nosotros, e dinidá, se mueren di hambre antes que pedir una gorda e limosna.

Y por un breve instante, guardó silencio. Luego prosiguió:

—¿No oyes un zumbido por ay, hijo?

—Yo n'oigo nada, pápa.

—Sí, home, cómo no; si yo l'oigo pó'aquí cerca e las orejas. Quén sá qué diantres ande por ay.

Un ventarrón caliente y apretado de tierra barrió sobre sus cuerpos, y los hizo enmudecer e incorporarse a fin de guarecerse de los golpes invisibles de las areniscas. No obstante, nadie exhaló ni la más leve protesta, a pesar del aullido terrible del viento, del polvo asfixiante y del dolor tan hondo que sentían en la vida.

Sin embargo, a menos de un kilómetro de distancia, había cientos y cientos de lechos mullidos, sobre los que dormían satisfechos cuerpos, olvidados de tanta desgracia.

Cuando amaneció el otro día, el aire se había levantado. Estaba quieto el mundo.

Pancho, que fue el primero en despertar, dijo:

—Pápa... ¿no se alevanta? Digo; si no, p'irme, solo. Pápa... pápa...

Como viera que de éste no obtenía ninguna respuesta, añadió:

—Miquéila, Miquéila...

La aludida levantó la cabeza, y a duras penas pudo responder:

—¿Qué quieres, tú?

—Mueve ay am' pápa, tu que' stas más cerca.

Micaela obedeció. Pero al notar que el cuerpo del aludido se movía uniformemente, se le ocurrió mirarlo a la cara. Y al efectuarlo, un color cambiante recorrió todo su organismo, al ver aquella cara de ojos y boca abiertos. Los ojos abiertos como con intención de ver el día, y la boca abierta, tal si en la muerte esperara al fin comer algo.

En contra de lo que pueda creerse, Micaela no estalló en gritos y lamentaciones; sino que simplemente se concretó a decir:

—Mira, Pancho, arrímate pa que veas cómo stá tu pápa.

Pancho se aproximó y no necesitó tocar el rostro de su padre para confirmar que se trataba de un muerto.

Pero como Micaela, nada más dijo:

—Oye, Miquéila; mi pápa ya se murió. Anle. Háblale am' máma.

—¡Pancho, Pancho —anunció con voz terrorífica Micaela— tu máma tamen stá igual. Mírala!

Fue entonces cuando los dos fijaron la mirada en la madre de Micaela, la única de los tres viejos, cuya muerte aún no se comprobaba.

Con timidez doliente, la hija profirió:

—Máma... máma... máma...

Y al decir ésto apretaba los puños sobre el cuerpo de la madre, sin atreverse a tocarlo. Pero seguía enunciando:

—Máma... máma... máma...

En ese trascendente momento, Pancho cogió a Micaela de la mano, y a jalones la arrancó de la cueva. Y ya iban a huír, cuando oyeron la voz del limosnero que decía:

—Eita, amigos, ¿qué tráin ustedes?

Pancho indicó hacia el lugar de muerte, balbuciendo:

—Se murieron di hambre...

—¿De hambre?

—Sí; míralos... allí...

Entonces el limosnero comentó:

—¿Ya ven? Yo les dije: "Pidan limosna..."

¿Cómo quieren vivir sin pedir limosna?

Mientras tanto, Micaela seguía pronunciando cada vez más débil:

—¡Máma... máma... máma...!

CAPITULO XI.

A G U A .

La ciudad de Torreón vibraba de alegría ante el espectáculo flamante del año fecundo. Por todas las avenidas se desbordaba la buena condición, y más de un centro nocturno se desgajaba al arrullo de la gracia y las risas.

Y arriba, sobre el cerro calvo de la cruz, dos siluetas hendían el espacio, como dos condenados a muerte que sólo esperaran la descarga final para morder tierra definitivamente. Eran Pancho y Micaela que en un momento dado, se contemplaron solos ante el porvenir; solos y atados fuertemente uno contra el otro, por un lazo inverosímil y jamás presentado.

A qué situación tan tremenda habían llegado. Estaban colocados ahora exactamente en una postura de marido y mujer, o como hermano y hermana. Lo primero se les antojaba absurdo; lo segundo, antinatural. Porque, después de todo, ellos estaban forjados en una moralidad un tanto anticuada que sólo se observa en algunas regiones del centro del país. Por otra parte, la

gran tragedia de la realidad, les vedaba el tomar una u otra resoluciones. Sin embargo, por algo tenían que decidirse porque el tiempo apremiaba; y apremiaba porque la fatiga y el dolor, los impelía por momentos a caerse de sueño.

—Güeno, Pancho —dijo Micaela—, como ya tu pápa, tu máma y mi máma se murieron, es güeno ir mirando a ver qué camino agarramos. Yo no te digo qui síganos juntos porque no quero servirte de contrapeso. Esto te lo digo, porque tovía me siento con mis brazos juertes p'al trabajo. Si no juera ansina y que stuviera tunca pos que caray, me aguantaría comiendo ay e lo poco que tú consiguieras. Ansina es que vele pensando, porque yo creo ora mesmo me voy por ay a ver qué Dios me socorre.

El semblante de Pancho ofrecía la expresión del hombre realmente derrotado. No sabía qué contestar. El también había estado pensando en eso, y ahora las ideas se le amadejaban en su cerebro sin permitirle siquiera poder decir lo que sentía. ¿Qué sentía? ¿Estaba conforme con lo que le proponía su compañera? Seguramente que no. El sabía que los vínculos más fuertes que los unían habían desaparecido; que entre él y Micaela no había en realidad nada efectivo que los retuviera juntos; pero, ¿cómo iban a separarse nada más así como así? ¿Qué sería de Micaela en caso de no encontrar ocupación? Entonces, recordando aquella promesa que un día le hiciera, al saber la suerte del Cuinique, reiteró:

—¿No ti acuerdas, Miquéila, lo que te dije aquella noche?

—No; ¿me dijites algo?

—Sí; te dije que no ti apuraras; que si faltaba el Cuinique, aquí staba yo pa hacerme cargo e tí y e tu máma. Y ora que tamen falta tu máma, te güelvo a decir lo mesmo. Nomás que tú has de decir: "Con qué me mantiene este probe? Y tienes razón: no tengo ni l'habla cabal. Pero, mira, si te quedas, no pasará el día e mañana sin que ténganos qué comer. No sé lo que voy a hacer; pero comeremos y podremós vivir. ¿Te quedas, Miquéila?

—Tá bien, Pancho; si no te storbo, me quedaré. Pero, mira, yo tamen dende mañana comienzo a hacer la lucha; quen quita y me lograra acomodarse por ay en alguna casa e rico, mientras tú ganas algo.

—Sí, Miquéila...

En ese momento Micaela se quedó mirando con insistencia a un hombre que con mucha rapidez se les aproximaba. Y dijo:

—Mira, Pancho, ay viene un hombre. ¿Quién será?

—Yo no sé. ¿Vendrá pa ontamos nosotros? A la mejor es e los del Gobierno que se llevaron en la mañana am'pápa...

El hombre en cuestión no iba directamente hacia donde ellos se hallaban; pero cuando estuvo muy cerca y pudo reconocerlos, exclamó:

—¡Pancho! ¡Amigo!

—¡Gallino!—añadió Pancho al reconocer al amigo.

—Los vine a buscar —continuó el Gallino—. La máistra e la escuela leyó el periódico y me contó todo

lo que les pasó. ¿Ansina es que murieron di hambre los viejos?

—Pos eso dicen, amigo, y yo pienso que es cierto...

—¿Üeno, ¿ y qué jijos tán haciendo ora ay paraos como palos?

—Pos nada, nomás echando tantiadas...

—¿Sabes? Cuando la máistra me contó lo e la muerte e tu pápa y tu máma y e la máma d'esta, yo le dije: "Home, máistra, usté que las puede ay con el patrón, ¿por qué no le habla pa que le dé trabajo al probe e Pancho? Ora hay modo; ora que andamos haciendo los tajos nuevos"...

—Y la máistra jaló bien, amigo. Aluego, luego se apalabró con el patrón y te arregló un trabajito.

—¿Trabajo pa mí? —Preguntó asombrado Pancho limpiándose con la mano extendida el sudor que bañaba su cara.

—Sí, amigo. Y vine a que nos juéranos p'al rancho. Por lo pronto se meten a mi jacal; ya después Diós dirá... Y ora que pásenos por el centro, mercamos ay unas gordas pa írno las echando por el camino.

Y el rancho que pocos días antes los había vomitado por inútiles y desocupados, volvió a recibirlos; sólo que ahora al amparo bondadoso de un corazón amigo en la desgracia.

Y aquella noche, Micaela sintió las espuelas del amor clavarse sobre sus costados impolutos; aquella noche que logró mancomunar dos vidas sobre una misma trayectoria; aquella noche que fue el inicio de la vida de un hombre y de una mujer.

El trabajo que le correspondió a Pancho, fue de palero. El no estaba muy avezado en esas labores; pero como era hombre de valientes impulsos, pronto logró habilitarse en el manejo de la pala y hacerse como siempre, uno de los más distinguidos braceros.

Durante los primeros días, mientras trabajaba, pensaba mucho; pensaba en Micaela, en él mismo, en su amasiato. Y ese constante pensar, le proporcionaba un marcado aspecto de tristeza; pero en el fondo, él no se hallaba triste; al contrario, aquella nueva vida lo hacía experimentar muy a menudo, una serie de dulces reacciones que sólo son capaces de saborear aquellos que recientemente han adquirido una mujer. Y se ponía a contar las horas, las horas que mediaban para el regreso, porque a medida que los días pasaban, el deseo de estar al lado de su mujer, se agigantaba. Es decir, que ahora comenzaba a quererla verdaderamente.

El Gallino, por su parte, jamás le había hecho ninguna pregunta respecto a Micaela. El veía que se acostaban juntos y que se hacían todos los requilorios de marido y mujer; pero, hasta ahí las cosas. Sin embargo, en muchas ocasiones estuvo tentado a preguntarle: "Oye, Pancho, ¿cuándo te casates?". Pero la pesquisa se apagaba en su boca, porque temía ofender a tan buen amigo.

Una tarde, cuando los dos amigos volvían del trabajo, Pancho confesó al Gallino:

—Vieras, amigo, cuánto quero a Miquéila. Desde que se murieron los viejos, ella ha sido todo pa mí: madre, padre, hermana y mujer. La mera verdá: zafándote a tí, es l'único que quero en este mundo.

—Yo ansina lo he andao cálculando, Pancho. Y no díganos cuando te miro que la miras y cuando le derijes la palabra. Oye, ¿y cuándo te casates?

Pancho tuvo miedo de confesar la verdad, y mintió:

—L'otro día. Los viejos nos dijieron: "Güeno, como nosotros ya no hemos e durar muncho, tá bien que vayan viendo el modo e que se casen; siquiera pa que no se queden como perros sin dueño". Y nos casamos. Por eso nos miras ay juntos. ¿Y tú cuándo te casas, Gallino?

—¡Uf! no li hagas, amigo. ¿Cuándo quieres que sea eso?

—¿Por qué?

—Porque yo arregulo que naide me ha e querer. Ora las viejas están muy rejegas, y sólo quieren hombres con dinero. Y yo, amigo, ya ves; no tengo ni en qué cáime muerto.

Pancho consoló:

—No todas. ¿No me encontré yo a Miquéila?

—Pos sí; pero yo no tengo a quién querer... L'única que me hacía parada era l'hija de don Melquia... y ya vites, él mesmo se la aprovechó...

—¿Esa te gustaba?

—Sí; nomás que a naide se lo había dicho.

—Qué mala tantiada... Oye, ¿y qué sucedió con la muchacha esa? Ni más la he vuelto a mirar. ¿Aquí stán tovía?

—No; se jueron ay pa Los Pocitos. ¿Y, sabes? Ya la trái re panzona. Si nomás vieras... En la noche y en la tarde y a toda hora, nomás se la pasan pepe-

naos e los cuadriles. Ella es una jija e la tiznada, porque... güeno, si nomás la vieras lo contento que anda...

—No ti apures, amigo; olo'verás cómo no tardas en encontrarte por ay otra. Y ora sí, en cuanto te dé tantito jalón, me avisas; y yo te ayudo a robártela. D'ese modo le quitamos la tentación a los fenómenos.

—Pue' que tengas razón.

Y a partir de esa fecha, comenzó la búsqueda de la novia.

Y así pasaron cerca de tres meses, sin que el Gallino encontrara la prometida; en cambio, por toda la comarca comenzó a propalarse con inaudita rapidez, la versión nefasta de que ese año las avenidas de los ríos Nazas y Aguanaval, serían en extremo escasas.

Con este motivo, los hacendados dieron providencia a mover influencias y resortes oficiales, tendientes a asegurarse cada quien para sí, el agua suficiente para la irrigación de sus plantaciones. Una de las primeras medidas adoptadas por los propietarios, fue la de aumentar considerablemente el número de sus guardias blancas.

Pancho y el Gallino fueron llamados para este servicio, concediéndosele al primero, la jefatura de uno de los grupos.

A consecuencia de ésto, los haberes de Pancho aumentaron; y pudo al fin calarse un buen sombrero tejano, fajarse pistola y montar fuerte caballo.

Así fue como Pancho llegó a ocupar el puesto traidor de jefe de guardias blancas; y así, en esa misma forma, hubiera podido llegar a ser jefe de guardias

blancas o rojas, o simplemente verdugo al servicio del Diablo, siempre y cuando la necesidad de comer se hubiera interpuesto. Porque Pancho no era un intelectual ni cosa semejante; Pancho era, sencilla y llanamente, un hombre con estómago que había que alimentár.

Y lo que en un principio fué versión popular, pronto se convirtió en verdad desnuda e innegable. El Departamento de Irrigación anunció oportunamente la sequía, previniendo a los interesados que la distribución se haría de manera rigurosamente equitativa.

A raíz de este aviso, Pancho y los suyos fueron llamados a presencia del patrón. Cuando estuvieron reunidos, éste les dijo:

—Muchachos: este año habrá muy poca agua. Estoy seguro de que no alcanzará ni para regar una cuarentava parte de las plantaciones de la región. El Departamento ha dicho que la poca que traigan las avenidas, será distribuida a su gusto. Y esto, como ustedes comprenderán, no nos conviene, porque estoy casi convencido que se preferirá a aquellos que mayores influencias tengan. Esto quiere decir que si nosotros nos cruzamos de brazos ante la voluntad del Departamento, nos quedaremos este año como el que chifló en la loma. ¿Y quién sufre las consecuencias? Naturalmente que ustedes; ustedes, cuyas familias se quedarán sin pan y sin abrigo, ya que habrán de faltar el trabajo y la cosecha. Así es que del valor de ustedes y de su decisión, depende el que nosotros podamos aprovechar poco o mucho líquido. Fíjense bien en que este asunto a ustedes es a quien directamente afecta, porque, si bien es cierto que yo soy el dueño, también es

muy cierto que, en caso de que esto se pierda, yo no voy a sufrir ni en lo más mínimo; pues mientras ustedes se quedan debatiéndose en la más espantosa de las hambres, yo, con mi dinero, podré libremente irme a descansar a cualquier parte del mundo.

Esto pues que les sirva de base para su futura situación. Y piensen que si no peleamos el agua con nuestras propias fuerzas, es seguro que nos quedaremos sin comer por más de un año. Ahora, muchachos, deseo que me contesten categóricamente.

—¿Están dispuestos a ir a la lucha con las armas en la mano, en defensa de esta causa, en caso de que se haga necesario?

Los cuarenta hombres de los dos grupos, con voz ronca y firme contestaron:

—¡Sí, patrón...!

Y en sus manos temblaron los rifles.

CAPITULO XII.

LUCHA INTERPROLETARIA.

De la Sierra Madre Occidental por fin llegó la primera avenida del río Nazas. Las aguas eran turbulentas, y a simple vista, parecía que aquel inmenso y revuelto caudal nunca se iba a agotar. En realidad, todos los laguneros bien sabían que aquello sólo duraría unos dos o tres días. Por esa razón, todo el mundo se aprestó a aprovechar la oportunidad, sin importarles las instrucciones giradas por el Departamento.

El agua comenzó a pasar a las siete de la tarde; Pancho y sus hombres fueron llamados a presencia del patrón, a las diez de la noche. La cita fue concertada en la oficina de la hacienda, y se concretó únicamente a ordenamientos breves y concisos.

Había que salir inmediatamente a prestar apoyo a los paleros y demás trabajadores que ya se encontraban canalizando el agua. Nada de miramientos ni componendas con nadie. "Si mi padre trata de impedir el trabajo —dijo el patrón—, a mi padre hay que darle su merecido".

—Güeno, muchachos —ordenó Pancho a su vez—, preparen sus cosas pa salir dentro e diez minutos. El Gallino y yo, los aguardamos frente a la casa.

Con precipitación, todos los hombres se dirigieron a sus casas, en tanto que jefe y asistente, —Pancho y el Gallino— hacían lo propio.

Micaela no se encontraba muy satisfecha con el nuevo empleo de Pancho, a pesar de que ésto le había proporcionado una vida más cómoda. Y naturalmente, cuando lo vió que con mucha rapidez preparaban armas y caballos, fue presa de cierto sobresalto. Por lo tanto, aproximándose a su marido, expresó:

—¿Pa ónde se van, Pancho?

—Vamos p'al río, Miquéila. No ti apures, no pasará nada; nomás vamos a cuidar a los trabajadores que stán agarrando l'agua.

—¿Antonce no van a peliar con naide?

—No, home. ¿Con quién quieres que peliemos?

—Ya stoy listo, Pancho. ¿Nos vamos? —Gritó el Gallino ya caballero en descolado caballo.

—¿Ya me ensillates mi cuaco?

—Sí; todo hice.

—Güeno. Pos antonce deja nomás que llegue la gente p'irnos.

Por todos los callejones comenzaron a aparecer jinetes que, ejecutando cabriolas y devaneos, iban formando grupo en torno de Pancho y Micaela.

Cuando estuvieron todos, dijo Pancho:

—Vámonos, muchachos.

Y montando a caballo, dijo adiós a Micaela con un rauda molinete de sombrero.

Luego, entre una densa nube de polvo, subrayada por atronador griterío, partió la cabalgata.

El río no estaba muy distante. Así que en poco tiempo los guardias blancas pudieron reunirse con las partidas de trabajadores que atajaban el agua a manos llenas.

A la hora de hacerse presentes, el otro jefe que con sus veinte hombres se les había adelantado, se puso al habla con Pancho. Le dijo:

—Les ganamos, amigo.

—Pos sí —contestó Pancho—. Nosotros nos demoramos en ensillar. No sabíanos nada. ¿Qué hay?

—No, nada. Nomás que yo pienso que necesitamos irnos unos p'arriba y otros p'abajo. ¿Te cuadra?

—Yo como quieras. ¿Pa cuál lao te perfieres?

—P'al que me dejes.

—Güeno; pos antonce nosotros nos vamos p'abajo.

—Tá bien. Nosotros p'arriba. Y ya sabes, cuando haya alguna novedá, nomás echas el cuerno. Yo li haré lo mesmo.

—Ni quen diga más. Al hecho.

Durante toda la noche estuvieron alertas y expectantes; pero nada nuevo aconteció. Era que el río llevaba tal cantidad de agua, que hasta para los más lejanos, corriente abajo, había suficiente. Pero como a las cinco de la madrugada, el volúmen comenzó a descender en forma alarmante.

Fué entonces cuando los propietarios de más abajo, se dieron cuenta de que los de arriba los defraudaban. Y pusieron en movimiento sus guardias blancas para

que aquella cuestión que no se había podido someter a la Ley, se dirimiera a tiros. Para eso pagaban bien a sus sendos guardias blancas, para que, llegándose el momento, defendieran con sangre sus intereses.

Fué así como surgió el primer encuentro interproletario, a la hora en que todavía las sombras de la noche no se esfumaban.

De la garganta de un proletario enemigo, se prendió un grito ronco y amenazante:

—¿Quién vive?

—¡México! —contestó Pancho— también retante la voz.

Ante la respuesta, el enemigo detuvo su marcha, encontrándose escasamente como a veinticinco o treinta metros de distancia.

La misma voz adversa increpó:

—¿Por orden de quién están atajando l'agua?

—¡Nosotros no recibimos órdenes de naide. Y detenemos l'agua nomás porque se nos hinchan...! ¡Y si no les cuadra el gusto, éntrenle pa que saquen!

En la madrugada serena, los disparos florecieron como en fiesta de pueblo; y al son de los estampidos, las melodías mortales de las balas entretejían sus notas sincopadas por entre los cuerpos de los combatientes.

En medio del tremendo estruendo, Pancho, con voz ardiente gritaba:

—¡No se rajen, muchachos. Túpanle con ganas! ¡Ora van a ver estos jijos e la tiznada quién son los e Barcelona!

Pero los contrarios, que eran un poco más numerosos, parecían tener igual valor, y arremetían con fu-

ria y coraje, pero de tal manera, que ya los hombres de Pancho comenzaban a recular.

En ese preciso instante, Pancho le dijo a su asistente:

—Pítale al cuerno, Gallino, que ya estos se quieren rajar. Anle; a ver si nos llega pronto el rejuerzo.

—Adio. ¿Pos pa qué queren cuerno? Ni que no estuvieran óindo la esquitera.

—Tú, pítale, amigo, y no hables; que ora no'stoy pa alegatas.

Iba el Gallino a obedecer la orden, cuando en medio de un denso remanso de tierra suelta, llegaron los veinte jinetes de refuerzo. Y llegaron con tanta gana de combatir, que en la primera acometida emprendida, lograron poner en completa dispersión al enemigo.

Fué entonces cuando la encrespada melena del sol se asomó por el Oriente; y al asomarse, iluminó plenamente la intensa palidez de todos los rostros. ¿De todos? No; porque Tacho Becerra, el hijo de doña Cleofas, ya tenía más de media hora mordiendo el suelo, sobre un lecho de sangre roja.

El Gallino fue el primeo en descubrir al muerto, y el primero en gritar:

—¡Pancho, Pancho! ¡Ven a ver lo que'stá aquí! ¡Corran pronto! ¡Es Tacho el hijo e doña Cleofas!

A los gritos del Gallino, Pancho y las demás gentes acudieron al lugar del siniestro, quedando perplejos ante el aspecto que presentaba el cadáver. Era algo aterrador, espantoso: el mentón lo tenía unido al pecho; la boca, abierta de par en par y ribeteada de lodo sanguinolento; mientras que por los ojos saltados y por

la nariz, manaban gruesos veneros de sangre a medio coagularse.

Alguien lo tocó, y dijo:

—Tovía está calientito, Pancho. No si ha muerto.

Los demás hicieron otro tanto para confirmar el aserto. Y Pancho ordenó:

—Que entre dos se lo lleven pa l'hacienda, a ver si el patrón quere mandar por un médico. Y tú, Gallino, ven conmigo. Vamos on'tuvieron los contrarios a ver qué nos dejaron.

—Vamos, Pancho.

Y castigaron duramente los ijares de las cabalgaduras, arrancando precipitadamente hacia el sitio que habían ocupado sus enemigos. A poco andar, descubrieron un caballo muerto. Tenía el animal un balazo en la mitad de la frente.

—¡Jijo! —exclamó el Gallino—. Le pegaron en la mera torre.

Se detuvieron un rato a contemplar el cadáver. Y mientras lo observaban por todas partes, el mismo Gallino comentaba:

—Qué chulo animal, amigo. Lástima que se lo haygan tumbao.

Pero Pancho, más observador, indicó:

—Mira, Gallino, aquí va un rastro. Parece como e alguno que se juyó arrastrándose. Vamos a seguir la güella. A lo mejor tá herido el dueño el penco.

—Home, deveras...

Y por sobre la huella comenzaron a caminar lentamente.

De pronto Pancho advirtió:

—Mira un rifle, Gallino. Apiate y sígueme pronto. No ha d'ir lejos el amigo del cuaco.

En efecto, el herido no se encontraba muy lejos. Estaba bien cerca de ellos; pues no tenían más que ver hacia el río, para descubrirlo medio cubierto por el agua.

Ambos lo vieron simultáneamente. Y ambos, sin decir nada, se precipitaron hacia él descendiendo de los caballos ansiosamente.

—Anle, amigo; vamos a sacalo.

—¿Eh? —Contestó el Gallino.

—Lo que oyites.

—¿Anque sea e los otros?

—¿Qué ya nomás porque's e los otros lo vamos a dejar ay adentro e l'agua pa que se lo traguen las carpas? Anle, agárrale ay d'esa pata.

El Gallino, sin ahorrarse refunfuños, obedeció.

—¡Ay...! —Se quejó el moribundo una vez que fue colocado en tierra— ¡Ay...!

—¿Quién será, tú? —Preguntó Pancho— ¿Tú no lo conoces?

—No; nunca lo bía mirao.

—¿Onde así tiene el tiznado?

—Pos en el sobaco. ¿Qué no ves?

—¡Ay, ay! —continuó el herido abriendo los ojos y mirando a sus visitantes—. ¡Remátenme de una vez, hermanos; porque m'está llevando la... ay, ay...!

Ante tan extraordinaria petición, los dos hombres se contemplaron largo rato como sosteniendo un diálogo sin palabras. Luego Pancho, encogiéndose de hombros, desenfundó su pistola, disparando sobre la

cabeza del infortunado guardia blanca, sobre la cabeza de su hermano, como el mismo los había llamado.

Juntamente con el humo del disparo, se disipó la vida de aquel hombre; vida que había sido ofrendada en favor de una causa precisamente contraria a la causa de él y a la de ellos.

Pancho, con sombría voz dijo:

—Ora sí ya se peló p'al otro barrio, Gallino. Echale el gorro en la cara siquiera pa que no le dé el sol.

—¿Y qué vamos a hacer con él?

—Nosotros vámonos. Ay e pasada le diremos a unos pionos que vengán a llevárselo p'al rancho. Lo velaremos en junto con Tacho el de doña Cliofas.

x x x

En medio de cuatro velas y sobre una mesa destaralada, yacían rígidos los restos de los dos hombres que en sus últimos instantes de vida habían sido enemigos. Alrededor, y siguiendo el curso de la pared, infinidad de hombres y mujeres sentados en cuclillas, hacían la fúnebre compañía. Todos hablaban en secreto, y en secreto también, hacían circular unas botellas de zotol que el patrón les había obsequiado para la desvelada.

—¿Y cómo seguirá doña Cliofas? —Preguntaba un hombre al que estaba a su lado.

—Ay, señor; si nomás la mirara... Está la probe hecha un Jesús e Nazareno. E todo el cuerpo le sale sangre e las correas que se ha sacao con las uñas. Ya no tiene ni trapos, porque se los ha destirlangao. Y no hay quén la pueda poner sosiega. Está en un vivo llanto la

probe y a cada rato se quiere golpiar la cabeza con la mano el metate.

—Probecita e doña Cliofas. ¿Y ora cómo le irá a hacer pa comer?

—Pos quién sá. Tacho era l'único que tenía...

—Anle pues, señor —interrumpió el otro dialogante—, échese otra traguito pa la desvelada; que ya nos golvió a llegar po'aquí la botellita.

—Ay qué señor. ¿Y si nos emborrachamos?

—No li aunque, señor. Hoy por ellos y mañana por nosotros. ¿Pos qué no mira que usté y yo ya'stamos más bien p'al otro lao que pa éste?

—Eso sí que no, mi señor—. Repuso airoso el aludido—. ¿Ya me mira ansina de viejito? Pos no pierdo la esperanza e tequilíarmelo a usté y a toda esta bola e muchachos.

Iban a reírse los bromistas dialogantes, cuando una mujer anciana, de semblante descompuesto y enmarañada cabellera, se presentó a la puerta de la casa, una mujer que llenó toda la noche con un grito estridente y angustioso:

—¡M'hijo, m'hijito, mi Crescenciano!! ¿Por qué te mataron, mi Chenchito...?

Y de cuatro formidables zancadas, se arrojó sobre el despojo humano tratando de abrazarlo. Pero antes de lograrlo, titubeó un momento, y luego, exánime, dió fuerte corpazo en el suelo, a los pies de su hijo.

CAPITULO XIII

SEQUIA

Después de aquella memorable avenida del Nazas, la cuenca del vital río no volvió a adornarse con las aguas ondulantes y undosas. Y por sobre toda la comarca, se cernía presagante una nube de próxima miseria.

Con este motivo, los bancos comenzaron a restringir sus operaciones y a reducir sus créditos, produciéndose con este hecho, una serie de quiebras comerciales, así como la clausura de las más importantes fábricas regionales. Entre tanto, cientos y cientos de obreros iban siendo relegados al gran ejército de las reservas industriales, es decir, al montón de los desocupados. Y los precios de los artículos de consumo se elevaban a proporciones inalcanzables y la miseria empezaba a aullar por pueblos y ciudades, sembrando la desolación.

Sin embargo, aún quedaba alguna esperanza, puesto que el tiempo de lluvias no se había terminado. Con este motivo, miles y miles de ojos laguneros se clavaban en los horizontes del Occidente con el anhelo de descubrir algunas nubes salvadoras; pero todo era inútil, por-

que el cielo, ese cielo siempre turbio que entolda al Bolsón de Mapimí, sólo dejaba ver su inalterable aspecto de ceniza mugrosa.

Un día en la mañana, los periódicos publicaron a ocho columnas, una nota catastrófica que empavoreció a medio mundo. Indicaba la famosa noticia, que por ese año todo estaba perdido: que según informes fidedignos, obtenidos quién sabe en qué fuentes oficiales, no volvería a bajar ninguna avenida. Y prevenía por último a los señores capitalistas que no debían hacer inversiones estériles.

Esto, naturalmente, provocó el escándalo mayor del año. Por donde quiera se oía hablar de fabulosas pérdidas, de ruinas insospechables y de desbarrancamientos de capitales conocidos. Pero del grave problema de las masas hambrientas, ni los capitalistas, ni los periódicos, ni los economistas, se ocupaban. Y es claro, la pobre gente nada perdía; si acaso dejaría de ganar el pan y el abrigo; pero eso, de ninguna manera ponía en peligro a la economía básica, al capital.

Zumbaba pues muy lúgubre la miseria por sobre la cabeza del pueblo, y al zumbear, arrancaba de todos los corazones un temblor de muerte. Por eso las madres, silenciosamente oprimían a los hijos contra sus pechos acobardados, mojando las infantiles cabecitas con lágrimas hirvientes por la desesperación.

Por otra parte, los hombres establecían diálogos y corrillos tristes, formando proyectos inspirados por la penuria.

Aquello realmene era algo espantoso y alarmante, tan alarmante y espantoso, que en menos de un mes, se

operó un éxodo de poco más del cincuenta por ciento de la población trabajadora.

¿A dónde se fueron? Quién sabe. Iban a cualquier parte. No importaba el sitio, con tal de no sufrir al isócrono, hambre y pánico.

En la hacienda de adopción de Pancho, únicamente quedaron unas cuantas familias, inclusive éste y el Gallino. A ellos les había dicho el patrón: "Ustedes no se me muevan. A ustedes los necesito aquí para que me cuiden la hacienda mientras pasa esta calamidad. Tú, Pancho, eres el encargado; y tú, Gallino, el ayudante. Les voy a pagar sus cincuenta centavos diarios para que se la vayan entreteniendo. Y ya saben, al llegar mejores tiempos, los recompensaré".

Por primera providencia, los dos responsables se posesionaron del casco de la hacienda. Y como en verdad, nada productivo tenían qué ejecutar, diariamente, haciendo uso de sus caballos, iban y venían a Torreón.

En uno de estos viajes, trabaron amistad con un tal Cirilo Malpica, que había sido obrero de una de las fábricas clausuradas, y que a la sazón se hallaba sin empleo. Este señor, según su propio dicho, no tenía a nadie en el mundo. Era solo y su alma. Y estaba dispuesto a no irse de la Región Lagunera, hasta no ver el "triumfo de la causa".

—Oye —le preguntó Pancho una de las veces en que juntos paseaban— ¿Y cuál es esa causa que tú tanto mientas?

—¿Cómo cuál, amigo? Pues la mía, la tuya, la de todos los trabajadores. ¿Qué no ven lo que está sucediendo? Mientras nosotros que somos miles nos esta-

mos medio muriendo de hambre, los otros; los que son decenas, en este período que no es otra cosa que unas vacaciones de placer para ellos, saltan y gritan y casi ladrarán de contento. ¿Que hay hambre? Pues ellos no lo notan, porque ellos están ahora muy lejos del pueblo, ya que de momento para nada lo necesitan. Cuando lo necesiten, entonces lo llamarán para explotarlo y para que les produzca el capital que a su debido tiempo, como ahora, sabrán aprovechar. ¿No han visto lo que sucede por las noches en los casinos y en los centros donde ellos acostumbra reunirse? Pues vayan a ver cómo se derrochan los pesos que a nosotros nos hacen falta para comer; cómo corre el champaña; y cómo se desenvuelve y envuelve la música ensordecedora y la alegría, a la hora de la media noche. Por eso hablo de nuestra causa, porque algún día tendremos que terminar con esas injusticias.

El Gallino y Pancho estaban "encantados" con su nuevo amigo, porque además de ser inteligente, sabía expresarse muy bien.

Así que, impelidos por ese entusiasmo, un día le propusieron que se fuera a vivir con ellos, aunque fuera una temporada. El, al principio se rehusó a aceptar la invitación, alegando que quizá cuando el dueño se diera cuenta, no le había de parecer bien; que mejor siguieran cultivando la amistad como hasta ese momento habían venido haciéndolo.

Pero como ellos insistieran, no tuvo más que declinar su oposición.

Y desde esa fecha, Pancho y el Gallino contaron con un excelente maestro y con un superior amigo.

Entre tanto, la situación general tomaba dimensiones cada vez más terribles. No pasaba un solo día sin que la policía encontrara muertos de hambre en las calles citadinas y en los caminos, motivando esto, que las esposas de los ricos, humanas y caritativas, crearan una organización filantrópica, cuya principal actividad consistía en dar frugales desayunos a las chusmas paupérrimas, con el sobrante de las suculentas comidas que ellos se servían.

Esto, como es lógico, fué públicamente aplaudido por la sociedad, a través de la prensa, que siempre ha sabido hacer justicia y cantar las obras pías de los seres bondadosos.

No obstante, el hambre inflexible seguía azotando a las capas miserables, y los muertos por inanición, seguían descubriendo en los rincones de todas las barriadas.

Bajo el amparo de aquella situación, por demás sombría, el amor de Pancho y Micaela seguía floreciendo, porque ellos habían empezado a quererse desde el momento en que habían hecho común su porvenir. Y ninguna mujer, desde aquel día en que se entregaron uno al otro, había logrado conmover la sensibilidad del capitán de guardias blancas. Su Micaela llenaba toda su vida, y a ella estaba dedicado por entero. Pero una tarde, cuando regresaba a caballo de la ribera del río, plugo la suerte que se encontrara con la maestra de escuela. El, desde la noche en que lo había humillado de tan brutal manera, hacía todo lo posible por eludir su encuentro. Mas esa vez no lo logró, y se vió obligado a detenerse para atenderla.

La maestra le dijo, fingiendo asunto oficial:

—¿No vas muy de prisa, Pancho?

—Pos no tanto, señorita. ¿Pa qué soy güeno a su mercé?

—Pues tengo un asunto contigo, relacionado con la escuela. Así es que te ruego vayamos a mi casa para que hablemos.

—¿Con la escuela?

—Sí; con la escuela.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? A mí apenas me tienen aquí pa que cuide l'hacienda y demás cosas. pero e la escuela no me dijieron nada.

—Sin embargo, creo que es necesario que tú conozcas el asunto, puesto que de hecho, tú eres actualmente la única autoridad en el rancho.

—¿Yo, autoridá?

—Sí, tú. ¿Quién más había de ser?

—¡Vaya!—Agregó sonriente—; esa sí que no me la sabía. No embargante, vamos a onde usted dice; que yo le mandaré avisar al patrón, a según el negocio e que se trate.

Y a lentos pasos se encaminaron al hogar de la profesora. La profesora, a la postre, gastaba su tiempo en leer los monitos de los periódicos así como toda clase de novelas que hablaran de Cortes deslumbrantes y de bizarros príncipes. A la escuela, en cambio, ni siquiera se tomaba la molestia en ir, porque durante los días que estuvo abriéndola, ni uno solo de los pocos niños que quedaban en el rancho, compareció por todo aquello. Por otra parte, ella vivía en medio de un pesado aburrimiento, en virtud de que no se aparecía por to-

do el contorno, ningún hombre, más o menos buen mozo, con quien poderse divertir. El patrón su amante, desde que se había ido a radicar definitivamente a Torreón, jamás se había vuelto a acordar de ella. Y es claro, el patrón antes se ocupaba de ella, porque era cabalmente su amante campestre. Y como ahora ya estaba en la ciudad, pues tenía sus amantes ciudadinas.

Eso más o menos coligió Pancho, durante el trayecto recorrido para llegar a la casa magisterial. Y una vez que se acomodaron en sus respectivas sillas, él hizo notar:

—Güeno, señorita preceptora: pos'toy a sus órdenes.

La aludida, después de reacomodarse principió así:

—Mira; se trata de esto: hace más de dos meses que a la escuela no se presenta ni un niño por más que yo he hecho todo lo posible porque vengan. De nada ha servido el que yo haya hablado con los padres y madres de familia. Me prometen mandarlos, y no cumplen. Y como esto no puede prolongarse por más tiempo, yo acudo a tí, que eres la única autoridad del rancho, a fin de que busques la manera de resolver este grave problema. O mandan los niños a la escuela, o doy aviso a la superioridad para que la clausuren por falta de asistencia.

Pancho se rascó el mentón, y en tono socarrón contestó:

—¿Y cómo quiere usted que los niños vengan a la escuela, señorita, si los probes s'están muriendo di hambre? ¿Usted cre que con la barriga vacía van a tener aliento e estudiar? Mi pilateña es que usted debe avisar a esos

señores, que mentó, pa que ellos jallen el modo e arreglar esto. Por mi parte, mañana mesmo le aviso al patrón. Y como po'allá m'están aguardando unos endevidos, me separo, señorita, con la venia e su mercé.

Y acompañó la acción a las palabras, haciendo impulso para retirarse. Pero la maestra lo contuvo de este modo:

—No te vayas, Pancho; espera un momento, porque también quiero hacer mención a un viejo asunto que tenemos pendiente entre los dos. ¿Te acuerdas?

—No; no sé e qué se trata— repuso Pancho, volviendo a tomar asiento.

—Mira —continuó ella—; yo estoy muy apenada contigo por la majadería que te cometí aquella noche. Por eso, hoy quiero suplicarte que me disculpes; ya que en tal ocasión estaba tan nerviosa que en realidad no supe lo que hice. ¿Quieres perdonarme, Pancho?

Pancho aclaró en forma definitiva:

—Lo que pasó, voló, señorita. Yo antonce, no agraviando lo presente, ¡juí un bruto que se creyó e cosas. Usté me achicó. ¿Y quién tuvo la culpa? Pancho, por andar de créido y tarugo. Por mi parte, ya sabe, amigos como siempre. ¡Ah! y ora que habla d'eso, mañana le traigo la mascada que me dió. Se mi hace que en tovía anda po'allí rodando.

En ese momento, la maestra se cruzó de piernas, quedando el principio de sus blancos muslos, a la vista de Pancho, de Pancho, que al fin y al cabo, no era más que un Pancho de carne y hueso, un hombre igual que cualquier otro.

De tal manera que esa simple provocación que para otro tal vez hubiera pasado inadvertida, fué suficien-

te para que a Pancho le despertara la inquietud sexual, proporcionando a su cerebro una gruesa bruma de deseo incontenible.

La maestra, aprovechando el momento psicológico, expresó:

—Yo estoy sola en el mundo. No tengo quién vea por mí. Los hombres a quienes he querido, me han traicionado. Aquí como me ves, mi vida está llena de amarguras y de desencantos. Sin embargo, anhelo ser amada por un hombre fuerte y valiente, por un hombre sencillo y bueno que, a la vez que me proteja del mundo, me haga crujir entre sus brazos como a débil paloma. . . Qué suerte tuvo, Pancho, la mujer que es ahora tu compañera. Así, igual a tí, es exactamente el hombre que yo ambiciono.

Las rodillas del mozo, temblaron, y un relámpago fugaz cruzó por su calenturiento cerebro.

Y en ese minuto trascendente, no fué dueño de sus acciones. Por eso, levantándose de su asiento, con brusquedad cogió a la mujer en vilo, e hizo que su cuerpo febril, crujiera realmente entre sus brazos nudosos. Después, con lentitud de bestia enloquecida, se arrojó sobre la cama con su presa, surgiendo el colorido espléndido de aquellos momentos inefables.

Pero el acto no se consumó, y fue una lástima. Y no se consumó, porque, en el mismo momento en que se iba a iniciar, una voz de hombre irrumpió a las puertas de la casa.

—¡Anle, Pancho, corre; que crioque Miquéila, tu mujer, tá atorzonada!

El importuno interruptor fué el Gallino; pero éste, ni siquiera se imaginaba lo que en el interior de la casa estaba sucediendo. De lo contrario, es casi seguro que el Gallino hubiera dejado morir a Micaela, antes que cortar de golpe el florecimiento de aquel poema rural.

CAPITULO XIV

L I D E R

La mujer de Pancho se retorció extraordinariamente sobre la cama harapienta. Un dolor pertinaz y agudo taladraba sus intestinos. Y ante los ayes de dolor que lanzaba, Pancho y sus dos amigos se conmovían inútilmente.

De pronto, Cirilo Malpica opinó:

—No hay más remedio que llevarla a Torreón. Es el único recurso; de lo contrario, está en peligro de...

—¿De morirse? —Añadió Pancho.

—Pues es claro, hombre ¿No ves lo grave que está?

—Antonce, ¿tú cres...?

—Sí. Y no hay que perder tiempo. Mientras yo voy a ensillar los caballos, tú y el Gallino dedíquense a cambiarla de ropa, con objeto de salir inmediatamente.

Sólo veinte minutos fueron necesarios para la ejecución de los preparativos; pasado ese tiempo, Cirilo y Pancho, con la enferma partieron rumbo a Torreón, dejando al Gallino al cuidado de la hacienda.

El trayecto se hizo largo y penoso, debido a los isócronos lamentos de la enferma. No obstante, en menos de dos horas lograron pisar las calles amplias y asfaltadas de Torreón.

Hasta cuando se encontraron frente al consultorio médico, se les ocurrió pensar a los dos hombres, que no contaban con el importe en metálico, tanto de la consulta como de la medicina.

Por lo que investigó Cirilo:

—¿Con cuánto cuentas?

—Con nada —contestó Pancho— ¿Y tú?

—Tampoco.

—¿Qué hacemos?

Pero los ayes cada vez más lastimeros de la mujer, los obligaron a buscar una rápida resolución.

—Oye —sugirió Cirilo; ¿por qué no te metes y le hablas a lo macho al médico? Dicen que no es tan mala gente; quizá te espere la cuenta. Anda; yo aquí te espero. Pero anda pronto; que no hay otro medio de salvar la situación.

—Pue' que tengas razón, Cirilo. Déjame ir pues; orita vengo.

Mientras Pancho se ocupaba en mover el corazón del profesionista, por medio de quién sabe qué argumentos, Cirilo se encargó de amarrar los caballos y de conducir a Micaela hasta la misma sala de espera del consultorio. El, Cirilo, estaba seguro de que su amigo, todo lo arreglaría satisfactoriamente, no porque confiara en la bondad del médico, sino porque sabía de lo que es capaz un hombre cuando se vé acosado muy de cerca por la necesidad.

Y en efecto, después de transcurridos unos cuantos minutos, asomó la cabeza Pancho, y dijo en tono nervioso:

—Echatela p'acá, Cirilo; que ya conseguí que la curen.

—¿Dónde le duele, señora? —Preguntó el Doctor una vez que la hubieron acomodado sobre la mesa de operaciones.

La paciente informó, sin dejar de quejarse:

—Aquí, señor; aquí junto al ombligo.

Una, dos y más veces, la mano suave y sabia del facultativo se paseó calculadora por el estómago adolorido. Después hizo algunas preguntas que aparentemente nada tenían que ver con la enfermedad. Y por último, y luego de ordenar que podían levantarla de la mesa, escribió la receta, la cual fué puesta en manos de Pancho, con la siguiente recomendación:

—Son unas cucharadas que la enferma debe tomar, una cada media hora. Nada de labores pesadas ni desvelos. Pero más eficaz que la medicina, es la alimentación. Ya sabe: mucha leche, mantequilla, carne, huevos, y que no le falte nunca su vino generoso.

Cirilo y Pancho tenían los ojos abiertos desmesuradamente. ¿Con qué iba a comprar el pobre marido esa multitud de alimentos carísimos y casi desconocidos por él? Si esa era la única forma de salvar a su mujer, estaba perdida irremisiblemente.

Cirilo intervino:

—¿Ese sistema de alimentación es indispensable, Doctor?

—Absolutamente, amigo. De otro modo, yo no les aseguro nada.

—Decía eso —insistió—, porque este hombre gana cincuenta centavos diarios y... usted debe comprender...

—Sí; lo comprendo; pero, ¿qué le vamos a hacer?

—Pues sí, Doctor; pero, imagínese, en este momento no tenemos ni siquiera para surtir la receta. Y si usted no nos hace el favor de darle algo a Micaela para que se le quite el dolor, seguramente que, igual como vinimos, tendremos que regresarnos al rancho.

—Bueno —accedió el médico—. Le voy a preparar algo. Esperen un momento en la sala. Yo les hablo.

Qué fácil fué para el hombre de ciencia curar aquel agobiante dolor; pues con tan sólo una solución que la hizo beber, el mal desapareció, dando a Micaela la dicha de poder sentirse de nuevo normal y dispuesta a seguir soportando con valor, los rudos azotes de la miseria.

Esa misma noche volvieron al rancho, y mientras caminaban, la madeja de seda de una cruda conversación, se desenvolvía. Era Pancho el que hablaba:

—La vida e uno e probe es re mula, amigo. A veces hasta me llegan ganas e robar, pa poder mercale a Miquéila todas esas anchetas que dijo el médico. Pero no lo hago, nomás por respeto a mi dijunto padre. "Respeto lo ajeno, Pancho; y ansina todos te respetarán". Y tá bien eso; nomás que... a ver, ¿cómo li hago ora pa conseguir todo eso que necesita ésta?

—No ti apures, Pancho. ¿Pa qué ti apuras? El retortijón se me quitó. ¿Ya pá qué li buscas? —Advertía Micaela.

—Pos sí; pero asegún lo que dijo el médico...

—¡Hum!... a veces esos señores no saben ni lo que dicen. Ya verás cómo ésto no me güelve nunca...

Y al decir ésto, le habló al animal que cabalgaba, adelantándose de los dos hombres que caminaban a pie, tirando de la brida del caballo restante.

Entonces Cirilo fué el que habló así:

—Deveras, Pancho, que estamos bien jodidos. Y al paso que vamos, nunca podremos salir de esta situación. Porque, a ver, ¿qué hemos hecho por emanciparnos? Nada. Nos hemos concretado a lamentarnos y a sufrir en silencio la injusticia que pesa sobre nosotros. ¿Has visto con detenimiento lo que hay a nuestro alrededor? Hambre, enfermedades, mugre, piojos, muerte... Todas esas calamidades castigan duramente a nuestra clase, que es inmensamente más numerosa que la otra, la que no siente el latigazo de esta tragedia. ¿Y por qué nada más nuestra clase sufre las extremas consecuencias de esta crisis? Pues muy sencillo: porque los otros cuentan con grandes reservas económicas; porque los otros lo tienen todo; porque todo lo que nosotros hemos producido, ellos lo han acumulado. En cambio, nosotros ¿qué tenemos? Nada; a no ser un cuerpo repleto de necesidades que a gritos nos está pidiendo que lo satisfagamos. Y es que la riqueza del mundo la han acaparado unos cuantos, valiéndose de engaños, combinaciones y canalladas. Mira, si cada quien hubiera recogido para sí lo que su propio esfuerzo produce, era hora que no estaríamos contemplando este panorama de miseria. Por eso yo creo que nosotros debemos hacer algo. ¿Sabes? Por los Estados del centro, ya el Gobierno

está repartiendo la tierra entre los campesinos. De ésto ya hace algún tiempo. Los latifundistas de aquí lo niegan porque no les conviene. Sin embargo, hay algunos que no lo desmienten; pero esos afirman que la Laguna nunca se repartirá dizque porque eso sería tanto como matar la producción algodонера, ya que para su cultivo se necesitan fabulosas cantidades de dinero que los campesinos no tienen. Y yo digo: ¿"qué nos importa a nosotros que haya o no algodón, si al fin y al cabo ha de parar en manos de ellos?" Que nos den la tierra y ya sabremos de qué modo cultivarla; en la inteligencia de que si produce alacranes, alacranes comeremos todos. ¿Qué ganamos nosotros con los miles de toneladas del famoso oro blanco que se apropian unos cuantos? Nosotros debemos hacer algo, Pancho, si es que no quieres ver morir a tu Micaela, como todos esos que a diario recoge la policía.

—Es muy cierto todo lo que dices, Cirilo. Pero ¿qué jijos e la guayaba podemos hacer nosotros? No creas que yo tengo miedo. Pero, amigo, ellos tienen dinero, armas, Gobierno; ellos tienen, como luego dicen, el palo y el mando... No embargante... nomás dime por qué lao le damos...

—¿Estás dispuesto a todo?

—Seguro; a todo.

—Bien. Entonces, mañana mismo empezaremos a luchar.

Los dos hombres se apretaron las manos y redoblaron el paso, alcanzando en pocos minutos a Micaela.

Esta dijo cuando se le reunieron:

—Yo créiba que ya se les bía cansao el caballo, don Cirilo. Mire, ya le vamos pisando los talones al rancho; ay'stá ya nomás.

—A nosotros la plática nos hizo rezagarnos un poco; pero no crea, veníamos al pendiente de usted.

Cuando se detuvieron frente a la casa, les sorprendió el hecho de encontrar al Gallino esperándolos. Estaba el hombre convertido en una chimenea, dado el enorme cigarrazo de hoja que fumaba.

Les dijo sin pérdida de tiempo:

—¿Cómo les jué? ¿Si alivió Miquéila?

—Sí —dijo Pancho—; mírala. ¿No la ves? Pero ¿por qué andas alevantao en tovía?

—Porque quero platicar contigo e un negocio.

—¿Connmigo?

—Sí; ven p'acá.

Se apartaron un poco, y el Gallino, en voz baja principió:

—Oye, ¿qué tráis tú con la escuelanta?

—¿Yo? Nada. ¿Por qué?

—A poco rato que ustedes se jueron p'al Torrión, ella vino aquí y me preguntó que pa ónde te bías ido. Yo le dije que p'al pueblo, a curar a Miquéila del torzón. Ella me dijo que cuando llegaras, a luego jueras a su casa; que porque te necesita de muncha urgencia.

—¿Y qué más?

—Nada más. ¡Ah! y me dijo que anque vinieras amaneciendo, e todos modos jueras. ¿Qué se mi hace, Pancho?

—¡Miquéila! —gritó Pancho rompiendo bruscamente el hilo de la charla confidencial— ¡Acuéstate! Orita vengo.

—¿A ónde vas, Pancho?

—Voy a un negocio. No me dilato.

Agregando imperativamente:

—Ay nos vemos di aquí a un rato, muchachos.

Ellos lo vieron perderse por entre las casucas difusas, y pensaron amargas cosas. El, sólo llevaba un pensamiento galopante en la cabeza: la imagen de una mujer hermosa que le iba a pertenecer. Y a medida que la distancia se acortaba, sus músculos temblaban más fuerte, mientras que por sus cinco sentidos rebosantes de un inaudito deseo, se escapaban en tropel vertiginoso todas las razones y todas las virtudes que es capaz de contener un hombre.

Los nudillos de sus manos toscas, casi se volvieron elocuentes al tocar la puerta. Por eso lo hicieron con discreto temor; con un temor tan discreto y tan lleno de complicidad, que todo su cuerpo fué sacudido por un extraño estremecimiento.

De adentro de la casa salió una vocecilla:

—¿Quién es?

El hombre respiró fuertemente, pronunciando al fin:

—Pancho; soy Pancho...

Y al poco rato se lo tragó una puerta; y adentro, sobre el complejo de la obscuridad, fué envuelto por unos brazos tibios, y besado por una boca vibrante de ansiedad.

Nadie habló. Se apretaron rudamente; se estrujaron, se mordieron, se besaron... y se manumitieron de la vida por un momento, en medio del silencio de sus

bocas, pero acordes con la música de sus cuerpos enloquecidos.

Así permanecieron dos horas; dos horas que bien pueden ser apenas el chispazo del más pequeño instante, o una eternidad. Después, las cosas del mundo tornaron a sus propios lugares, y ellos volvieron a pensar en las cosas del mundo.

La primera imagen que cruzó por la mente de Pancho, fué la de Micaela. La configuró tal como era: fea, sencilla; quizá oliendo a sudor... Sin embargo, le dolió la idea de encontrarse en ese momento abrazado por otra mujer.

Y empujado por esa reacción, bruscamente se levantó del lecho.

María Isabel le preguntó malhumorada:

—¿Qué ya te vas?

—Sí. Ya es muy tarde, y tengo que verme con unos amigos. Ay a la noche vendré.

—¿Cómo a la noche? ¿Qué hora es?

—Pos, asegún por la claridá que entra, han de ser por ay como las seis e la mañana.

—Bueno; entonces te espero. No dejes de venir, porque he de comunicarte un proyecto que tengo.

Cuando Pancho llegó a su casa, encontró a su mujer que, acurrucada junto a la puerta, veía fijamente a lo lejos, como espionando el punto por donde tendría que aparecer su marido, de regreso.

—Miquéila —dijo—. ¿Pos qué' estás haciendo ay amonigotada?

—Te 'stoy aguardando, Pancho.

—¿No te dije que ti acostaras?

—Pos sí; pero yo pensé: "mejor aquí m'estoy. No sea que aquél me necesite cualquier chico rato. A la mejor anda el probe en peligro". Y si no te cuido yo, Pancho, ¿quién quieres que mire por tí? Anle, métete a'costar, ¿qué no ves que no has dormido en toitita la noche?

CAPITULO XV

PANCHO PICO

Sobre su caballo bermejo, y envuelto en un peregrino remolino de tierra, iba Pancho Pico, flagelando el rescoldo de la tarde.

Pancho parecía un arco iris poniéndose en la hora de la hora de aquel año fatal.

Qué pronto había cundido la esperanza en el corazón de aquella multitud desesperanzada. Todos: hombre, mujeres y niños pronunciaban aquel nombre, y esperaban el momento en que los había de salvar.

La chusma se hallaba agrupada bajo un portalón del rancho. Se miraban unos a otros como para darse valor; pero sus caras estaban pálidas y sus manos temblaban; porque tenían miedo.

De pronto, uno de los del grupo gritó:

—¡Allá viene Pancho Pico!

Pancho, en realidad, no se veía, pero se adivinaba dentro del remolino de polvo; de aquel remolino de polvo que le prestaba una imponente característica de superioridad.

Nadie lo conocía; por eso, quien más, quien menos hacía esfuerzos por verlo y admirarlo de cerca, en el momento en que echó pié a tierra para saludar a los ex-trabajadores.

Y después de que hubo apretado la mano de todos y cada uno de ellos, se plantó en medio del grupo, diciendo:

—Aquí vengo, amigos, a que me cumplan lo que me mandaron decir con el Gallino. Miren —agregó sacando un pliego de la bolsa interior de la blusa—, este es el ocursio que nos formó Cirilo Malpica. No más vine a que lo firmen los que sepan y a que lo crucen los que no sepan, pa luego luego rimitilo al Gobierno del centro. Ansina es que, tráiganse un tintero y una pluma pa que l'echen pronto el garabato; porque a mí se me hace tarde.

Como nadie obedecía ni rechazaba sus órdenes, sino que únicamente se concretaban a observar una irritante inmovilidad, él agregó, haciendo ademanes coléricos:

—¿Qué no firman siempre? ¿Tan pronto se cuartieron? Si es ansina, díganlo, pa no estar yo perdiendo el tiempo, y largarme pa otra parte.

—¡Oye, Pancho —gritó uno de los más viejos del grupo—; yo, pa poder echar mi firma, quero que me digas si no nos perjudicamos con ésto. Porque yo arreglo que no stá muy en regla eso e que pídanos lo que no nos tocó por la güena. ¿Qué dijites ay?

Pancho se levantó el sombrero, y repuso:

—Digo que ni las muchachas bonitas, con ser bonitas y estar todo el santo día metidas en su casa, dejan

e tener peligro. Y digo tamen, que la tierra que nosotros pedimos, no la queremos p'agarrar cada quen su pedazo y metelo en un nicho; la queremos pá hacela que'che hierbas y tragar, por todo el tiempo que nos dure la vida. ¿Quién te dijo a tí que la tierra bía e ser e unos cuantos rateros que ni siquiera la trabajan? No, amigo; la tierra no puede tener dueño, porque no es algo que se pueda quitar y poner, ni trai ni llevar. La tierra no puede tener dueño, porque a naide le costó su trabajo. Y antes que los hombres juéranos hombres ya la tierra era tierra. Nomás que poco a poco se'lán venido robando los ladrones. Pero si por algún acaso la tierra tiene dueño, ese dueño semos nosotros, los que con el espinazo echo arco la trabajamos. A ver ¿voy que los que dicen que la tierra es d'ellos, no se pueden repartir el aigre y el sol, que tampoco a naide le costó trabajo hacelos? Nosotros no queremos ser dueños e la tierra; nomás queremos que nos dejen comer d'ella porque en ella nacimos... como el zacate, como los árboles... y que todos trabajen pa que todos coman, pá que sepan lo que's cagar la comida que cuesta trabajo. Eso es, muchachos, lo que quere Pancho Pico. Ora quero que me digan: ¿firman el ocursio o no?

Un mozuelo huesudo y mal encarado fué el primero en firmar, gritando antes de hacerlo:

—¡Viva Pancho Pico, que's padre de más de cuatro!

Y luego le siguió otro y otro, siendo poco tiempo después, una verdadera demanda el compromiso.

Cuando el último hubo firmado el escrito que había de ser enviado al Presidente de la República, Pancho se expresó así:

—Güeno, muchachos; veo que son entrones y que ninguno se raja. Y espero que ansí como han jalao pa' ésto, jalen tamén pa'l otro negocio que tenemos preparaao. Antonces ay' nos miramos. Y ya saben, los aguardo en mi rancho a las meras diez e la mañana del día quince. De allí nos iremos todos en bola p'al Torrión. ¡Adiós, muchachos!

Al decir ésto, saltó raudo al caballo y entre otro caudal de tierra suelta, se dejó devorar por los pardos distantes de la tarde muriente.

Era la media noche cuando llegó a su casa. El rancho yacía silente; pero, de cuando en vez, los largos ladridos de los perros, agujereaban la obscuridad y abrían boquetes en la uniformidad del tiempo.

En torno a una hoguera, mantenida con quíotes y con trozos de madera podrida, Cirilo, Micaela y el Gallino, charlaban. Y antes de que el recién llegado pronunciara palabra alguna, Cirilo interrogó:

—¿Cómo te fue, Pancho? ¿Firmaron los compañeros?

—Con trabajo, pero firmaron. Mira —agregó, sacando el pliego—, aquí'stá ya listo el ocurso, pa que lo mandes mañana mesmo. Y a ustedes ¿qué tal los trataron?

—Pos bien —contestó el Gallino—. Si nomás vieras cómo te quiere esa gente. Por todo eso no si oye mentar más que a Pancho Pico. ¿Cómo le hicites, amigo? Tá güeno que nos des la receta.

En efecto, el nombre del novato líder saltaba por todas partes con vertiginosidad asombrosa. Creían en él, le tenían fé y lo amaban. Era que Pancho Pico signi-

ficaba la expresión viva de sus anhelos; porque Pancho Pico, al comprender a la multitud, no hacía otro cosa que comprenderse él mismo; pues la causa que él perseguía y que tan simplemente explicaba, era la causa del montón humano, y él, Pancho, era precisamente un pequeño fragmento de ese mismo montón. Por eso lo querían, porque la gente, al oírlo hablar, casi sentía que aquellas palabras eran pronunciadas por sus propias bocas.

Y Pancho, sentándose en cuclillas junto a su mujer, y al mismo tiempo que liaba un cigarro de hoja, explicaba:

—Pos ora sí, amigos, parece que'sto se va componiendo. Y no me l'han e crer; pero... les traigo una güena noticia.

... —¿Eh?—murmuró Cirilo.

—Nada; que los compas del Tanque me enseñaron la contestación del Presidente. Y les dice...

Aquí se contuvo para darle una larga fumada a su cigarro.

—Les dice que muy pronto se nos arreglará el asunto.

—¿Eso dice, amigo?—Dijo Cirilo.

—Sí. Y si nomás miraran qué padre está la carta esa. Afigúrense: a mero arriba tiene una aguilita muy bien pintada la diablo, y aluego, abajo, la firma del Presidente... Ti aseguro, Miquéila, que si yo mesmo no l'hubiera mirao y agarrao, tamén yo como ustedes, bía d'estar pensando que'ra puro cuete el que tráiban...

—Y de la manifestación del quince, ¿qué dicen por allá?

—Todos jalan parejo. Y, vedá e Dios que tienen ganas. Los de "Jalisco" no querían, pero siempre l'entraron.

Y la sombra de inquietud operada por aquel sembrador incansable y sencillo, fue creciendo, fue creciendo en forma descompasada y firme, a medida que los días pasaban. De tal manera cundió el entusiasmo que en la mañana del día quince, el rancho de "Barcelona" parecía un verdadero enjambre de hambrientos. Había miles de hombres, mujeres y niños. Y en medio de la gran multitud, Pancho y sus líderes hacían verdaderos prodigios de multiplicidad. Hasta que, más o menos entre diez y once del día, y luego de dictada una serie de ordenamientos y consignas, la enorme columna de trabajadores inició la marcha sobre Torreón.

¡Qué hermoso era el aspecto que presentaba aquella fiera multitud de color barroso! Larga, ondulante y lenta, la columna daba la impresión de una terrible serpiente que estuviera a punto de ajustar viejas cuentas con sus opresores, la burguesía lagunera.

En la ciudad, muy pocas personas tenían conocimiento de este inesperado movimiento demótico. Y esas personas, pertenecían al pueblo; pues los latifundistas estaban tan ocupados en sus juergas y diversiones, que no habían tenido tiempo de enterarse de nada que estuviera relacionado con las chusmas que de momento tenían olvidadas.

Así es que a la hora en que la serpiente humana irrumpió por las calles de la ciudad, una increíble oleada de pánico y terror se apoderó de la cauta sociedad.

El comercio, los bancos, los salones de recreo, las casas particulares, con gran estrépito remacharon sus puertas. Y las autoridades, inmediatamente pusieron en alarma a ejército y policía, a fin de resguardar las instituciones sociales y dar las garantías necesarias. Incluso, el señor Alcalde, que en ese momento se hallaba despachando en su elegante gabinete, dió órdenes para que el Palacio Municipal quedara erizado de bayonetas.

¡Pobre Alcalde Municipal y pobres personas encopetadas! Cómo estaban pálidos y tembloros ante el cruel espanto que les causaba la "turba salvaje de los caníbales".

Sin embargo, hubo muchas, muchísimas puertas que no se cerraron; antes, por el contrario, se abrieron para vomitar gente resentida y agobiada que se unía a la manifestación.

En el momento en que los relojes públicos sonaron la una de la tarde, la cabeza de la serpiente, cuyo colmillo más agudo era Pancho Pico, se detuvo frente a la puerta principal del Ayuntamiento, mientras que el cuerpo del animal, hervía enfurecido repletando cerca de sesenta cuadras.

Los soldados y gendarmes que cuidaban a las autoridades, cuando vieron que no había un solo centímetro de plaza que no estuviera ocupado por "gañanes mugrosos", prepararon sus carabinas y se dispusieron a disparar. Pero el señor Alcalde, siempre respetuoso de las demandas de los débiles, no por miedo sino por obligación, hizo pasar, sin pérdida de tiempo, a los jefes de "esa gente".

El Alcalde estaba rodeado de pistoleros y oficiales del ejército, armados hasta las uñas y listos para asesinar. Pancho y Cirilo, entraron solos, con la frente serena y levantada.

El funcionario, después de invitarlos a tomar asiento, con marcado temblor en la voz, les dijo:

—¿A qué se debe ese escándalo, muchachos?

Pancho se apresuró a contestar:

—Es que'l pueblo tiene hambre, señor, y quiere comer.

—Y yo, ¿qué quieren que haga?

—Pos nomás lo que usted no quiere hacer.

—No sé a qué te refieras, muchacho. ¿Tú crees que yo puedo satisfacer lo que el pueblo pide?

—Seguro que sí.

—¿Cómo?

—Haciendo que los que tienen hasta pa jaitarse, le den a los que no tienen ni pa goler.

El Presidente Municipal miró a los oficiales y pistoleros; los pistoleros y oficiales miraron al Presidente; y Pancho y Cirilo, por una ventana que permanecía abierta, miraron a sus hermanos de clase.

—Pero eso no es posible.—Repuso el Alcalde disimulando la ira.

—¿No?...—Repitió Cirilo.

Añadiendo Pancho:

—Pos si pa usted no es posible, pa nosotros sí.

—¿Piensan saquear y robar a la ciudad? No lo creo. Eso les costaría caro. Además, la autoridad que yo represento, ha cumplido con su deber.

—Sí—comentó Cirilo, riéndose—; ha cumplido con su deber...

—¿Usted lo duda?

—No, no lo dudo; si usted le llama deber a hacer el papel de enterradores. Pues que yo sepa, la única obra realizada por ustedes, ha sido la de recoger muertos de hambre, y en racimos sepultarlos en la fosa común.

Afuera, la multitud bramaba y se retorció de manera inquietante. Y con intervalos más o menos iguales, se escuchaban claros gritos de protesta, acompañados con vivas a Pancho Pico.

—Entonces, señor Presidente—interrogó Cirilo—, ¿nada sugiere usted? Porque ya la gente se está impacientando, y nosotros tenemos necesidad de informarles el resultado de esta plática.

El Alcalde, después de rascarse la cabeza y de patear el suelo, contestó:

—Bueno; pues voy a citar urgentemente a los vecinos más caracterizados, a fin de estudiar la forma mejor adecuada para resolver este problema.

Y el teléfono comenzó a funcionar, produciendo calambres y nerviosidad a los demandados. Y mientras que con una mano operaba el excelentísimo señor Presidente Municipal, con la otra se entretenía en atusarse los bigotes.

Más tarde, hubo una reunión de potentados; y, cosa rara, ninguno de ellos se hallaba en posibilidades económicas bonancibles: unos estaban arruinados; otros tenían comprometido el total de su efectivo; los de más allá, no podían disponer de sus bienes por ha-

llarse intervenidos por la justicia. Sin embargo, y pujando de cólera, soltaron parte de sus reservas que, en conjunto, alcanzaron para tres días de ración a favor de aquella inolvidable masa de famélicos y desnutridos hombres que tenían derecho a llamarse ciudadanos.

Esa memorable jornada de solidaridad tuvo dos virtudes: una, la de haber arrancado el pan para tres días, y la otra, la más importante, que consistió en despertar en la conciencia de los trabajadores, el poder de su fuerza como mayorías.

CAPITULO XVI.

PERSECUCION.

Por sobre la aridez del camino que conduce a la hacienda de Barcelona, veinticinco soldados al mando de un capitán marchan silenciosamente. Es al amanecer y el ruido de las cabalgaduras marca un tamborileo desordenado y semi-trágico que se refleja en las caras quemadas y mustias de los militares.

A lo lejos, el cielo se junta con la tierra; pero la distancia de aquel beso de cielo y tierra nunca se amengua. Se camina, y los pasos parecen inútiles; se otea el horizonte, y todo aparenta el mismo estado de rígida inmovilidad.

No obstante, de trecho en trecho aparecen y se pierden grupos de casucas medio derruidas, por cuyas entradas sin puerta, suelen asomarse algunas caras cadavéricas de extraños seres humanos.

El capitán interrogó a uno de estos entes extraordinarios:

—Oye tú, amigo, ¿dónde queda por ay la hacienda de Barcelona?

—Cuélele otro trecho —contestó el hombre—; po'ay más p'alante la jalla.

Al decir esto, metió la cabeza y los soldados continuaron su marcha. Pero a los pocos minutos, armado de un descomunal machete, el hombre reapareció. Y tras de echar una rápida mirada hacia el rumbo por donde caminaban los soldados, emprendió veloz carrera a campo traviesa.

Entre tanto, allá en la hacienda de Barcelona, Pancho y los suyos, despreocupadamente se entretenían en formar planes acerca de sus futuros trabajos de organización sindical; porque, a decir verdad, a ninguno de ellos se le había ocurrido pensar que la manifestación de fuerza dirigida por ellos el día anterior, pudiera acarrearles consecuencias peligrosas. Ellos estaban seguros de lo justiciero de su causa; y por lo tanto, estaban seguros también de que nadie se había dado por ofendido.

Micaela, en medio de los tres hombres, hacía tortillas y escuchaba la charla; los tres hombres, charlaban y se comían las tortillas no bien eran sacadas del ardiente comal.

Mas he aquí que de pronto, un tropel de campesinos se agolpó a las puertas de la casa, diciendo uno de ellos ansiosamente:

—¡Anle pronto, Pancho Pico; que ay te vienen a garrar prisionero! ¡Mira, asómate; ya vienen los sardos entrando al rancho!

De un fantástico salto, Pancho se trasladó a la puerta. Y luego que vió el piquete de soldados, preguntó a los campesinos:

—¿Y vendrán por mí?

—Sí —dijo uno de ellos—; pero con nosotros s'enchilan. A eso hemos venido, a defenderte. Y primero que a tí, nos lleva la tiznada a nosotros.

Pancho, inmediatamente comprendió lo grave de su situación, y así dijo a todos:

—Que naide se comprometa, porque sería pior. Usteeds nada deben y nada tienen que pagar. El pleito es con Cirilo Malpica y conmigo. El y yo vamos a juir antes e que nos den en la madre. L'único que sí les encargo, es a la probe e mi Miquéila. A ver cómo li hacen pa que me la cuiden.

—Nosotros nos vamos contigo—. Afirmó uno de los hombres.

Pero Pancho reprochó con energía:

—Si alguno e ustedes me sigue, les prometo entregarme pa que me truenen. El que perfiera eso, que se venga.

Y acto seguido, saltó una cerca en compañía de Cirilo, empezando así su vida de proscrito.

Los hombres, extáticos y apesadumbrados, contemplaron la huída.

Micaela, sin una sola lágrima en sus ojos, vió partir a su marido. Pero en su amplia cara de campesina, se dibujó una amarga mueca de dolor contenido.

No bien habían transcurrido ni cinco minutos a partir del segundo en que Pancho habíase dado a la fuga, cuando los soldados se agolparon frente a la casa del perseguido, atropellando violentamente a cuantos campesinos se encontraban allí.

—¡Date prisionero, Pancho Pico!—Gritó el capitán, echando pie a tierra y penetrando resueltamente a la casa, seguido de varios soldados.

Pero al no encontrar al aludido ni a su cómplice Cirilo Malpica, furioso interrogó a Micaela:

—¿Dónde está el bandido ese?

—Yo no sé, señor—contestó la interpelada valientemente—. Dende en la madrugada que se jué, ya no ha güelto. Seguro ha e ver ganao p'al pueblo.

—¿Ah, sí? Muy bien. Entonces, por lo pronto, traigo orden de sacarlos de esta casa, ya que el dueño no desea tener más tratos con ladrones y maleantes.

Ordenando de inmediato a su gente:

—A ver, muchachos; échenme para fuera todas las mugres que encuentren aquí, incluso a esta bola de peladaje. Pero pronto, que cosquillas me está haciendo la mano.

Los soldados, rápidamente procedieron a ejecutar la orden, poniendo en pleno camino real, a hombres, mujeres y enseres, sin miramiento alguno.

Una vez hecho ésto, el capitán amonestó:

—Ahora tienen una hora para que se me larguen de aquí. Si dentro de ese plazo los vuelvo a ver por estos contornos, los cuelgo a todos. Pues bien sé que también ustedes forman parte de la gavilla de los bandoleros que buscamos.

Al decir ésto, montó a caballo, y seguido por su gente se dirigió a la escuela.

Sola, y notablemente nerviosa, la maestra bordaba en la puerta de su casa. Y al ver que la tropa se aproximaba, con una mano tomó la silla enana y con la

otra la labor, dando señales de hacer mutis hacia el interior.

Pero fue contenida por estas corteses palabras del capitán:

—Señorita, ¿será muy molesto para usted contestarme solamente una pregunta? Lo hago así, porque el señor de Landa, dueño de esta hacienda, me recomendó que recurriera a usted.

—Con todo gusto, señor —facilitó la maestra—; estoy para servirlo.

—Nada más se trata de que usted nos haga el favor de darnos la información que tenga acerca del rumbo que tomaron los bandidos Cirilo Malpica y Pancho Pico. Venimos en su busca, porque la justicia los reclama.

Al escuchar los nombres de los perseguidos, el bello semblante de la maestra tuvo un breve y leve cambio de color. Pero haciendo un fuerte acopio de serenidad, repuso:

—Me alegro que así sea, señor. Pues a decir verdad, ya eran insoportables los desmanes cometidos por esos canallas. Yo muchas veces tuve intención de poner la quejá ante nuestro Gobierno; pero nunca lo hice, debido a que pensé que todo eso era autorizado por él.

El capitán, impaciente volvió a interrogar:

—¿Y usted no sabe algo relacionado con el rumbo que tomaron los bandidos?

—Cómo no lo voy a saber, señor, si los ví huír con mis propios ojos. Mire: ay por entre esas casas se fueron; y con toda seguridad, tomaron el rumbo de

el Cañón de Jimulco. Yo creo que si ustedes se dan prisa, los pueden agarrar antes de que entren a la sierra.

—¿Está usted segura?

—Segurísima.

—Muy bien. Entonces, gracias por todo. Es decir, gracias por el informe, y por haberme dado la oportunidad de ver tan hermosos ojos.

Añadiendo ya en marcha:

—Adios, señorita...

Saludo que fue contestado por un movimiento de mano de la maestra.

Luego que la polvareda levantada por los caballos de la soldadesca fue disipada y que todo pareció volver a la normalidad, varias cabezas de campesinos asomaron de diversas casas, los que, mirando a la maestra que aún se encontraba parada en la puerta, le expresaron su gratitud y admiración por medio de un rictus solemnemente elocuente.

La maestra supo interpretar aquella muestra de gratitud y cariño, que, por otra parte, era la primera que recibía de parte de los campesinos; y entre saltos de corazón se metió a la casa.

Dos manos gruesas y palpitantes tenían apretadas dos pistolas: eran las manos de Pancho y Cirilo, manos que, sin temblar y sin miedo, sólo esperaban la oferta y la demanda para comerciar con la muerte.

—Se fueron—dijo la maestra al reunirse con ellos. Van rumbo al Cañón...

—Todo estuvimos óyendo. La vedá, Chabelita, yo no créiba que fueras tan... ¿Como te dijiera?... Güeno, tan macha. Afíгурate nomás lo qui has hecho.

—Cualquier peligro que sobrevenga —afirmó decisiva la maestra—, lo sufriré con gusto; pues últimamente he comprendido que ustedes tienen razón. Así es que estoy dispuesta a seguir trabajando al lado de ustedes y a correr la misma suerte.

—¿Deveras?

—No creo que lo duden, después de mi primera prueba.

A estas palabras siguió un estrechamiento de manos, que prácticamente significó la firma del pacto de solidaridad.

—¿Ora qué hacemos?—Preguntó Pancho.

La maestra participó:

—Estimo que esperen aquí hasta la noche. Entretanto yo voy a ponerme de acuerdo con tu mujer.

—¿Tú hablar con mi mujer?

—Nada hay de extraño en ello, puesto que en lo sucesivo, sólo seremos compañeros de lucha.

—¿Entonces podemos contar con usted?—Preguntó Cirilo.

—Naturalmente. Y en razón a esto, ahora mismo voy a investigar lo que sucede con Micaela.

Esa noche, los dos amigos abandonaron el rancho y se fueron rumbo a la sierra, a fin de poder ponerse a salvo de sus perseguidores. Pero antes de partir, en una casita campesina tuvieron reunión con Micaela, el Gallino y un grupo de trabajadores. Se prometieron con lealtad y cariño continuar la organización y la lucha; y Pancho aseguró que muy pronto triunfarían.

A partir de esa fecha, todo se volvió inquietud y agitación, pues por una parte, no transcurría un solo día sin que se comentaran hechos fantásticos ligados con la furiosa cacería emprendida contra Pancho y Cirilo. Unos relataban que, por medio de una emboscada, los dos dirigentes habían sido muertos; otros, desmentían la versión y agregaban que no solamente no estaban muertos, sino que, por el contrario, entre los dos valientes habían burlado y puesto en desbandada a más de treinta federales. El hecho es que los fugitivos, de tarde en tarde bajaban a los ranchos a proveerse de víveres y ropas que gustosos les proporcionaban los campesinos.

Por otra parte, con mucha insistencia se había venido haciendo circular un rumor de alarma para el latifundismo. Se decía que ya el Gobierno había determinado repartir La Laguna e implantar la explotación de la tierra por medio de sistemas colectivos que nadie sabía en qué consistían.

Aquello pues, era un remolino de esperanzas e inquietantes presentimientos: esperanza para los desheredados e inquietud para los detentadores actuales de la tierra.

En estas condiciones, las cosas se agravaban para Pancho, porque la persecución se hacía cada vez más tenaz. Inclusive, ya eran varias las ocasiones en que la tropa, no teniendo en quién descargar su furia, había vejado y golpeado a Micaela.

En esta virtud, una tarde, Micaela trepó sobre las grupas del caballo de su marido y juntos se hundieron en la noche inquieta de la proscripción.

CAPITULO XVII.

C A P T U R A .

Era la hora en que el mundo se pone triste; la hora en que el día lentamente comienza a filtrar sus luces hacia otros mundos, en ese bamboleo albinegro de los tiempos.

En uno de esos picachos casi inaccesibles de las montañas de la Sierra Madre Occidental, Pancho, su mujer y su amigo, asisten a la sepultura del día.

Pancho tiene tendida la mirada hacia las llanuras inconmensurables. Y mientras sus manos rompen mecánicamente una vara de quiote, murmura:

—¡Quién pudiera pasarse a sus anchas allá por aquellos caminos que se devisan, y poder trabajar agusto, sin tener quién nos quite lo qui uno le arranca a la tierra! No qui anda uno como venao nomás esperando l' hora en que se lo tumben. ¿No te parece, Cirilo, que'stamos bien jodidos?

—Es cierto —contestó el aludido—; pero ¿qué le vamos a hacer? Tenemos que seguir luchando. Ya empezamos, y ahora tenemos que acabar. ¿Qué nos ganamos con una libertad a base de miseria y esclavitud?

Piensa en que toda esa llanura que se vé a nuestros pies, está llena de gentes hambrientas que confían en nosotros.

• El aire ululaba por entre los escondes y los senderos, y la lumbre, alimentada por las manos de Micaela, crujía y se convulsionaba, enviando al espacio, racimos caprichosos de chispas acrobáticas.

—No es que mi arripienta, amigo; es que no jallo ni qué jijos hacer con la probecita e mi vieja. ¿No ti has fijao en lo panzona qui anda? Y eso me retizna l'alma...

En ese momento, Pancho se incorporó, fijando de súbito la atención.

Cirilo preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Oíste algo?

—Sí; oyí com'un relinchido e caballo. ¿No te fijates en eso?

—No; pero en todo caso, nada tiene eso de particular, porque debió ser alguno de nuestros cuacos. Ahora los amarré ay nomás al otro lado del picacho.

—Pos sí... pero... Oye, Miquéila —dijo a su mujer—, ¿tú no oyites nada por ay?

—No. ¿Qué hay?—Indagó Micaela desatendiendo la hoguera.

—Nada; nomás que yo oyí un relinchido e caballo.

—Antonce no hay cuidao. Han e ser los caballos e nosotros. ¿Vedá, Cirilo?

—Cabalmente eso es lo que yo le estoy diciendo a Pancho. Nomás que...

—Güeno —interrumpió Pancho—, ya no l'hága-

nos grande. Lo que pasó, voló. Si nada sucede, mejor; pero naide me quita mi corazonada.

Aumentando:

—¿Ya stán calientes las gordas, Miquéila? Porque ya me jumea.

—Dende quiaqui stán; pero como los vide tan embebidos viendo ay p'abajo...

Tras la joroba de una montaña sobresaliente, el sol se sumergió. Y como si esto hubiera sido la señal convenida, inmediatamente se comenzó a escuchar una serie inenarrable de ruidos inherentes a los de la noche. Y es que cuando el día se desencaja de las cumbres más altas de la tierra, es porque ya la noche ha tomado posesión completa de valles y desiertos.

Pancho tomó una de las gruesas tortillas que gravitaban sobre las brasas, y sin decir nada pero escudriñando cuanta sombra comenzaba a formarse, principió a comer. Cirilo y Micaela lo imitaron.

Cena siniestra de fugitivos que se desenvolvía en medio de sombras y de silencio, y un tanto amargada por el temor asesino y prolongado.

Los perfiles de las cordilleras, tomaban aspecto fantástico, en tanto que las quebradas y arrugas geográficas, se convertían en inmensos e insondables abismos. Y allá abajo, a lo lejos, multitud de lucecillas difusas iniciaron su lueñe bailoteo sobre el pizarrón de la llanura, tal si trataran de hacerle competencia a los millares de estrellas que en el cielo abrían sus ojos para contemplar parajes nunca vistos, del universo sin fin.

Pancho, por más esfuerzos que hacía no lograba acallar la zozobra que le asaltaba. Volteaba bruscamen-

te a cada instante, abrochaba y desabrochaba la funda de su pistola; cambiaba de posición; y a menudo perdía las miradas en el obscuro vacío.

Por fin no pudiendo soportar por más tiempo aquella serie de terribles orgasmos que asaltaban su ánimo, violentamente se levantó y dijo:

—Vámonos e aquí, Cirilo; porque ya rato que a mí me punsa y repunsa mal. . .

Iba Cirilo a contestar algo consolador, cuando todo el aire de aquella cumbre se estremeció, al estallar aquel grito fiero y amenazante:

—¡No te muevas, Pancho Pico, porque te mueres!

Y tras el grito, una chusma rabiosa de soldados saltó a la palestra, inmovilizando a los perseguidos con las agudas puntas de las bayonetas, al mismo tiempo que proferían bajos insultos y los desarmaban.

—¡Amárrenmelos codo con codo —ordenó el capitán—; y si se resisten, québrenles el hocico!

—¡Asina será güeno, mi capitán!—refunfuñó Pancho, casi con las mandíbulas apretadas.

—¡Así y de todos modos, perro ladrón!

—Tá bien, señor. Ojalá no s'equivoque.

En vía de represión el capitán rugió:

—Echenlos por delante, sargento; y si alguno vuelve a chistar, ya saben, que las muelas respondan.

Lentamente comenzaron a descender. A cada paso, los prisioneros tropezaban y rodaban igual que fardos. Pero ni los hombres ni la mujer, proferían ni la más leve queja, no obstante que sus cuerpos sangraban, tanto por las heridas que se producían al caer, co-

mo por los golpes que los soldados les inferían al levantarlos.

Así, en ese calvario, caminaron por espacio de media noche. Por fin hicieron alto frente a "Barcelona"; y quién sabe por qué ligas psicológicas, Pancho recordó el día aquel en que, acompañado de su padre y demás familiares se detuvo ahí mismo, creyendo de buena fe que se encontraba exactamente en la tierra de promisión.

Y una sonrisa amarga plegó sus labios de mártir, una sonrisa irónica que se hundió en su espíritu como puñalada artera.

A poco el capitán, que se había adelantado, volvió acompañado del señor de Landa y de otros dos sujetos. Y dijo uno de ellos al iluminar a los cautivos con una lámpara de carburo:

—¿Son éstos, señor de Landa?

El señor de Landa rió burlescamente, afirmando:

—Sí; y nada menos que aquí tenemos al General Pancho Pico, el hombre que se atrevió a sojuzgar a Torreón.

Agregando en tono de comedia:

—A sus órdenes, mi General. ¿Ahora no necesita dinero?

A Pancho le brillaron los ojos y se le abultó el pecho al recibir una tremenda bofetada de manos del señor Landa; una bofetada que retumbó en la noche conmoviendo hasta a la entraña de los mismos cerros.

—Ahora —dijo el latifundista —enciérrenlos por separado. Ya veremos después qué hacemos con ellos. La sombra repleta de los calabozos, era espantada

por los discordes resoplidos de los prisioneros que se revolcaban entre la tierra nauseabunda. Ni una gota de sol, ni un rastro de día llegaba hasta ellos. Y el hambre tormentosa les enredaba y desenredaba los intestinos, produciéndose a veces recios nudos gordianos que dolían cual hondos lanzazos. De afuera, no entraba ni pan, ni agua.

Veamos qué hacía Pancho.

Tenía la mirada turbia y el semblante descompuesto y con rasgos salvajes. El hambre feroz lo hacía contorsionarse y rugir como una fiera, mientras que las ligaduras le calabán los huesos, haciendo que el dolor del hambre casi se equiparara al dolor de las heridas.

De pronto tuvo un gesto de loco que lo inmobilizó. Había tenido una idea salvadora que lo impulsó a sonreír de satisfacción.

Durante los cuatro días con sus noches que iban de cautiverio, el hombre había tenido que defecar. Y el excremento, hecho plasta asquerosa, se conservaba adherido entre la región glútea y el pantalón. De tal manera que por medio de un desesperado esfuerzo, rompió el vestido y se apoderó del excremento. Pero como no le era posible llevárselo a la boca con la misma mano por tenerlas atadas, lo depositó entre la tierra; y después arrastrándose consiguió su más caro anhelo.

Qué espantosa escena se desarrolló entonces en el fonde de aquella infernal pocilga. Qué cuadro más canalla y más vil estaba presentando la crueldad humana.

Pancho seguía comiendo con inaudita fruición; y al comer, reía, y al reír, no sabía si se hallaba en la vida o en la muerte.

Afuera, un piquete de soldados, armas al hombro y bayoneta calada, resguardaban cuidadosamente las prisiones; pues había el temor de que aquellos infelices intentaran escaparse, aquellos infelices que ya casi no tenían fuerzas ni para respirar.

Y Micaela y Cirilo, ¿qué hacían? Indudablemente lo mismo que Pancho. Micaela había llegado más allá. Sí, más allá, porque ya había dado principio a comerse los zapatos. Y de seguro, ella hubiera sido la primera en sucumbir, a no haber sido por un incidente que se presentó.

Dos soldados resguardaban la puerta. Fumaban y hablaban en voz baja. Uno de ellos sugirió al compañero:

—Oye, mano, ora está bueno pa lo que te dije ayer; mira, no hay ni una alma por todo eso.

—¿Y si alguien nos lica y se acerca?

—No le hace, mano. Al fin que primero entra uno y luego el otro. Si por evento viene alguien cuando tú estés adentro, yo le digo que te fuites a calzoniar ay pa l'orilla.

El otro soldado se saboreó y dijo:

—Bueno, ¿y quién entra primero?

—Cualquiera. Por eso no hay pleito. Pero pa no alegar, vamos echando un volado. El que pierda se va al gallo muerto. ¿Sircuas?

—Sircuas.

El dueño de la idea sacó una moneda de cinco centavos, y colocándola sobre el dedo pulgar, preguntó:

—¿Qué le vas, águila o sello?

—Dale.

Y cuando la moneda revoloteaba en el espacio, eligió:

—Aguila p'arriba.

Y ganó el partido.

Acto inmediato, y luego de cerciorarse de que nadie los veía, abrieron la puerta de la prisión, entrando precipitadamente el hombre afortunado.

Pero no bien hubo transcurrido un minuto, cuando salió hecho un huracán, y tras él una inmunda fetidez dióse a la escapatoria puertas afuera.

Los hombres, asqueados, se apretaban la nariz con la mano y miraban hacia adentro.

Uno de los guardias observó:

—Oye, mano; se está quejando. ¿Vamos a ver qué tiene?

—Sí, nomás deja que salga tantito la apestilencia.

—No; hombre. Mira, nomás amárrate el paño sobre la boca. Así no güele uno nada.

El otro aceptó la sugestión, y penetraron.

Corrompida. Con la boca entreabierta y reventada como piel de serpiente. Las piernas y las ropas andrajosas teñidas en sangre. Los ojos hundidos en las órbitas... Y las sogas hundidas en el cuerpo, Micaela yacía. Y entre las piernas, Micaela guardaba el cadáver aún caliente de su hijo recién nacido; de su hijo que había nacido en su vientre a la hora de un amor, y que había nacido en el mundo a la hora de una brutal tortura.

Los hombres tuvieron asco de aquel pingajo humano tan miserable y huyeron espantados de su presencia.

CAPITULO XVIII

RECONCILIACION

En una amplia habitación del casco de la hacienda, dos hombres ejecutaban macabras labores, a la par que conversaban en un tono bastante bajo. Sin embargo, a veces reían, y al hacerlo, se cubrían la boca con la mano para amortiguar sus carcajadas, y continuaban ejecutando su labor.

¿Qué labor era esa? ¿Por qué reían?

Sobre la mesa escritorio yacía tendido el cadáver de un niño horriblemente desfigurado. Y los dos hombres que hacían presencia en su redor, eran el señor de Landa y un sirviente del primero. El sirviente, armado de una gran brocha, se ocupaba de aplicar la segunda barnizada de chapopote al niño muerto, mientras el patrón se paseaba visiblemente satisfecho, de un extremo a otro de la habitación.

—Oye—dijo de improviso el patrón—. ¿Hiciste lo que te dije? Porque de otro modo; este trabajo va a resultar estéril.

—¿Cómo cree, patroncito, que me iba a olvidar? Todo lo hice al pie de la letra. Además, debo advertirle, que me dió muy buen resultado; pues no bien lo hice tragar la primera taza de caldo, cuando el sinvergüenza ese, volvió a su entero conocimiento. Peló los ojos como condenado, volteó para todos lados, y luego que se fijó en mí, dijo:

—Oye, compañero ¿por qué nos tienen aquí?

Yo le contesté: "ni somos compañeros, porque yo no soy ladrón, ni nos tienen. El único prisionero de los dos es usted". Quién sabe que otras cosas me iba a decir; pero yo ya no le dí tiempo, porque eché media vuelta y me salí.

—Así es que si ahora mismo le llevamos a su hijo, ¿podrá darse cuenta?

—Ya lo creo que sí, patrón. Nomás que me temo que no lo reconozca; pues con esta menuda pintadita que le hemos dado, el hijo parece más bien un sapo de charco.

Y colocando al pequeño muerto a la altura de la cabeza de ellos, agregó riendo diabólicamente:

—Mire nomás que rechulo está el hijo, señor: de seguro que el tata se va a poner rete que orgulloso. Usted dirá si ya no le hacemos tanto sufrir y se lo llevamos.

—Sí; pero antes, es necesario proceder con toda decencia. Se trata de un obsequio que le vamos a hacer, nada menos que al General Pancho Pico. Por lo tanto, pongámosle una dedicatoria digna de su alcurnia.

—Muy bien pensado, patrón. ¿Y cómo le va a decir?

El interpelado tomó un papel y después de recortarlo del tamaño de la espalda del niño, escribió con grandes caracteres: "Pundonoroso General: uno de los miles de admiradores de su ingenio militar, comparable solamente con el de Napoleón, ha rescatado el noble cadáver de su digno descendiente. Por tanto, me honro infinitamente al enviárselo; haciendo constar al mismo tiempo, que aunque salta a la vista su tersa negrura, es su hijo, lo cual no debe usted dudar ni por un momento. El admirador".

Los dos hombres, colocando el papel contra de la luz, leyeron su contenido. Y tras de cada palabra que pronunciaban, de sus bocas salían soeces y bárbaras carcajadas.

Después, el señor de Landa ordenó:

—Ahora sí, Remigio, vamos a ver qué carita pone mi General.

Efectivamente, Pancho había recobrado sus cinco sentidos, gracias a la alimentación que a última hora se le había administrado. Y ese hecho, como es natural, lo había empujado hacia el conocimiento consciente y absoluto del estado en que se encontraba. Poco a poco, los acontecimientos desfilaban ante su imaginación. Primero, la hora fatal de la captura con su cauda de incidentes; después, el presentimiento que él tenía, el cual no fué tomado en cuenta por sus compañeros. Por último, pensó en Cirilo y en su mujer. ¿Qué había sido de ellos? ¿En dónde estarían? ¿Estarían corriendo la misma suerte suya? Este final pen-

samiento lo hizo sufrir un terrible ataque de nervios; pues recordó a su mujer embarazada y en días de dar a luz. Por eso tuvo un fuerte impulso para incorporarse y salir de aquél sepulcro y acudir en busca de su mujer y de su hijo; pero la realidad, la horrorosa realidad de las ligaduras hendidas en las escasas carnes y las heridas sangrantes y en vías de corrupción, hicieron que de lo más hondo de su alma, se le escapara un lamento, un lamento fatídico que revoloteó por todos los rincones del mortífero escondrijo.

Y se quedó quieto, mudo, oyendo únicamente el resbalar nobiliario de las lágrimas de sus ojos. Y sus ojos nunca habían llorado.... sus ojos de hombre.

De pronto rechinaron los goznes de la puerta, y dos hombres entraron. El los vió aproximarse y creyó que soñaba. Mas al convencerse de lo contrario, gastó su postrera esperanza.

—Oye, amigo—dijo el señor de Landa—, ¿me conoces?

Pancho se le quedó mirando, y contestó:

—Sí; usted es el señor de Landa. . .

—Bien. Ya que eres tan buen fisonomista, oye esto: he venido nada más a pedirte perdón por el error tan grave que cometí al encarcelarte y hacerte sufrir.

Pancho arrugó la frente y el entrecejo y afirmó su mirada sobre el señor de Landa.

El señor de Landa continuó:

—Nosotros los capitalistas somos unos canallas y unos imbéciles. ¿Por qué? Porque estamos usurpando una cosa que de ninguna manera nos pertenece. Ahora yo pienso como tú, y estamos completamente de acuer-

do: la tierra no debe ser de unos cuantos aprovechados, sino de todos los que vivimos sobre su faz. Y todo aquel que la posea en gran cantidad o a título de propiedad, es simplemente un salvaje ladrón. En cuanto al capital, podré decir otro tanto. Nadie es capaz de formar un capital más o menos considerable por medio de trabajo honrado. Si así fuera, los millones de seres que nacen y mueren en el trabajo, a la postre serían capitalistas y el mundo estaría lleno de ellos. Así pues, todos los capitalistas somos unas negras aves de rapiña, y hemos amasado nuestras fortunas, a base de la miseria y de la desgracia de todos los desheredados. por qué hast'ora se convenció d'eso?

—Señor—dijo Pancho temblándole la voz—, ¿y

—Porque así es la humanidad de ruín y tardía. Pero yo me felicito una y mil veces, por haber tenido la oportunidad de poder rectificar mi vida, volviendo al camino de la razón y de la justicia social.

El señor de Landa se interrumpió para preguntar:

—Pero, ¿qué tienes, muchacho? La luz de la lámpara ilumina tu fatigado rostro, y veo que está bañado en sudor. Dime con toda confianza, qué es lo que te aflige, con la seguridad de que no escatimaré esfuerzo alguno para servirte. Ya que ese será el primer acto que inicie la reivindicación de mi alma, antes descariada.

—L'único que pido, señor—suplicó Pancho—, es que me dé razón e mi vieja. ¿Ontá?

—Ah. Eso es muy sencillo. Al instante te informo. Pero antes, y en prueba de respeto y mutuo en-

tendimiento, deseo hacerte un obsequio que te encantará.

Y volviéndose hacia el sirviente, añadió:

—A ver, Remigio, has entrega del regalo.

Frente a la cara del condenado a muerte, y de tal manera que le fuera dado poder leer la dedicatoria, fué colocado el cadáver del niño, del niño que en otro tiempo constituyó la ilusión más sentida de Pancho Pico.

Y Pancho Pico se quedó mirándolo con los ojos enormemente abiertos y la faz contrahecha. Y cuando leyó la dedicatoria, sus quijadas se presionaron una contra otra, en un supremo esfuerzo de gastar todas las energías que le quedaban.

Y es que Pancho Pico, en ese instante, se hizo la ilusión de que la cabeza del señor de Landa, se hallaba prisionera entre sus dientes.

Y en seguida, aquellos dos chacales coronaron la escena siniestra con un prolongado duo de carcajadas.

Así, de esa manera fué como se reconcilió el señor de Landa con Pancho Pico. Así y no de otro modo, es como se reconcilió ayer, se reconcilia hoy y se reconciliará mañana, la burguesía con el proletariado.

Afuera, un aire tibio y suave se columpiaba, de un polo a otro del mundo.

CAPITULO XIX.

LIBERACION.

Pancho y sus amigos, a la sazón insepultos y putrefactos, desgraciadamente no alcanzaron a ver la consumación de su obra.

Murieron sin poder pensar en ella, porque les mataron primero el pensamiento y después el cuerpo. Pero, ¿qué importa eso? Ellos murieron porque es ley morir. Mas mientras vivieron, supieron batirse por una causa, por medio de la cual, pensaron que la vida sería mejor. ¡Quién pudiera morir con la honra de Pancho Pico!

El secreto del triple asesinato había sido guardado profundamente. Nadie sabía nada del paradero de los tres líderes; pues el señor de Landa, a su debido tiempo, tuvo buen cuidado de hacer correr la versión de que habían sido expulsados de la comarca. Sin embargo, no tardó en descubrirse la realidad.

Aquella tarde, por todo el rancho corrió un frío hálito de luto. Las caras se veían tiesas y ensombrecidas. Los hombres guardaban sus palabras. Las muje-

res, en voz baja, formulaban protestas que atravesaban el infinito vacío del firmamento.

Así, con esa actitud, se fueron congregando poco a poco frente a la casa del Gallino, que a la postre era depositario de los restos mortales de los sacrificados.

Después, cuatro muertos en cuatro cajas, y sobre los hombros de sus compañeros, capitanearon por última vez a un pueblo ya en vía de redención.

Cuando la tierra se tragó los huesos, el pulpo de la noche chupó la luz del día y se confundieron las formas de las cosas. Pero el cortejo fúnebre, arrebañado en torno de los sepulcros, permanecía silente y adormecido, tal si no pensara disolverse nunca.

Al fin, una voz ronca se opuso al silencio, una voz ronca que dijo:

—Ya enterramos a Pancho, Cirilo, Miquéila y su hijo, muertos por un cobarde. . . Yo pido que en venganza, váyanos orita mesmo a enterrar también al asesino, que's don Felipe de Landa...

Por toda respuesta se escuchó un rudo rugido de aprobación, seguido del movimiento general de la multitud que iba en ese momento a cumplir la deuda de vengar el asesinato de sus amigos.

Pero el Gallino, adelantándose a todos, logró contenerlos, hablando así:

—¿A'ónde van, amigos? ¿A matar a don Felipe de Landa? ¿A empuercarse las manos con sangre e asesino? No; eso no debe ser. Si Pancho orita resucitara, estoy seguro que no lo permitiría. Y yo, a nombre de nuestro querido Pancho Pico, les pido que nos vá-

yanos serios pa nuestros jacales. ¿Qué no miran que nos comprometemos? Lo mejor es continuar unidos para luchar por nuestra causa.

La gran mayoría comprendió que tenía razón; que era esta la mejor forma de venganza.

o O o

La tarde empinada, todavía trataba de asomarse por sobre el filo de los horizontes. Horizontes lejanos, de una lejanía intransigente. Y en verticalidad a esas líneas del mundo que vemos, un hervor de sangre de las horas murientes, enrojecía los comienzos del universo.

Todo parecía expectante ante esa hora en que la transformación del tiempo, invierte el sentido de las cosas.

Los caminos pierden su precisión. Los hombres que marchan sobre esas huellas, se sumergen en zonas inmensas de pensamientos. Y sus pasos se oyen igual que si fueran tañidos de rotos timbales.

¡Cómo son melancólicas estas tardes sin montañas y sin pájaros, sin arroyos y sin voces de cigarras, sin mugidos de ganados y sin relinchares de caballos vaqueros! ¡Cómo son melancólicas estas anchas tardes del Bolsón de Mapimí!

En medio de aquella inmensa llanura sin relieves y sin sorpresas, se levanta la cruz mortuoria de Pancho Pico. Su cuerpo y sus brazos silentes y simbólicos, están gritando al mundo con los pistones de los cuatro vientos, la rebeldía de un hombre, de un hombre que

patinó sobre las injusticias, en un patinar peligroso y difícil, que al fin lo condujo al abismo de la eternidad.

Los días se suceden lentos y transformadores. Viene un verano. Un invierno. . .

La naturaleza cambia. Los hombres, a veces arrugan la faz cuando los azota el rigor de la naturaleza, y a veces sonrían a la vida, al ser acariciados por algunas de esas manos sutiles del viento bondadoso. Todo cambia y se renueva. Nuevas voces de aliento rompen la monotonía de la región. Y a medida en que todo deviene, la cruz, la mustia cruz de Pancho Pico va ennegreciéndose castigada por la pátina de los días.

—Pancho Pico—pronuncia un anciano al pasar.—
Y quitándose el sombrero deposita al pie de la cruz una pequeña piedrecita. Luego repite tendiendo sus ojos hacia el infinito:

—¡Pancho Pico, Dios te salve!

Como ese viejo, niños y mujeres se detienen ante el madero para dedicar una preza al que inició la lucha y murió por ellos.

o O o

Muchos días han transcurrido. La muerte de Pancho Pico parece haberse perdido entre la tierra. Las voces de aliento cada vez son más débiles. Nadie habla ya de la conquista de la tierra, del pan, del hogar. . . . El mundo de La Laguna ha enmudecido. Las viejas rebeldías de las masas campesinas, se enquistan cobardemente en lo más recóndito de su sensibilidad. Todo parece haberse olvidado. Hasta el nombre de Pancho Pico que con su recuerdo siempre ha infundido valor

y esperanza, hoy suena débilmente como si también fuera perdiendo poco a poco su magia redentora.

Sin embargo, su abnegación y sacrificio guardan prestigios insospechables.

En esas condiciones de incuria y desaliento, se van cayendo las horas de un tiempo liso, llano, interminable y árido. Tiempo terriblemente invariable, tiempo con olor de infecundidad y de muerte, tiempo desesperante que se antoja arrancado de un cuadro pictórico de desolación.

o O o

Ya los hombres han vuelto a encorvar su espina dorsal y a caminar con la cerviz doblada.

Ya el orgullo y la soberbia de los latifundistas se ciernen sobre el montón acobardado de los débiles.

Ya las cajas fuertes de los Bancos empiezan a bufar de cansancio al sentir en su fondo el peso molesto de los millones.

Ya la prensa bufona comienza a cantar nuevamente sus turbias canciones de perro mimado.

Pero este festín no habrá de prolongarse. No habrá de prolongarse porque por todos los rumbos sonoros de La Laguna, ha comenzado a rodar una nueva palabra. Parece un trueno de tormenta. Parece una campana de gloria.

Por todos los rumbos de La Laguna ha comenzado a rodar una palabra que ha hecho enmudecer las cajas fuertes de los Bancos, que ha apagado los ladridos de la prensa bufona, que ha hecho levantar la cerviz

al montón campesino, que ha hecho temblar la tierra como si fuera una joven virgen a punto de entregarse.

Por todos los rumbos de La Laguna rueda un nombre:

¡Cárdenas! ¡Cárdenas! ¡Cárdenas!....



Ha pasado un año. Han caído y se han levantado las humanidades. La sangre ha tornado a circular por las venas vibrantes de los trabajadores.

En la Región Lagunera, las llanuras inmensas se han cubierto nuevamente con la alfombra verde obscura de las plantaciones algodonerías. Millares de hombres, sobre el óleo del panorama, cuidan y espían el desarrollo maravilloso de los capullos. Vibra y trepida otra vez el alma campesina, en fuertes canciones de libertad. Es que Cárdenas ha repartido la tierra.

Como un centinela imponente e inmutable, el alma de Pancho Pico parece hablar por todos los poros de la cruz mortuoria, cuyos brazos hienden el aire, como si trataran de abrazar para siempre la reinante libertad de sus hermanos de clase.

Por el camino oloroso a frescos algodones, un hombre se adelanta mirando hacia lo lejos. Algo piensa. Quiere decir algo; pero sus palabras inconformadas, se hacen nudo tortuoso en su garganta.

Y sigue caminando..... Es el Gallino, que en peregrinación de grata remembranza se dirige hacia la morada postrera de su amigo.

El sol, desde lo alto, lo vé hincar sus rodillas frente al madero. Y el aire recoge el signo de su intención:

¡DIOS TE SALVE, PANCHO PICO.....!

Fueron estas palabras religiosas lo único que aquél hombre sencillo pudo decir.

Entre tanto, por todos los ámbitos de la fuerte naturaleza, se sintió un estremecimiento de los algodones. Y las palabras zigzaguearon intermitentes, igual que un esplendente foco que se prende y se apaga.....

¡DIOS TE SALVE, PANCHO PICO.....!

Dos Cuentos

UN LAPIZ

Era un pobre lápiz que no tenía absolutamente nada de extraordinario; un vulgar y chocante lápiz de color azul desteñido, con goma de borrar en un extremo, y en el otro, una larga punta curvilínea y ridícula que parecía pico de colibrí. Si yo hubiera encontrado este lápiz tirado en la calle o en cualquier parte donde no están las cosas que me pertenecen, seguramente que no me habría ocupado de recogerlo. Habría exclamado: "De nada me sirve ese lápiz", y hubiera seguido de largo, olvidándome de él completamente. Pero como llegó a mis manos en una forma muy diversa, este buen lápiz ha venido a formar una parte más del gran trebejo, alma de mi cuarto.

Voy a contar cómo lo conocí.

Un día, por la tarde, en que sólo me ocupaba de fabricar pasos por todo lo largo de las calles; un día en la tarde, en que iba y venía hacia ninguna parte como un cualquiera, puesto que soy un cualquiera, topé de manos a boca con un muchachito simpático y suma-

mente bien vestido, que mirándome a la cara, repentinamente me dijo:

—Tenga, señor; le regalo ese lápiz.

De pronto creía que se trataba de una broma, ya que los niños a veces acostumbran gastarse unas bromas muy pesadas con las personas mayores de edad. Por eso no me atrevía a recibirlo. Pero cuando lo ví serio y decidido, temiendo inferirle una ofensa, no aceptándolo, no tuve más que cogerlo entre mis manos, y decirle al niño en voz muy baja:

—Gracias, muchachito.

El niño se hallaba en la puerta de su casa, y la casa del niño ofrecía un aspecto muy elegante.

El niño seguramente era rico, y debía tener, indudablemente, papá, mamá, hermanitos, abuelos y tíos. Y todo aquel ejército de personas que podía tener el niño, ¿no era posible que me hubieran visto recibirle el lápiz, y pensar (puesto que también debían ser delicados) que se lo había birlado? Sí era posible. Ante esa razón, no tuve más remedio que alargar mis pasos, y esconder en lo más hondo de mi bolsa, el cuerpo del delito.

El niño se me quedó mirando un tanto extrañado y luego se sonrió ingenuamente. Los niños no saben sonreír.

Yo abordé un autobús en la esquina inmediata. Y allí, con el olor de los perfumes buenos y de los perfumes malos, con el "suben" y "bajan" largo y automático del cobrador; y con el subir y bajar apresurado de tanta gente desconocida y por desconocida, sin valor para mí, se me olvidó mi gran aventura.

Pero como este lápiz estaba llamado a ocupar un interesante cuarto de hora de mi vida, no habría de faltar pretexto para recordarlo.

Un día después, al meter la mano a mi bolsa para no olvidar mi manía, sentí su larga y evocadora configuración.

Y me puse a reflexionar acerca del hombrecito de mi pueril aventura:

¿Por qué me haría aquel obsequio? ¿Qué instintos lo indujeron para que me regalara su lápiz?

El no me conocía; yo tampoco. Nunca antes nos habíamos visto. ¿Cuál fué el pensamiento del niño al ofrecermé su regalo? ¿Esperará algo de mí? ¿Pensará que, yo le voy a dar en cambio, otra cosa mejor? No; eso no puede ser, porque este muchachito tiene todo lo que desea; este muchachito no se parece a las gentes grandes.

Las gentes grandes cuando dan, llámese amor de madre, llámese amor de hijo; amor de esposos o amor de amigos. La gente grande cuando da, ya sea hospitalidad o abrigo, pan o dinero, no hace más que regalarse a sí misma. Y desde el amor hacia la madre, hasta el amor hacia Dios; desde la dádiva insignificante, hasta el fabuloso presente, no son más que las trampas que silenciosa y calladamente, prepara el insaciable fantasma del egoísmo.

La madre, si es necesario, sacrifica hasta la vida misma por el hijo; pero antes, la madre ha considerado que el hijo es parte de sus partes, sangre de su sangre, espíritu de su espíritu, amor de sus amores. El que otorga su dinero para una mano que implora; el que azota su cuerpo y practica vigiliás; el que regala sonrisas o

desgarra lágrimas; el que da palabras o consuela con su presencia. . . Todos, todos esos que dan, esperan siempre algo, no sé si antes o si después de la muerte. Pero esperan algo. . . Se obsequian a sí mismos.

Mas un niño, un niño que no conoce el alcance y la trascendencia que arrastra consigo el hecho de dar; un niño, cuyos deseos y caprichos se concretan solamente a todos aquellos objetos que es posible que sus padres le compren; un niño en fin que me dió, tal vez sin darse cuenta que me daba; ese niño, ¿qué podía esperar de un hombre desconocido que pasó por su casa?

Y como recordara aquella sonrisa blanca e ingenua, me dije:

—¿Me podré reír como él?

Me acerqué al espejo y traté de hacerlo; pero en mis ojos bailoteaba una extraña refulgencia, y en mis labios se bullía, algo así como el reflejo de una mentira.

Es que nosotros aprendemos a sonreír a través de la vida, y los niños nacen sonriéndose. Porque las sonrisas de niño son algo que ellos tienen y las sonrisas de hombre son algo que nos ponemos como los vestidos.

Un poco triste, me dirigí hacia la calle con el objeto de andar, como siempre, y quién sabe si con el fin de poder conseguir ese algo ignorado y que tanto buscamos sin querer.

Paso a paso, recorrí muchas calles y algunos jardines; admiré varios aparadores comerciales; vi muchas caras bonitas de mujer y adiviné sus cuerpos palpitantes; y miré muchos hombres sin mirarlos.

Pero cuando llegué a una plazuelita casi de arrabal, me llamó fuertemente la atención, una gran baraúnda

que ella vomitaba y el complicado abigarramiento que contenía.

Aquella plazuela estaba de fiesta. Había mucho que comprar. Aquella plaza realmente estaba en víspera de Corpus.

Y al ver los juguetes, maquiné inmediatamente la compra de uno para mi niño.

—¿Le llevaré un cochecito —me dije— que camine solo? ¿Un aeroplanito que vuele? ¿Una rubia muñeca que cierre los ojos y exclame: "guuu, guuu"? No. —argumenté—; de estos él ha de tener muchos.

—¿Qué le llevaré?

Y mis miradas anhelantes seguían extendiéndose por sobre aquella múltiple y diminuta fauna, sin conseguir encontrar lo que deseaba.

Por fin, un señor de largos, caídos y blancos bigotes amarillentos por el humo del cigarro; un señor de camisa de manta y de calzones de manta bastante mal hechos; un señor de huaraches de retranca interdigital y levantado sombrero de petate; un señor de alma de palo y cuerpo de palo, que no tenía más prestigio que el de parecer señor de carne, me vino a sacar de apuros.

—¿Cuánto vale ese de los calzones de manta? —pregunté al comerciante.

—¿Cuál? ¿Este?— me contestó tomándolo con ambas manos.

—El mismo. ¿En cuánto me lo deja?

—Pos... sabe usted, señor... este amigo es carito. Me costó el demostre tanto trabajo, que hasta sudé la gota gorda. "Ay" donde lo ve, tiene cerca de un me-

tro de largo. Pero, por tratarse de usted, se lo voy a dejar de proporción.

Y haciendo un gesto resolutivo, añadió:

—Tenga. Llévelo en diez reales. ¡Qué caray!

Le dí los diez reales, que no eran diez reales, sino un peso y veinticinco centavos, y acto seguido cargué con mi calzonudo bajo el brazo.

Y como si hubiera estado esperando a mi novia, me planté en la esquina más próxima a la casa del niño, esperando a que saliera.

Y las gentes, cuando pasaban, se nos quedaban mirando, al calzonudo y a mí, y algunas reían.

Pero a mí no me importaba. Las gentes se ríen de todo. ¿De qué no se ríen las gentes?

A los veinte minutos, lo vi asomarse a su puerta. Llevaba un vestido de casimir negro, y estaba muy bien peinado y muy bonito.

Y pues con paso de novio, como si en realidad yo le fuese a hacer el amor a alguna mujer, me fuí acercando cauteloso y un poco emocionado.

El niño, al conocerme, no se sonrió; pero sí se me quedó mirando con cierta timidez, la que aumentó considerablemente, cuando le dije:

—Toma, niño; te regalo este mono.

—¿A mí?— me contestó.

—Sí, a tí; tómalo.

Como casi estaba de su tamaño, lo abrazó y se metió corriendo a su casa, sin dejar de gritarme desde el interior:

—Gracias, señor.

Yo partí muy contento, seguro de haber realizado la más preciosa de las obras buenas.

Ocho días duré sin frecuentar la calle de mi amigo, ocho días en los que muy pocas veces me acordé de él.

Sin embargo, era necesario que volviese, y así lo hice, una vez que logré levantarme de la cama más temprano que de costumbre.

La calle estaba solitaria y la casa silenciosa; pero, frente a ésta y allegada a un poste de telégrafo se destacaba la panzona forma de un cajón con basura, un cajón con basura que nada tenía de importante, puesto que hay tantos cajones de basura frente a las casas.

Peero las cosas sin importancia, a veces se hacen importantes por la fuerza de los acontecimientos. En esta ocasión, un perro callejero fué el que se encargó de darle al cajón la importancia que se merecía, con el sólo hecho de llegar, y sin más trámite, trastornarlo con toda la fuerza de su hocico, y dar al traste con su heterogéneo contenido.

Al ruido que se produjo, volví el rostro repentinamente, y... ¿qué ví? Nada menos que a mi pobre calzonudo convertido en miserables pedazos; a mi buen calzonudo haciendo causa común con todos aquellos asquerosos desperdicios.

Confieso que me vi tentado a espetarle a mi calzonudo, una lastimera oración fúnebre: es decir, lo hubiera hecho, si no hubiera sido porque un grito de mi amigo, en esos momentos asomado a la puerta, me quitó la intención.

Los amigos siempre han de quitarnos nuestras mejores intenciones.

—Tenga, señor —me dijo el muchachito desde lejos y alargando la mano—, le regalo este lápiz.

No tuve tiempo de fijarme en los detalles del dichoso lápiz; pero sí vi, que la sonrisa del niño, hoy tenía mucho parecido con la sonrisa de los hombres, con mi sonrisa.

Es que el niño había aprendido a dar y a sonreír como los hombres. Y yo, su vil e inconsciente maestro, lo había enseñado.

No quise recibir el lápiz, y me fuí rápidamente, pensando en mi estupidez de hombre.

“EL AMIGO DE PATA DE PALO”

I

Aquella noche Jacinto no había tenido tiempo de regresar temprano a su barriada. Cosas de la vida: los alimentos, los amigos... y esas pequeñas circunstancias que nos roban el tiempo, lo habían entretenido hasta ya muy entrada la noche.

—¿Qué hacer? —se dijo—. ¿Volver a mi refugio? Tal vez no esté mal. Pero, ¿qué más da? Al fin y al cabo mi refugio no ofrece más garantías que cualquier otro rincón.

Por eso, y decidido a pasar el resto de la noche en cualquier sitio propicio, armó trote a lo largo de un callejón estrecho y mal oliente que nunca antes había transitado.

A cada momento, Jacinto se detenía, husmeaba y meaba, y luego seguía su camino sin meta conocida.

Pero, andar a tontas y a locas no era cosa razonable. Había que encontrar algún lugar donde echarse a dormir; un lugar, desde luego, que guardara algo de calor y relativa seguridad.

Y la oportunidad se presentó. No a la medida exacta de su deseo, pero ésta se presentó. ¿Cómo? Ya casi para terminar la cuadra, había una gran tapa enrejada sobre la banquetta, de esas que, en su fondo guardan grato y dulce calor, el cual sólo saben apreciar los pobres de solemnidad como Jacinto.

Pero he aquí que el campo estaba bien ocupado por un tipo de no muy recomendable traza, por un tipo que, sin más ni qué lanzaba al aire terroríficos y discordes ronquidos. Este tipo, según la inspección que le pasó Jacinto, tenía una pata de palo, una mano sin dedos y una joroba descomunal.

Desde luego, Pata de Palo no se dió cuenta de la presencia de Jacinto; pero si lo hubiera notado, habría sido lo mismo. Porque, al parecer, a este señor no le importaba nada en el mundo. Pero Jacinto no era del mismo parecer, y no se sentía muy conforme. Sin embargo, decidió quedarse. ¿A dónde ir ya tan noche?

Hizo pues de tripas corazón y se acomodó como mejor pudo junto a su compañero de hotel. Mas, qué cosas suceden en la vida. Cuando Pata de Palo, en medio de su sueño, sintió que alguien compartía lecho con él, sin tomarse el trabajo de ver quién era, se incorporó lo más que pudo para hacer campo al recién llegado y siguió roncando placenteramente.

Después, sobre aquellos dos seres se levantó un trampolín desde donde el frío hiriente estuvo saltando toda la noche.

II

¿Qué hora es? Las siete de la mañana. Y en la barriada no hay relojes públicos; pero mujeres famélicas y desnutridas que vuelven de las bacanales languidecidas; y lecheros y automóviles escasos; y transeúntes desprezantes que van de prisa a su trabajo, nos lo dicen. Son pues, las siete de la mañana.

"Pata de Palo", que despierta siempre a esa hora, se medio endereza y mira al mundo con su único ojo. Porque Pata de Palo, además, es tuerto.

¿Qué vé Pata de Palo junto a él? Pues nada menos que a Jacinto. Y eso a Pata de Palo no le parece muy bien, porque el hecho de dormir con un perro, no es cosa recomendable.

Pata de Palo piensa por un breve momento y al fin resuelve sonarle una buena patada al incauto. ¿Con cuál pata? Con la de palo, naturalmente.

Y en el preciso instante en que el mendigo se dispone a cumplir su acuerdo, Jacinto abre al día sus ojos, y como si adivinara los ingratos pensamientos de su compañero, salamero se levanta, y presuroso se dedica a lamerle a Pata de Palo, la pata de palo, amen de una serie de saltos y piruetas que ejecuta, en señal de buena y sentida amistad.

En vista de esto, el hombre revoca su acuerdo; y en vez de golpear a su admirador, a su único admirador que ha tenido, se pone a platicar con él de esta guisa:

—Oye, amigo, ¿pòs de dónde judas saliste tú? Palabra que si anoche me doy cuenta de que eras perro, te corro a patadas de aquí.

El perrito se sentó graciosamente y dió principio a relamerse los bigotes. El hombre continuó:

—¿Tienes dueño? No; no tienes. Si tuvieras no habías de andas tan costillón. Aunque yo conozco algunos que, teniendo dueño con casa y mecatona, se largan, porque les gusta más el borlote y la mala vida. Tú has de ser de esos. Tienes todo el chisgo.

Jacinto seguía, orejas paradas y ojo atento, escuchando a su interlocutor. Este continuó:

—Y qué, ¿piensas pasarte aquí toda la mañana? Si eso piensas, malo, amigo; porque aquí no hay quien venga a dar de tragar. Por ejemplo, yo ya me voy a darle de pisotones al mundo, a ver qué moscas. Tú también píntale, que las tripas no aguardan.

Al decir esto, el hombre emprendió la marcha, no sin antes amenazar al animal con el puño cerrado.

¿Qué atractivos tenía Pata de Palo? ¿Sería un buen hombre? Quién sabe. La cosa es que Jacinto comenzó a caminar detrás de él con intenciones bien visibles de compartir el bregar por la existencia.

Raras y admirables comprensiones éstas. El perro habíase identificado con el hombre; había entendido que nadie mejor que él podía servirle de compañero y amigo, porque ambos caminaban por el mismo rumbo de la vida. El hombre nada sabía del perro; porque los hombres raras veces comprenden a los perros.

Por eso, después de tres o cuatro calles caminadas, Jacinto habíase borrado de la memoria de Pata de Palo. Pero Jacinto seguía trotando tras de él con la esperanza de conquistarse siquiera aquella amistad.

Al llegar a una esquina sumamente transitada, Pata de Palo se detuvo, porque había llegado al centro de

sus operaciones. En aquella esquina era donde solía exponer sus miembros deteriorados ante la compasión pública; era donde imploraba la caridad.

Jacinto, naturalmente, también se detuvo. Pues, ¿qué acaso no iban de compañeros? Sí, indudablemente; pero sin la aprobación del limosnero. Tan cierto era así, que cuando el pobre can fué descubierto no tardó en recibir un fuerte bofetón acompañado de esta advertencia:

—¡Toma, roñento! Pa' que se te quite lo resbaloso. Y si vuelves a venir por aquí, te doblo el sueldo.

¡Pobrecito de Jacinto! El nunca esperaba este amargo pago por su cariño.

Y pues llorando a lágrima viva, se alejó rápidamente de aquel hombre perverso.

Alguien que presenció el acto, gritó:

—¡Déjalo, viejo asqueroso! ¿Qué te come?

—Lo que no tengo, señor —contestó el limosnero, sin perder su actitud de imploración.

Después todo siguió igual; mucha gente que va y viene. Algunos ingenuos que, movidos de lástima, ponen pequeña moneda sobre la mano de Pata de Palo; otros que sólo lo miran; y otros más que le lanzan por lo bajo maldiciones crueles. Pero la comida llega paulatinamente, porque el mundo está lleno de tontos y de locos.

Y así pasa el día, y así llega la noche; la noche que hace que Pata de Palo vuelva a su dormitorio. Y mientras camina, quién sabe por qué acude a su memoria, la figurilla amable y amorosa de Jacinto. Recuerda el golpe que le infirió, y recuerda también los llantos lastimeros. Y piensa: "¿A dónde se habrá ido el tal perro?"

A la mejor hice mal con haberlo golpeado. Bueno —se vindicó—, pero si no lo hago así, el maldito se me pega para todos los días de mi cochina vida. Y eso no me conviene, porque la tragueta está muy trabajosa".

Pensando en eso, llegó a su dormitorio, y en pocos minutos fué vencido por el sueño, por ese sueño ancho y libre que deben tener los limosneros de profesión.

A la mañana siguiente, Pata de Palo se quedó realmente admirado. ¿Qué clase de perro era aquel, que olvidando las horribles ofensas que le habían hecho, volvía sin más ni qué, a hacerle compañía a su victimario? O era que el perro no tenía vergüenza, o...

Pero mira nomás que cosa tan extraña. ¿Pues no estaba otra vez el noble animalito, lamiéndole la pata de palo a Pata de Palo? Verdaderamente, aquello era desconcertante.

No obstante, Pata de Palo gritó:

—¡Lárguese, sinvergüenza; parece que no entiendo!

Sí, Jacinto se largó; pero, a los pocos minutos ya estaba de vuelta, mirando tristemente a aquel humano testafarro.

—¡Que te largues, canalla —insistió el mendigo, repitiendo la amenaza!

Pero esta vez Jacinto, en lugar de huír, metió la cabeza entre sus patas delanteras y se tendió en el suelo, tal si se hubiera resignado a soportar todos los daños que le causarían.

A partir de ese momento, ya nunca se habrían de separar aquellos dos miserables. Anduvieron juntos de día y de noche. Cambiaban de lugar, comían de la misma comida, dormían en el mismo sitio. A partir de ese

momento, se amaron. El hombre, nunca había sentido más que desprecios y burlas; el perro lo mismo. Por eso en aquel fuerte afecto, concentraron todos los cariños que pudieron o que debieron haber dejado en el mundo

III

Ahora vivían en el rincón de una plazoleta, más bien, dormían; porque la limosna la conseguían en otro rumbo. ¿Y los tiempos? Los tiempos han cambiado totalmente.

Ahora ya Jacinto no tiene por qué preocuparse de nada. Todo, absolutamente todo, le llega de manos de Pata de Palo. En cambio, Jacinto actualmente sabe muchas cosas admirables. Entre otras, ha adquirido la habilidad de poder permanecer horas y más horas sentado sobre sus patas traseras, conservando sus delanteras en vilo, como quien suplica caridad. Y así pasa la mayor parte del día junto a su compañero, logrando de esta suerte, un considerable aumento en sus ingresos.

Pata de Palo muchas veces le ha dicho:

—Oye, amigo, bueno sería que no te anduvieras sacrificando tanto. ¿Para qué? Con lo que yo consigo sin tu ayuda, basta y sobra para vivir.

Pero Jacinto no ha querido renunciar a la colaboración, porque él considera que no es bueno abusar demasiado de los afectos. Mas la verdad es que ambos quisieran ahorrarse molestias y trabajos, porque se quieren mucho, muchísimo, y eso los hace felices.

Dicen que la felicidad radica en muchas cosas: en el amor de los sexos opuestos; en las riquezas; en la salud... Tal vez. Pero yo creo que dicho estado espiri-

tual debe tener su epicentro en un afecto extraño a esas conquistas de la ambición humana. Si no, ¿qué sería de todos aquellos seres a quienes la vida les niega semejantes recursos?

Como el día en que se conocieron, eran casi las siete de la mañana. Pata de Palo se encontraba aperciéndose para recurrir a la conquista del pan, mientras que Jacinto, se dedicaba a correr, saltar y revolcarse, en torno a su amigo. Y a veces, para darle la impresión a Pata de Palo, de que ya se había ido, corría desenfrenadamente hasta la esquina próxima, en donde se ocultaba unos instantes, volviendo, poco después, más piruetero y más saturado de entusiasmo.

Pata de Palo lo contemplaba atento y de cuando en vez reía de satisfacción.

Pues bien, en una de esas idas y venidas, sucedió la cosa más cruel del mundo. Algo inaudito, espantoso, horrible...

En el momento en que Jacinto atravesaba la calle, un enorme camión de carga lo arrolló. Fué una cosa instantánea: un ladrido cortado, escalofriante, y un camión que se aleja, sin que sus tripulantes se den cuenta de la tragedia que han causado.

Pata de Palo, al percatarse del siniestro, quedó por un momento extático y mudo. Después, corrió lo más veloz que pudo hasta donde yacía el cuerpo mutilado de su fiel amigo.

Cuando llegó hasta él lanzó un grito desgarrador y agudo. Y sin reparar en las gentes que lo veían, levantó el cadáver ensangrentado, lo abrazó y gesticulando excéntricamente huyó de aquel sitio de muerte.

¿Cuánto caminó Pata de Palo? Ni él mismo lo supo nunca. El hecho es que después de mucho andar, hizo alto en la sombra de un edificio a medio construir, y ahí se puso a velar su cadáver.

Al principio a nadie le llamó la atención, puesto que se había cuidado de cubrir a Jacinto con su chaqueta; pero pasadas veinticuatro horas, comenzó a cundir por allí gran alarma, debido a la intensa fetidez que el muerto despedía.

Por tal motivo, la policía intervino, procediendo inmediatamente a investigar la causa del malestar público.

Uno de los gendarmes preguntó al mendigo:

—¿Qué es lo que huele aquí, amigo?

—No sé —repuso éste.— Yo no he visto nada.

—¿No?

—No, señor.

—A ver, levántese. A la mejor usted es el apuesto.

En eso, otro de los policías acertó a levantar la chaqueta; descubriéndose con este hecho, el cuerpo deforme y asquerosamente descompuesto de Jacinto...

Los policías retrocedieron visiblemente asqueados, y Pata de Palo se lanzó sobre su muerto, dispuesto a no dejárselo arrebatar. Mientras esto hacía, clamaba:

—¿Por qué...? ¿Por qué...? ¿Por qué se lo han de llevar? ¡No; estos ladrones no te llevarán... No...!

Dicho esto, se levantó con todo y presa; y haciendo un callejón por en medio de la multitud que se había congregado, trató de huir.

Pero los gendarmes ya repuestos de la sorpresa, estuvieron prestos a echarle mano y a quitarle aquella inmundicia carroña.

El tema de este loco en la Castañeda, era siempre el mismo:

—Oye, amigo; es bueno que no te sacrifiques ¿para qué? Con lo que yo consigo, sin tu ayuda, basta y sobra para vivir...

VOCABULARIO

Cachar	Sorprender.
Calzonear	Defecar.
Ciscao	Mal humorado.
Corazonada	Presentimiento intempestivo.
Cuaco	Caballo semental.
Cuete	Embriaguez alcohólica.
Chanza	Oportunidad.
Destirlangao	Deshilachado.
Ecuaro	Sembradío pequeño de maíz.
Eita	Llamada de atención.
Espichado	Maliciosamente silencioso.
Evento	Ejemplo.
Fenómeno	Cosa rara.
Gazné	Mascadón para el cuello.
Goler	Oler.
Indino	Hipócrita.
Ingrime	Ingrime solo equivale a completar mente solo.
Jaitarse	Haitarse.
Jondiao	Voz insultativa muy poco usada.
Licar	Mirar. logradas.
Manreo	Acción de comer.
Mecatona	Comida.
Moloncós	Mazorcas de maíz pequeñas y mal
Nato	Afirmación.
Pica	Dinero.

Pilataña	Opinión arbitral.
Ponerse al pedo	Reacción en defensa propia.
Punsar	Presentir repetidas veces.
Quiaqui	Voz que equivale a: "Hace tiempo".
Sardo	Soldado de la tropa. — Sin grado oficial.
Sircuas	Afirmación.
Sobaquear	Esconder algo en las axilas.
Tunca	Trunca.
Uchepo	Tamal de maíz tierno.
Zotol	Bebida embriagante del Norte del país.
Zurrar	Disgusto.

INDICE

Cap.	Pág.
I.—CLAN	13
II.—CARAVANA	22
III.—EL PROGRESO	31
IV.—LA CARRETERA	42
V.—ALGODON	52
VI.—RELIEVE HUMANO	62
VII.—GENTES	70
VIII.—ESCUELA	79
IX.—AUGE	89
X.—HAMBRE	99
XI.—AGUA	107
XII.—LUCHA INTERPROLETARIA	116
XIII.—SEQUIA	125
XIV.—LIDER	135
XV.—PANCHO PICO	145
XVI.—PERSECUCION	155
XVII.—CAPTURA	163
XVIII.—RECONCILIACION	171
XIX.—LIBERACION	177

DOS CUENTOS

UN LAPIZ	184
EL AMIGO DE PATA DE PALO	192
VOCABULARIO	203

ARQUELES VELA

Evolución Histórica de la Literatura Mexicana

INDICE GENERAL

CAPITULO I.—INTRODUCCION.

CAPITULO II.—LITERATURA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA.—Causas sociales del descubrimiento de América.—Leyendas de las expediciones al Continente Americano.—DIARIO DE COLON

CAPITULO III.—LITERATURA DEL ANTIGUO MEXICO.—La lírica.—La Epica.—La religiosa.—La didáctica.

CAPITULO IV.—LITERATURA DE LA CONQUISTA.—El feudalismo español y su expansión en América.—Significación social de la conquista.—Lo heroico en la vida y en la literatura de los tiempos de la conquista.—**CARTAS DE RELACION**, de Hernán Cortés.—Los cronistas de la Nueva España: Bernal Díaz del Castillo, Sahagún, Clavijero, Motolinía.—Bartolomé de las Casas.

CAPITULO V.—LITERATURA VIREINAL.—La aventura marítima y la burocracia española.—Errores socio-económicos de la dominación española.—La esclavitud, forma de trabajo colonial.—La vida cortesana de la colonia.

El barroco mexicano.—Francisco Terrazas.—Alonso de Veracruz.—Salazar de Alarcón.—Juan de la Cueva.—Cervantes de Salazar.—González de Eslava.—Bernardo de Valbuena.—Juana Inés de la Cruz.—Juan Ruiz de Alarcón.

CAPITULO VI.—LITERATURA POPULAR EN LA COLONIA.—José Vasconcelos y El Negrito Poeta.

CAPITULO VII.—EL NEOCLASICISMO EN MEXICO.—La decadencia española en el siglo XVIII.—El antihistoricismo español y su influencia en México.—Navarrete.—Ochoa.—Francisco Ortega.—Sánchez de Tagle.

CAPITULO VIII.—LITERATURAS ROMANTICAS.—Los movimientos sociales en el siglo XIX.—La anarquía: romanticismo político y el romanticismo: anarquía social.—El romanticismo mexicano y la lucha por la independencia.—Fernando Calderón, Rodríguez Galván.—Carpio, Pesado.—Los periodistas, los ensayistas.—Los historiadores: Zavala.—El teatro: Gostiza.

CAPITULO IX.—LA PICARESCA LIBERAL.—El Periquillo Sarmiento de Fernández de Lizárdi.

CAPITULO X.—LITERATURA DE LA EPOCA CAPITALISTA.—Los comienzos del capitalismo.—El imperialismo y su influencia en los

letras mexicanas.—El liberalismo burgués y la literatura.—Altamirano, Guillermo Prieto Ignacio Ramírez, Justo Sierra.—Peza, Acuña, Plaza.—Payno, Riva Palacio, José de Cuellar, Rabasa, López Portillo y Rojas, Peón y Contreras.—Manuel Arozco y Berra.—García Icazbalceta.

CAPITULO XI.—EL MODERNISMO.—El liberalismo burgués europeo y la dictadura de Porfirio Díaz.—Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón.—Luis G. Urbina. Salvador Díaz Mirón.

CAPITULO XII.—EL SIMBOLISMO.—Manuel de la Parra.—Enrique González Martínez.—El simbolismo y el NUEVO MISTICISMO.—Amado Nervo.

CAPITULO XIII.—LITERATURA DE LA REVOLUCION.—Los movimientos sociales precursores de 1910.—El periodismo y la literatura de combate.—La revolución y su influencia en la renovación de los estilos: La poesía, la novela, el teatro, la crítica, la historia, la oratoria.

CAPITULO XIV.—Lo popular en la literatura contemporánea.—La lucha por la integración de la nacionalidad y la colectivización de las formas de trabajo.—El nuevo estilo de vida y el nuevo estilo en la literatura.



EMILIO RABASA

Catedrático de la Facultad de Derecho.

LA EVOLUCION HISTORICA DE MEXICO

(Sus problemas Sociológicos).

SUMARIO.—Prefacio.—PRIMERA PARTE.—*Las Evoluciones Violentas*.—I. El País.—II. El Pueblo.—III. El Período de Formación.—IV. La Reforma y la Organización.—V. La Administración.—SEGUNDA PARTE.—*La Evolución Pacífica*.—VI. El Período de Transición.—VII. El Gobierno Personal.—VIII. La Organización de la Hacienda.—IX. La Obra de la Paz.—X. Efecto Moral del Período de Paz.—XI. La Conferencia Creelman y sus Consecuencias.—XII. La Caída del Gobierno de Díaz.—TERCERA PARTE.—*Los Problemas Nacionales*.—Consideraciones Generales.—XIII. Los Indios.—XIV. Problemas del Indio.—XV. El Problema de las Tierras.—XVI. El Problema de la Instrucción.—XVII. RESUMEN.